



# Pensar la crisis

Perplejidad,  
emergencia  
y un nuevo nosotros

ADOLFO ESLAVA GÓMEZ, JORGE GIRALDO RAMÍREZ  
COORDINADORES



Pensar la crisis: perplejidad, emergencia y un nuevo nosotros / Iván Garzón Vallejo ... [et al]. Adolfo Eslava Gómez y Jorge Giraldo Ramírez, prologuistas. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020.

248 p.; 21 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-644-9

ISBN: 978-958-720-645-6 (versión EPUB)

1. Covid- 19 (Enfermedad). 2. Covid- 19 (Enfermedad) – Aspectos sociales. 3. Covid- 19 (Enfermedad) – Aspectos políticos. 4. Manejo de crisis. I. Garzón Vallejo, Iván. II. Eslava Gómez, Adolfo, pról. III. Giraldo Ramírez, Jorge, pról. IV. Tit. V. Serie

301 cd 23 ed.

P418

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *Pensar la crisis. Perplejidad, emergencia y un nuevo nosotros*

Primera edición: junio de 2020

© Adolfo Eslava Gómez, Jorge Giraldo Ramírez –Coordinadores–

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-644-9

ISBN: 978-958-720-645-6 (versión EPUB)

Edición: Marcel René Gutiérrez y Cristian Alejandro Suárez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Male Correa, *Alguno será*. Tintas y acrílicos sobre papel imprimado, 110 x 100 cm., 2019.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

*Editado en Medellín, Colombia*

# Contenido

## **Introducción**

*Adolfo Eslava Gómez y Jorge Giraldo Ramírez* ..... 7

## **Consideraciones sobre la crisis**

*Jorge Giraldo Ramírez* ..... 9

## **Grietas, fracturas y posibilidades de nuevos órdenes con ocasión del COVID-19**

*Juan Gabriel Gómez Albarello* ..... 23

## **¿El fin del liberalismo?**

*Iván Garzón Vallejo* ..... 39

## **Cuarto espíritu del capitalismo: pandemia y malestar**

*Johnny Orejuela* ..... 49

## **Cuarentena mental**

*José Luis Villacañas* ..... 69

## **Coronavirus y el arte de la paciencia**

*Alberto Buela* ..... 77

<b>Sabiduría práctica en tiempos de crisis</b>	
<i>Jonathan Echeverri Álvarez</i> .....	83
<b>¿Se gobierna una crisis? Insumos para una agenda de investigación de la teoría y la praxis del gobierno</b>	
<i>Adolfo Eslava Gómez</i> .....	99
<b>Algunas ideas desde los estudios del comportamiento para entender, analizar y enfrentar la crisis del COVID-19</b>	
<i>Santiago Silva Jaramillo</i> .....	111
<b>El valor de la vulnerabilidad</b>	
<i>Mariantonia Lemos</i> .....	125
<b>Pandemia: interpretaciones y otros demonios</b>	
<i>Daniel Jaramillo Arroyave</i> .....	135
<b>Los niños y el confinamiento</b>	
<i>Alejandra Ríos y Mateo Navia</i> .....	143
<b>De encierros y plagas</b>	
<i>Omar Mauricio Velásquez</i> .....	151
<b>Pandemia al diario. El inicio de una cuarentena que casi se cobra su primera víctima</b>	
<i>Alfonso Buitrago Londoño</i> .....	163

**“Sublime”. Un pliegue matemático para la historia de estas emociones**

*Carlos Andrés Salazar Martínez  
y Olga Lucía Quintero Montoya..... 177*

**Habitar poéticamente el ciberespacio.**

**Digresiones optimistas en tiempos de confinamiento**

*Mauricio Vásquez Arias y Lorena Avilés Romero ..... 195*

**Reflexiones sobre el uso de la virtualidad en el aprendizaje de la música, surgidas a partir de la emergencia generada por la pandemia del COVID-19**

*Javier Asdrúbal Vinasco Guzmán..... 213*

**Reflexiones de un financiero, en el contexto de una crisis global**

*Víctor Manuel Sierra Naranjo..... 233*



## Introducción

De repente, el COVID-19 nos ha puesto en un nuevo lugar en el que incertidumbre y complejidad coinciden para desafiarnos a actuar de un modo distinto al habitual. Se revitaliza entonces la necesidad de *cuestionar, pensar y proponer*. De allí nace esta iniciativa de la Universidad EAFIT. La motivación surge porque para muchos de nosotros la escritura es remedio para lidiar con las sensaciones de estos días y el objetivo es aportar reflexiones breves y libres, divulgativas y propositivas. *Perplejidad* como reacción inmediata, *emergencia* de decisiones y acciones, y *un nuevo nosotros* como eventual consenso es la síntesis de acontecimientos que configura el punto de partida de las consideraciones que se presentan en este libro.

En primer lugar, es importante señalar que decidir es un acto tan cotidiano como respirar. En las decisiones confluyen emociones, intenciones y razones para definir cursos de acción. La crisis nos cuestiona el modo en que decidimos y nos genera esta perplejidad. Cuando la decisión por defecto, los otros que deciden por nosotros y la procrastinación se ponen en evidencia, entonces descubrimos todas las rutinas y hábitos que rodean el diario quehacer. Nos damos cuenta de la omnipresencia de la decisión y la no-decisión, y el descubrimiento nos deja atónitos.

Ahora bien, pensar en la Universidad es un acto esencial, vital y trascendental. La posibilidad de iluminar los asuntos humanos y técnicos comienza con chispazos fortuitos que requieren de condiciones para surgir. Luego se encienden las llamas de datos y relatos, dispositivos y laboratorios



que permiten alumbrar diversos escenarios del saber y del hacer. Así, la academia tiene la obligación de proyectar el conocimiento que genera y gestiona hacia la sociedad. No obstante, la pandemia y el confinamiento son fenómenos caracterizados por el desconocimiento, razón por la cual se requiere una pausa en medio de la barahúnda y así obtener un orden de magnitud de la ignorancia.

*Pensar y decidir bajo incertidumbre y complejidad* es el desafío común que había permanecido latente. Ahora es patente y nos estamos preparando para asumirlo, ya que no es posible postergar ni dejar en manos de otros. ¿Qué está sucediendo?, ¿cómo está cambiando la vida cotidiana?, ¿qué sigue?

Por eso, algunos profesores, básicamente de la Escuela de Humanidades, y empleados administrativos de la Universidad EAFIT aceptaron el reto de pensar en caliente. Otros profesores externos, dos extranjeros y dos colombianos, se sumaron a esta iniciativa. Las contribuciones son muy variadas, tanto por el enfoque como por el propósito. Aunque eludimos la idea de establecer secciones claras, los textos abarcan preocupaciones filosóficas y miradas generales, al principio; reflexiones vivenciales, personales, hacia la mitad; y preguntas específicas por el quehacer disciplinar y académico, al final.

Esperamos que este libro nos ayude a pensar, debatir, criticar, proponer, en los meses venideros.

*Adolfo Eslava Gómez y Jorge Giraldo Ramírez*

Medellín, 15 de abril de 2020

# Consideraciones sobre la crisis

*Por Jorge Giraldo Ramírez\**



---

\* Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia y Profesor Emérito de la Universidad EAFIT.  
Correo: [jorgegiraldo@eafit.edu.co](mailto:jorgegiraldo@eafit.edu.co)



## Primera

La crisis global de 2020 se desató por un fenómeno sanitario previsto –según fuentes diversas, institucionales y científicas– y se convirtió en una crisis económica y, en muchos países, en una crisis social. A ese carácter múltiple debe complementársele el rasgo de ser, probablemente, acumulativa. En efecto, el siglo XXI –siguiendo la convención establecida por Eric Hobsbawm– ha sido, hasta ahora, un siglo crítico: tres crisis económicas en menos de cinco lustros (1997, 2008, 2020), tres crisis sanitarias globales (2006, 2015, 2020), una crisis crónica de seguridad global desatada desde el 11 de septiembre de 2001, la mayor explosión migratoria de los últimos cincuenta años, el calentamiento global.

De este modo, la situación en grandes porciones del globo se ha vuelto excepcional y así ha sido tratada por los distintos regímenes políticos: ley marcial, emergencia económica, competencias especiales para el poder ejecutivo, omnipotencia latente de la policía. La normalidad jurídica ha sido trastornada y los ciudadanos de todo el mundo están siendo conminados a ceder sus libertades y derechos en aras de salvar bancos y grandes empresas, salvaguardar la seguridad

pública o personal, proteger su salud, etc. Como lo anunció un grafiti en Hong Kong, la normalidad mundial del siglo XXI ya era problemática; la crisis de 2020 simplemente la hizo inocultable.

## Segunda

La crisis actual está siendo leída en diversas claves: como una crisis de la globalización, como crisis del capitalismo, como crisis del liberalismo, como crisis de la civilización, de la civilización occidental, ilustrada y cristiana. Algunos de estos síntomas podrían ser explicativos, otros más bien derivados.

En principio, parece claro que una forma particular de ensamblaje entre el capitalismo financiero, la democracia de masas y la cultura hedonista contemporánea se está yendo a pique. Estos tres elementos tienen en común –entre otras cosas– la visión de corto plazo: rendimientos altos, ciertos y rápidos; gobiernos personalistas destinados a satisfacer a las masas para garantizar la continuación de una carrera política o de otro periodo; consumo veloz, superfluo, obsesión por el estatus simbólico.

Una aclaración, por vía negativa, parece necesaria para caracterizar el deterioro de este ensamblaje. No se trata de cualquier capitalismo, se trata de la versión más utilitaria que liberal, más financiera que industrial, más especulativa y rentista que productiva. No se trata de la democracia como gobierno mixto –republicano, en los términos del siglo XVIII–, sino de

la democracia autoritaria, poco competitiva, que desborda el equilibrio de poderes y se resuelve en la conjunción de hegemonía plutocrática u oligárquica y satisfacción simbólica del populacho, para usar la expresión técnica de Hannah Arendt.

### Tercera

En un nivel más profundo se trata de una crisis de los principios ilustrados, tal y como los elaboró Immanuel Kant. El pensamiento de Kant terminó moldeando el mundo occidental de la segunda posguerra: el esfuerzo por establecer instituciones supraestatales, reglas universales pivotadas en la idea de la dignidad humana, primacía del derecho sobre la política, visión blanda pero ineluctable del progreso. El año 1989 pareció ser el broche de oro para asegurar la nueva época mundial; muchos estadistas (Bush I), filósofos (Habermas), politólogos (Doyle) cedieron a ese entusiasmo. La apoteosis duró poco y sus averías (por ejemplo la guerra de los Balcanes) fueron minimizadas.

No se trata de la herencia ilustrada, en general. Se trata de aquella ilustración –la continental, en el léxico especializado– que radicalizó los aspectos racionalistas, individualistas, materialistas y progresistas. Un racionalismo que pretendió emascarar los elementos afectivos y pasionales de la vida humana; que soslayó la importancia del arraigo cultural, comunitario y nacional de las personas; que procuró arrinconar las expresiones espirituales, organizadas o no en iglesias; y que presumió que

el declive de la especie humana, de sus formas de organización social, era imposible. En el trecho epocal que transitamos está claro que la afectividad, la comunidad, la espiritualidad y el decrecimiento son rasgos de la vida individual y colectiva; y que no nos los deben, no pueden, ser amputados.

## Cuarta

Esta herencia se codificó hasta el paroxismo y creó un marco mental para el desarrollo de las actividades de los grandes conglomerados humanos, caracterizado por la normalización, la matematización y la especialización.

El mundo se normalizó; no fue solo el triunfo del derecho positivo sobre el derecho natural o los criterios locales de justicia o de la constitución política como acuerdo supracultural de la sociedad. La norma se propagó como mecanismo de homogeneización y de control. El léxico contemporáneo se plagó de sinónimos de la norma: regulación, parametrización, estándares, protocolos (por ejemplo, hay más de veinte mil normas creadas solo por la International Organization for Standardization, ISO, que terminó convertida en uno de los centros del poder blando mundial). El mundo se hizo sistema y, con ello, como anotó Canetti, se hizo despiadado.

No bastó que la norma fuera operativa, escueta, unívoca. Se convirtió en norma matemática; la contabilidad pasó a irrigar todos los campos de la vida social. Si algún asunto no fuera medible, matematizable, se consideraría inexistente.

La matematización hace que el control sea más tosco; no importan los hechos, solo los números; no hay realidad fuera de la hoja de tres columnas. La matematización estadística fijó el dominio del promedio, la mediana y la moda; desaparecieron los números pequeños, las individualidades y las colas, la diversidad.

Detrás de los números, vinieron las clasificaciones ordinales. El mundo sujeto a una tabla de clasificación, como las que existen en los deportes. La definición del orden se hizo equivalente al éxito; la excelencia y la virtud resultaron avasalladas por el ranquin. Contables, estadísticos, modeladores matemáticos, administradores, todos se convirtieron en los sacerdotes y profetas del nuevo orden. Los hechos se redujeron a datos y los datos a números, pero nada demanda más premisas y exámenes que un número. De antiguo se sabe que toda cifra necesita ser descifrada; en nuestro tiempo se le adora sin entenderla.

La especialización –técnica, compartimentada, incontestable, desvinculada del propósito social– pasó a dominar el campo del saber y relegó al rincón las miradas interpretativas, comprensivas, imaginativas, generales; así también, la filosofía práctica (ética y política), la sociología, la narrativa. Buena parte del trabajo filosófico sucumbió a discursos deductivos, ideales, formales, y buena parte de los humanistas se olvidaron de los seres humanos concretos. Los especialistas siguieron la senda estúpida de Samuel T. Cohen (1921-2010), el inventor de la bomba de neutrones, el artefacto que solo mataba la vida y no destruía los bienes inertes. La bomba, dijo, era la máquina



“más sana y moral jamás diseñada porque, cuando la guerra termine, el mundo seguirá intacto” (el virus tampoco mata a las máquinas). Cada especialista conoce el mundo, como el proverbial sapo en el pozo. Se dijo que habían desaparecido los grandes relatos, sin lamento, casi con satisfacción.

## Quinta

El dominio de la normalización, la matematización y la especialización ha creado una ceguera respecto a la excepción, la improbabilidad, la mirada panorámica del mundo. La pandemia lo puso en evidencia: fue advertida por intelectuales no especializados (Laurie Garret, 1994; Martin Rees, 2009), instituciones nacionales (Instituto de Medicina de los Estados Unidos, 2004), líderes sociales (Bill Gates, 2015), organizaciones globales (Junta de Vigilancia Mundial de la Preparación, 2019).

La lista puede repetirse para cada una de las crisis enumeradas en la primera consideración. Cada crisis fue presentada por los dirigentes como si fueran rayos en cielos serenos; pero no lo eran. Durante los días calmos, los artistas (Atwood, Dick, Miller, McCarthy) e intelectuales (Judt, Han, Sloterdijk, Young) que recurrieron a la distopía o al pesimismo fueron vistos como aves de mal agüero, apocalípticos. Los apologistas del orden contemporáneo olvidaron dos cosas esenciales, una material y otra moral. La material: el bienestar en las sociedades contemporáneas es muy inferior a

las capacidades logradas por la civilización; la moral: solo desde la advertencia del peligro pueden construirse proyecto y esperanza.

La heterodoxia, la ambigüedad, la espontaneidad, la contingencia, la improbabilidad, la incertidumbre han sido des-  
terradas. Con ellas, la racionalidad práctica (*phrónesis*) como  
ejercicio del deseo razonado (*proaíeresis*); la consideración  
(*consideratione*), la intuición, la imaginación, la inquietud  
(*sollicitudo*).

## Sexta

La unificación de la lectura numérica, regular, binaria del mundo convergió con la unificación del poder. El esfuerzo liberal y moderno de separar los poderes de la política, de la economía y de las ideas tuvo su agonía en el último tercio del siglo xx. La política se llenó de plutócratas, los políticos se enriquecieron capturando las rentas del Estado, los ricos compraron los medios tradicionales de comunicación y usufructúan el *big data* de los medios sociales virtuales. Un pequeño segmento de la población mundial –que algunos manifestantes callejeros identificaron con el 1% (otro número)– pasó a controlar casi todo el poder. No es gratuito que el presidente del país más poderoso del mundo sea multimillonario, campeón de Twitter y haya sido estrella de *reality show*.

La unificación del poder real tiene un programa definido que se caracteriza por la búsqueda de la maximización racional

del beneficio, concepto contemporáneo que puede identificarse con los viejos vicios de la codicia y la avaricia. Ganancia máxima, satisfacción instantánea, consumo compulsivo han sido sus divisas. Como dijo Marx, todas las relaciones humanas resultaron atravesadas por el frío pago al contado.

## Séptima

La forma en que se afrontan las crisis traza las líneas maestras del periodo siguiente. La crisis de 1997 sembró la doctrina según la cual había que salvar los bancos (ellos son la base de la confianza, se ha dicho), nada de competencia abierta ni destrucción creativa; la crisis del 2001 sembró la primacía securitaria, despertó la xenofobia e hizo cómodo deshacer las libertades; la invasión a Irak quebró el espinazo del sistema institucional de Naciones Unidas; las políticas de austeridad desataron la ira de los migrantes en París, produjeron Occupy Wall Street y llevaron las aguas al molino populista.

La respuesta global a la pandemia de 2020 parece marcar el camino de los años venideros con un refuerzo de la soberanía nacional (los muros legales se multiplicarán), del proteccionismo económico, del régimen de excepción, del recorte a las libertades, un aumento de la desigualdad originado en el choque darwiniano de la cuarentena (solo sobreviven los más fuertes), la cibervigilancia se hará oficial, la técnica se hará más insolente, la brecha digital hundirá más a los excluidos, y la defensa de la vida –que no importó en la guerra ni en la

hambruna ni en los derechos reproductivos– será una excusa difícil de vencer. Nada indica que el mundo que viene después de la cuarentena vaya a ser mejor que el anterior.

No son novedades, solo la profundización de soluciones indicadas en las últimas décadas. Y si ya era improbable llevar una vida moral bajo el modo de vida imperante, ahora también lo será llevar una vida ilustrada, es decir, razonable, libre y solidaria.

## Octava

Los seres humanos debemos recuperar lo que verdaderamente importa. La crisis acumulativa global de los veinticinco años recientes ha demostrado la incompatibilidad entre la noción contemporánea de lo bueno numérico (PIB, PyG, Dow Jones) y abstracto (humanidad, raza, país), y el bien definido en términos cualitativos (salud, educación, cultura) y concretos (persona, familia, comunidad). Entre lo bueno definido por tecnócratas y autócratas (todos ellos elegidos mediante el voto) y el bien definido entre las personas y los grupos interesados.

Los seres humanos debemos recuperar los compromisos incondicionales con los bienes identificados en la tradición clásica, secular o religiosa. Los únicos compromisos incondicionales de la sociedad contemporánea se remiten a la estética macroeconómica y al interés del Estado; todos los demás (vida, libertad, igualdad, bienestar) se ponen en segundo o tercer orden.

John M. Keynes dijo que “una vez que nos permitimos desobedecer la prueba de beneficios de un contador, hemos empezado a cambiar nuestra civilización”. Si es cierto que necesitamos un cambio de civilización debemos subvertir la contabilidad hegemónica, su forma de contar. Pero también su léxico (éxito, felicidad, beneficio). Mostrar que los verdaderos valores no son los de la bolsa.

## Novena

Todas las advertencias que se nos han hecho debieran ayudarnos a establecer nuestro horizonte.

No hay horizonte temporal razonable que se extienda más allá del término de una generación, a lo sumo de una vida humana. Existe la obligación moral de actuar. El presente extendido, el porvenir como lo que está a la mano, tiene que constituir el arco de tiempo en el que debemos hacer que pasen cosas diferentes y notables.

No hay horizonte físico más allá de la comunidad. Ni los Estados nacionales ni los organismos supraestatales lo harán; la confianza en ellos es una excusa para la inacción propia. Cada persona, cada familia, cada comunidad educativa, cada corporación cimentada en el trabajo grupal deberán construir las nuevas formas de relacionamiento, cooperación y protección de sus miembros. Ello supone –como decía Italo Calvino– quitarle espacio al infierno.

Hoy más que nunca hay que hacer conciencia de nuestra finitud. Cultivar esa conciencia exigirá muchas desconexiones. Desconectarse nos dará más posibilidades de autonomía y dará más poder a nuestras manos.

Ante la vulnerabilidad y la fragilidad manifiesta de los seres humanos –manifiesta ahora con una pandemia que azotó primero a los países desarrollados (y a las regiones más desarrolladas de ellos) y que no reconoció clase social– hay que generalizar una ética basada en la consideración, la responsabilidad, el cuidado. La consideración igual de cada persona demanda reflexión y contemplación; la responsabilidad demanda afecto y personalización; el cuidado demanda lentitud y compasión.



# Grietas, fracturas y posibilidades de nuevos órdenes con ocasión del COVID-19

*Por Juan Gabriel Gómez Albarello\**



---

\* Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Washington en San Luis y profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Correo: [jggomeza@unal.edu.co](mailto:jggomeza@unal.edu.co)





Si algo podemos aprender de las pestes devastadoras del pasado es que las fibras morales de la humanidad han cambiado muy poco o nada, un dato que bien nos podría hacer escépticos acerca de los posibles efectos benéficos de la crisis del COVID-19. Empero, el carácter global de esta crisis sigue siendo una gran oportunidad para repensar y alterar la trayectoria que ha seguido el mundo hasta ahora.

—1—

De partida, quisiera llamar la atención sobre el hecho de que el orden social no se ha derrumbado y que la gran mayoría de personas no ha sido arrastrada por la vorágine del *carpe diem*, como sucedió con muchas pestes del pasado. Las memorables páginas que dedicó Tucídides a la peste en Atenas durante el segundo año de la guerra del Peloponeso nos proporcionan el más vívido contraste con lo que ocurre durante este primer año de la pandemia. La expectativa de que la crisis se va a superar y de que tendremos que enfrentar una grave recesión invita a la frugalidad o, por lo menos, al consumo moderado. Desde luego, siempre habrá quienes se lancen al desenfreno, pero no

conozco casos de gente que haya dilapidado en una gran juerga el legado de sus parientes muertos por el COVID-19.

Esto tiene que ver con un hecho que no podemos menospreciar en lo absoluto. La mortalidad del virus es devastadora, pero es sustancialmente inferior al número de muertos durante las pestes del pasado. Las estimaciones que tenemos son bastante inexactas, pero es indisputable que el número de víctimas en siglos anteriores fue sustancialmente mayor. Los avances de la ciencia y la provisión organizada de los servicios de salud son dos causas fundamentales de la menor cantidad de víctimas durante esta pandemia. Las dos cosas van juntas. Donde los líderes políticos ignoran la ciencia y el sistema de salud es precario, lo más probable es que la tasa de mortalidad sea más alta, lo cual parece ser, desafortunadamente, el caso de Estados Unidos.

A diferencia también del pasado, la gran mayoría de Gobiernos ha puesto en marcha programas de asistencia social con el fin de asegurar que el conjunto de la población cumpla con la cuarentena decretada en cada país. Todos sabemos que, en ausencia de esos programas, la gente con hambre saldría a las calles, iría primero por los supermercados y luego por las reservas de alimento que cada uno tiene en su casa. El exagerado aumento de la venta de armas en los Estados Unidos es la mejor indicación del temor sentido por los ciudadanos de ese país de que el orden social se resquebraje y que, en el límite, la guerra de todos contra todos pueda convertirse en una realidad. Yo creo que estamos muy lejos de ese escenario hobbesiano de retorno a un supuesto estado de naturaleza por

la sencilla razón de que, además de los economistas, los Gobiernos han escuchado la voz de quienes piensan que la economía no existe en el vacío y que, sin programas de asistencia social, el desorden sí podría ser una realidad.

La crisis del COVID-19 nos ha mostrado también que la libertad no existe en el vacío. Solo ideólogos libertarios delirantes y absolutamente marginales han montado un ataque contra la cuarentena como una restricción indebida de la libertad. Los libertarios más sensatos han permanecido en silencio, pues su ideología no les proporciona adecuadas indicaciones acerca del curso a seguir durante la crisis. No sé cuántos libertarios continúen inmunizados contra la realidad e insistan en que la contribución obligatoria al financiamiento del sistema de salud constituye un asalto a la autonomía individual. La pandemia, que no respeta demarcaciones sociales, la misma que puso en cuidados intensivos al primer ministro del Reino Unido, enseña que es preciso contar con un sistema de provisión colectiva de la salud, financiado mediante esas contribuciones obligatorias. Sin embargo, la capacidad que tenemos los seres humanos de racionalizar los hechos que contradicen nuestras creencias es casi infinita. Basta tomar nota de la forma en que muchos libertarios explican la decisión de Ayn Rand de recurrir a la ayuda del sistema de seguridad social al final de su vida.

La ideología liberal también ha sufrido un fuerte embate durante esta crisis. Ofuscados por el contraste entre la recuperación de China y la rapidísima difusión del contagio en Italia y España, varios observadores se apresuraron a decir

que la política autoritaria le había ganado la partida a la política liberal. Esta es una conclusión errada, que resulta del limitado ámbito de atención de quienes realizan semejante inferencia. Si uno compara a China con Taiwán, la conclusión que hay que sacar es otra. Donde hay libertad de prensa, la ciudadanía puede rápidamente alertar a las autoridades del brote de una epidemia. Esa ciudadanía, además, movida por un sentimiento de autocuidado y solidaridad, puede usar las nuevas tecnologías de la información para identificar los focos de contagio y ayudar así a dirigir los esfuerzos de las autoridades para prevenir la difusión del virus. El uso cívico de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación es la gran lección que hay que sacar de la experiencia taiwanesa. Ese uso cívico es la mejor respuesta al vigilantismo estatal del modelo chino y a la ansiedad de pensadores que nos aseguran que lo que viene después del COVID-19 es la sociedad panóptica. No quiero menospreciar el riesgo de que esa sociedad surja del *capitalismo de la vigilancia* del cual se nutren empresas como Google, Apple, Facebook y Amazon. Sin embargo, Taiwán ha demostrado que es posible un uso cívico del Internet, por lo cual sigue siendo posible mantener un orden social basado en la libertad individual. Desde luego, este orden tiene que pensarse de nuevo, por lo cual creo que de esta crisis saldrá, si no una ideología nueva, por lo menos versiones revisadas del liberalismo.

El orden mundial sí ha quedado seriamente resquebrajado por la crisis del COVID-19, pero hasta ahora no está roto del todo. A este respecto, la mayor incógnita es Estados Unidos,

y la mayor incógnita de Estados Unidos es Donald Trump. Su errática forma de actuar ha tenido dos consecuencias muy graves: ha debilitado sustancialmente la posición de su país relativa a las demás potencias y, al mismo tiempo, lo ha convertido en un socio que no es confiable. A medida que se profundiza la crisis de salud pública, es innegable que la crisis económica que afrontará Estados Unidos será muchísimo mayor. Por tanto, contará con muchos menos recursos para sostener la posición de preeminencia que China le había comenzado a disputar antes de la pandemia. Estados Unidos ha salido airoso de muchas crisis en el pasado, por lo cual no puede descontarse que lo haga también en esta. Sin embargo, el egoísmo y la cortedad de miras de Trump van a hacer muy difícil que su país pueda apoyarse en la red de instituciones globales de las cuales su país deriva buena parte de su poder.

Es preciso anotar que el liderazgo ejercido por Estados Unidos fue decisivo para resolver anteriores crisis globales. En la actualidad, ese liderazgo está completamente ausente, lo cual ha impedido que surja una respuesta coordinada para contener la pandemia. A este respecto, sugiero contrastar el papel de la potencia norteamericana durante la crisis financiera de 2008 con el papel que ha jugado frente al calentamiento global y con el que asume en la actualidad respecto de la pandemia. Cuando estalló la crisis financiera, bajo la égida estadounidense, el Fondo Monetario Internacional y las bancas centrales de las economías más grandes coordinaron su respuesta como prestamistas de última instancia. No solo eso. Estados Unidos se benefició de la masiva compra de Bonos del

Tesoro por parte de un gran número de países, lo cual le dio el respaldo fiscal a su programa nacional de rescate, del cual dependía la estabilidad del orden económico internacional. El papel global de Estados Unidos respecto al calentamiento global y la pandemia ha sido completamente diferente. En la medida en que su Gobierno actúa de espaldas a la ciencia, este se ha convertido en el mayor obstáculo al necesario esfuerzo de coordinación global que permitiría hacerle frente a uno y otro fenómeno.

Desde luego, este no ha sido el único obstáculo. En el caso de la crisis financiera de 2008, los expertos económicos de las bancas centrales tenían a su disposición los medios para conjurarla, y lo hicieron de la mano de los Gobiernos interesados directamente en su éxito. En el caso de la pandemia, los Gobiernos se han demorado muchísimo en escuchar a los expertos en salud; e incluso, después de hacerlo, no han dejado de atender lo que dicen empresarios y expertos económicos en contradicción con los primeros. La naturaleza misma de la pandemia, de las medidas para controlarla y de su impacto social y económico hacen necesario escuchar muchas voces. Lo preocupante es que haya expertos económicos y empresarios que lo hagan, en algunos casos, sin informarse suficientemente acerca de la rápida difusión del contagio y de su letalidad, cual si fueran una réplica en miniatura de la postura irresponsable de Donald Trump o Jair Bolsonaro.

La complejidad del asunto es aún mayor, pues hemos de tomar en cuenta que todos los países tienen políticas sanitarias distintas, las cuales reflejan el mayor o menor grado de consenso

respecto al papel del Estado y de los agentes privados, tanto en la provisión de la salud como en otras áreas de la economía. Y si esto no fuera suficiente, hemos de tomar en cuenta la diferente tradición política y cultural de cada país, lo que al final nos permite comprender la mayor o menor tolerancia hacia las restricciones a la movilidad de los ciudadanos, así como su mayor o menor grado de civismo. Esto es lo que algunos observadores han expresado en términos de la oposición entre la orientación más o menos individualista o colectivista de cada nación.

Dicho esto, se puede entender por qué la respuesta a la pandemia ha tenido lugar fundamentalmente en los confines de las fronteras nacionales. Dicho de otro modo, hay numerosos factores que han conspirado contra una respuesta global efectiva a la difusión del COVID-19. De todos modos, no ha dejado de causar extrañeza, e incluso estupor, la poca solidaridad que los países miembros de la Unión Europea han mostrado con los socios más aquejados por la pandemia. En ausencia del interés de Beijing y de Moscú por extender su influencia, creo que Italia y España habrían quedado abandonadas a su suerte. Ha sido en reacción a ese interés que la voz de los paneuropeístas se ha vuelto a escuchar, y es probable que triunfe su opinión de que, si cayeran Italia y España, caería más tarde o más temprano toda la Unión Europea.

En contraste con la poca solidaridad mostrada por los políticos, los científicos de todo el mundo comparten la información que tienen acerca del virus y las estrategias para contener su difusión. Al modo de la República de las Letras de los



siglos XVII y XVIII, hoy hay una República de la Ciencia. Sus valores y prácticas pueden ser la base para reactivar la coordinación global necesaria para erradicar la pandemia y recuperar la economía internacional. Es difícil prever cuánto tiempo tienen los líderes que actúan de espaldas a la ciencia y hacen caso omiso de esa necesaria coordinación global. A juzgar por la forma en la cual han actuado muchos en relación con el calentamiento global, podrían seguir en el poder indefinidamente. Con esta pandemia, ¿las cosas serán diferentes? El carácter mortal del virus y su rápida difusión tienen un carácter mucho más tangible que la alteración de los ciclos climáticos. En la medida en que haya un público informado y decidido a demandar rendición de cuentas a sus gobernantes, estos tendrán que alinearse con modos de acción basados en información y modelos epidemiológicos confiables. Es probable también que ese público demande una mayor cooperación internacional para contener los nuevos brotes de la pandemia. Sin embargo, como lo señalé anteriormente, siendo casi infinita nuestra capacidad para racionalizar los hechos que contradicen nuestras creencias, los líderes que actúan de espaldas a la ciencia y hacen caso omiso de esa necesaria coordinación global pueden tener mucho más futuro del que estaríamos dispuestos a concederles.

En este mismo orden de ideas, si se encuentra una vacuna, no es para nada claro que vaya a ser compartida por todos los países. Persiste además la lógica del interés nacional que impone concentrar todos los recursos necesarios para cuidar de la población de cada país. Quizá lo positivo de esta

regresión antiglobal es que países periféricos como el nuestro tienen ahora la oportunidad de reorganizar sus economías y reinsertarse en el mercado global. En efecto, en modo análogo a lo ocurrido durante las dos guerras mundiales y la Gran Depresión, esta regresión antiglobal le da incentivos a cada país para que produzca los reactivos necesarios para diagnosticar la presencia del virus y los equipos médicos para atender a sus pacientes, y para que ponga en marcha políticas de producción de bienes esenciales que no se podrían dejar al albur de un mercado perturbado por futuras pandemias. Por lo pronto, el COVID-19 ha liquidado la *utopía del capitalismo global*, una especie de jacobinismo librecambista, según la cual el remedio para todos los males –la corrupción, el subdesarrollo, etc.– era la reducción de los Estados nacionales a su más mínima expresión.

–2–

Durante esta crisis he visto innumerables artículos de prensa, videos y mensajes en redes sociales de gente que sostiene que la crisis del COVID-19 puede ser la oportunidad para un gran despertar de la humanidad. Aparentemente, la cuarentena ha hecho que abramos los ojos a lo que es verdaderamente importante, e incluso que tomemos distancia del egoísmo y el estrecho horizonte con los cuales nos relacionamos con el mundo. A menos que haya un cambio en nuestro modo general de concebir este mundo y que, simultáneamente, surjan

instituciones que encarnen ese nuevo modo de pensar, todas estas son palabras que se llevará el viento.

Para superar la recesión económica va a ser necesario que, de un modo u otro, recuperemos nuestros hábitos de consumo: que compremos, que viajemos, que gastemos, en fin, que volvamos a la vida que teníamos antes de que nos encerraran en la casa por el miedo al contagio. Desde luego, al salir de la cuarentena encontraremos un mundo muy cambiado, sobre todo con altas tasas de desempleo y muchos negocios en la ruina. Por temor al contagio, pasarán muchísimos días antes de que volvamos a una sala de cine o de conciertos y quizá registremos como memorable la experiencia de subir de nuevo a un avión. De todos modos, para sacar la economía adelante, habrá numerosos estímulos que pondrán en movimiento la vida que llevábamos. ¿Qué sucederá entonces con la conciencia de la fragilidad de la vida y con el miedo a la muerte, con los llamados a la solidaridad, con la idea de que estamos todos en un mismo barco? Al salir de la cuarentena, nos vamos a encontrar con un mundo agobiado por la escasez de recursos, por lo cual el más crudo egoísmo puede ponerse a flor de piel. En otras palabras, quizá veamos replicada a nivel micro la misma mentalidad que han mostrado a nivel macro los líderes políticos de cada país: que cada quien se salve como pueda y salte a su propio bote salvavidas.

No obstante, la crisis causada por el COVID-19 tiene un ingrediente que hace posible redefinir el orden social, tanto en la escala nacional como en la escala global, en una dirección solidaria. La conciencia de que la cuarentena es una con-

dición gravosa para las personas social y económicamente más vulnerables parece haber despertado en muchas partes el sentido de que compartimos un destino común, por muy vago y limitado que sea ese sentido. Así las cosas, motivada por la solidaridad y también por el egoísmo (el miedo a multitudes hambrientas que podrían asaltar los supermercados y las casas, y también el miedo a los efectos de la recesión económica), la ciudadanía de cada país está hoy dispuesta a apoyar medidas de ayuda social para las personas y las empresas. En este contexto, súbitamente la renta básica universal dejó de ser una iniciativa utópica para convertirse en una de las opciones para conjurar la recesión económica, en abierta contradicción con el postulado neoliberal según el cual cada quien tiene que valérselas de acuerdo con su capacidad productiva y su nivel de ahorro. La crisis del COVID-19 también ha dejado al descubierto la precariedad de sistemas de salud como el colombiano y el estadounidense, fundados sobre la misma base.

Tan audaces como estos cambios sería el paso de un paradigma político fundado en la primacía de los derechos individuales a otro basado en el equilibrio entre, por un lado, esos derechos y, por el otro, los deberes y el mérito social. La respuesta a la pandemia y la recesión económica demandarán múltiples esfuerzos que habrán de ser coordinados no solo por el mercado y las redes de solidaridad de la sociedad civil, sino también por el Estado. Si la solidaridad se funda en el principio *todos toman*, los esfuerzos de los individuos y las empresas tendrán que responder, correspondientemente, al principio

*todos ponen*, esto es, a una nueva conciencia del mérito social y los deberes de cada individuo. Sin embargo, es claro que la amplitud y profundidad de este *todos ponen* va a depender de las condiciones políticas de cada país. Donde el pacto social ha sido mucho más incluyente y donde hay un sentido más fuerte de destino común, ese *todos ponen* se materializará en una política tributaria progresiva y equitativa; donde no, como en nuestro caso, los más ricos tratarán de hacer de la crisis una oportunidad para bajar el impuesto a la renta, flexibilizar aún más la jornada laboral o convertirse en acreedores de la nación, cuyo esfuerzo fiscal concurrirán a financiar. No obstante, no es del todo seguro que este sea el único resultado. Las alteraciones sociales causadas por la pandemia y las que causarán la recesión serán de una magnitud enorme, de ahí que no se puedan descartar completamente cambios que corrijan la desigualdad existente, pero tampoco otros que la profundicen.

Para concluir, diré que hay razones para la esperanza, pero también para el fatalismo. La República de la Ciencia está mucho mejor posicionada en el espacio público que antes. Será más difícil que los negacionistas del calentamiento global mantengan la iniciativa, pues además de la voz de la ciencia, hay una nueva sensibilidad relacionada con nuestro medioambiente. La pausa que, obligados, le dimos a la naturaleza, nos la ha mostrado con otros ojos. Quizá, después de todo, sí cambien nuestros hábitos de consumo, a pesar del bombardeo mediático para que gastemos más. Quizá la ciudadanía se empodere y demande un esfuerzo fiscal basado en un *todos ponen* progresivo

y equitativo. Quizá esa misma ciudadanía le monte una guardia incesante al gasto público y ponga contra las cuerdas a políticos y empresarios irresponsables, demandándoles rendición de cuentas. Quizá Trump y Bolsonaro tengan que dejar el poder, y un renovado sentido global sirva para establecer mecanismos de coordinación que nos pongan a salvo de esta y de próximas pandemias. O quizá esta especie esté condenada por su propia estupidez, esto es, por la incapacidad de sus individuos de cuidar de sí mismos y de los demás.



# ¿El fin del liberalismo?\*

Por Iván Garzón Vallejo\*\*



---

\* Este artículo fue publicado en *El Espectador*, el sábado 11 de abril de 2020.

\*\* Doctor en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica Argentina y profesor de la Universidad de La Sabana.

Correo: [ivan.garzon1@unisabana.edu.co](mailto:ivan.garzon1@unisabana.edu.co)





El liberalismo político y el capitalismo económico occidentales han quedado desnudos ante el COVID-19. La pandemia ha traído consigo el rebrote del tribalismo más primitivo, cerrando cielos y fronteras, y normalizando la sospecha frente al vecino, poniendo en crisis el globalismo al reducir la cooperación internacional a un discurso de buenas intenciones inaplicable en tiempos de crisis. Y por si fuera poco, el modelo vigilante y autoritario de China no solo ha mostrado ser más eficiente para atacar la pandemia, sino que además gana admiradores en este hemisferio. Ciertamente, en el balance no solo hay pérdidas: el conocimiento científico ha vuelto a ocupar un lugar en la agenda pública, los líderes populistas se muestran desbordados por un enemigo que no pueden estigmatizar y los ciudadanos han vuelto a hablar de solidaridad, cuidado y cooperación.

Aún es prematuro hablar del mundo después de la pandemia. Lo que sí podemos intentar es hacer una radiografía de los síntomas que presentan las sociedades liberales occidentales, pues parafraseando a John Gray, solo reconociendo las fragilidades de las sociedades liberales podremos preservar sus valores más esenciales.

## ¡Sálvese quien pueda! La nueva consigna de la política internacional

Si una de las conquistas históricas del liberalismo occidental de la posguerra fueron las organizaciones interestatales (ONU y OEA) o supranacionales (Unión Europea), esta crisis ha mostrado su rotunda irrelevancia en momentos de crisis globales. Mientras el secretario general de la ONU hace tímidos llamados al fin de los conflictos armados, del de la OEA solo hemos sabido que se reeligió. Ambos han sido incapaces de coordinar esfuerzos para buscar una solución o para llevar ayuda a las naciones que más dificultades tienen para afrontar la crisis. Por su parte, el corolario de la orfandad del sueño europeo fueron las lágrimas públicas del presidente de Serbia Aleksandar Vučić, quien luego de declarar que “la solidaridad europea no existe” no tuvo más remedio que arrojararse a los brazos de China.

Entretanto, el contraste entre las dos potencias globales es abismal. Mientras el presidente de Estados Unidos declaró su intención de usar una eventual vacuna contra el COVID-19 solo en los estadounidenses, China, recuperada ya de los efectos del virus incubado en Wuhan, volvió al *ring* exhibiendo su poderío blando al enviar toneladas de ayuda a Italia y a España, y hasta respiradores a la ciudad de Nueva York. Por eso, analistas como Kurt M. Campbell y Rush Doshi advirtieron que si Estados Unidos no le disputa a la República Popular su liderazgo, este será su “momento de Suez”, recordando que la intervención

del Reino Unido en el egipcio Canal de Suez en 1956 marcó el fin de su poderío global.

Ahora, que el mundo enfrente una pandemia global y sea incapaz de dar respuestas globales es algo digno de una novela distópica. Pero está ocurriendo. La crisis ha desatado el tribalismo moderno más elemental: el del nacionalismo que instintivamente se expresaba hace unos meses en incidentes callejeros violentos amparados en la creencia de que cualquier *ojirrasgado* era portador del virus. Hoy son los italianos y los españoles los más sospechosos; según una encuesta reciente de Polimétrica, 30% de los encuestados dice que no quiere a los primeros como vecinos, y 28% dice lo mismo con respecto a los segundos. Sin duda, el miedo y los prejuicios comienzan en la imaginación.

## ¿Hacia una sociedad vigilante y disciplinaria?

El filósofo coreano Byung-Chul Han y el historiador israelí Yuval Noah Harari han advertido que el modelo asiático de vigilancia y control se puede replicar en Occidente ante la dificultad de estas sociedades para manejar la pandemia, en contraste con el éxito que han tenido aquellas donde la gente es más dócil para los controles sociales y una herencia colectivista disuade los comportamientos de quienes se graban a sí mismos violando la cuarentena.

Por ahora, los países que mayor éxito han tenido al afrontar la pandemia han sido los más eficaces en dos medidas

anticipatorias: el aislamiento preventivo de toda la población y la realización de innumerables pruebas a los posibles infectados. Todavía es prematuro prever si los ciudadanos de las democracias occidentales estarán dispuestos a recortar o suspender sus libertades individuales en procura de controles tecnológicos gubernamentales que puedan prevenir otra crisis de estas proporciones. Y ello no solo por la razón obvia del profundo arraigo del individualismo en las sociedades capitalistas, sino además por la falta de recursos públicos para invertir en cámaras y sistemas de vigilancia que deben su utilidad a su masificación –en China hay doscientos millones de cámaras en las calles– y monitoreo.

De cualquier modo, no se puede descartar que eventuales alianzas entre los Gobiernos y las compañías tecnológicas que ya manejan buena parte de nuestros datos podrían facilitar el escenario de una sociedad vigilada y potencialmente disciplinada, un panorama que en 2006 recreó magistralmente *La vida de los otros*, una película sobre los últimos años del régimen comunista en Alemania Oriental. Aun así, el dilema persiste: ¿los liberales defenderán las libertades individuales y la privacidad, incluso a costa de un incremento de un riesgo público letal?

Ciertamente el COVID-19 no inventó este escenario: el capitalismo de la vigilancia está más presente de lo que creemos. La pregunta que surge ahora es si además de compañías de tecnología o campañas políticas también lo usufructuarán Gobiernos democráticos.

Es probable que hacia el futuro los ciudadanos reclamen más proactividad de los gobernantes y políticas públicas de prevención más eficaces. A pesar de que el virus parece haber cogido a todo el mundo por sorpresa, un informe de la Junta de Vigilancia Mundial de la Preparación, un organismo global creado por el Banco Mundial y la Organización Mundial de la Salud, advirtió en septiembre de 2019 que “los países, los donantes y las instituciones multilaterales deben prepararse para lo peor” por la “propagación rápida de una pandemia debida a un patógeno respiratorio letal (de origen natural o liberado accidental o intencionadamente)”. Aunque el documento está en seis idiomas, parece que nadie lo leyó.

## La tregua del populismo y el retorno de los expertos

En el balance del liberalismo hay también superávits. La situación ha significado, paradójicamente, una tregua por parte de uno de los enemigos que más ha golpeado a las sociedades democráticas en los últimos años: el populismo. Ante la situación de excepción ha quedado en evidencia la irresponsabilidad de sus adalides para gestionarla, pero sobre todo, su escasa preparación para atender coyunturas complejas. Ni un escritor de ficción se habría podido imaginar una situación en la que salieran tan mal parados al mismo tiempo Donald Trump, Andrés Manuel López Obrador, Jair Bolsonaro y Viktor Orbán.

Y es que los líderes populistas andan desconcertados: no tienen un enemigo de carne y hueso al que puedan culpar de todos los males. Y si además tal enemigo no discrimina a sus víctimas, tampoco se puede caricaturizar. Lo que sí ha quedado como una caricatura es la precariedad intelectual de su discurso, según el cual esto es una simple *gripaña* de la que nos puede proteger un trébol, para no hablar de la forma impune en que cambiaron de opinión. Tragicómico.

Por eso, y aun a costa del desprecio que por ellos sienten los populistas, la voz de los expertos y los científicos nunca fue tan necesaria. De su poco reconocido trabajo hemos obtenido en estos días de incertidumbre las pocas certezas con las que contamos. Pero no solo hemos vuelto a hablar de investigación científica, de descubrimientos y vacunas, sino que también ha habido una vuelta hacia los periodistas para entender comparativamente la pandemia, hacia los académicos para encontrar soluciones a la bomba social que se avecina, hacia los intelectuales para interpretar lo que está sucediendo, hacia los educadores, psicólogos y psiquiatras para continuar el proceso formativo de nuestros hijos y hasta para mantener la cordura. Y claro, hemos aprendido a valorar el trabajo de quienes sirven a los demás arriesgando su propia vida. Y así, nunca el mundo ordinario de los políticos, los abogados, los banqueros, los burócratas e *influencers* lució tan desfasado: esta situación sin precedentes nos ha obligado a ordenar las prioridades.

## Dignidad, civismo y cooperación

Las crisis suelen sincerar los debates éticos y políticos, pues a fin de cuentas, no hay tiempo para las usuales cuadraturas del círculo de los discursos demagogos: hay que elegir. La pandemia ha visibilizado las tensiones entre la economía y la vida; entre la posibilidad de salvar a muchos y la de salvar a unos cuantos; entre la opción de ayudar a las empresas y la de ayudar a la gente. Se trata, diría Isaiah Berlin, de elecciones trágicas, cada una tan miserable como la otra, según la revista *The Economist*.

Por ahora, algunas cosas van quedando claras por acá: que el establecimiento económico y financiero se preocupa demasiado por los dueños de la oferta pero poco por los protagonistas de la demanda; que las ayudas estatales se enfocan en públicos ya atendidos de manera ordinaria pero el Estado no sabe qué hacer con la clase media; que los congresistas no dan buen ejemplo, ni siquiera en una pandemia; que los ciudadanos ya están notificados de quiénes son los empresarios que se toman en serio la responsabilidad social y quiénes no aguantan una quincena de pérdidas; que los bancos son prestos para endeudar y cobrar pero lentos para ayudar; y que nuestros empresarios ayudan caritativamente pero no tienen la visión ni la generosidad de sus pares de otras sociedades para anticiparse a los grandes problemas. La caridad y la filantropía nunca estuvieron tan distantes.



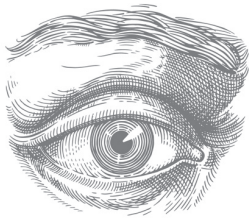
En el plano ético ha quedado claro que el individualismo capitalista y liberal es insuficiente. No solo porque nuestra mutua interdependencia se ha vuelto cada vez más insostenible, sino porque en tiempos de crisis la esperanza proviene de la solidaridad de los que ayudan, de la valentía de quienes cuidan, de la cooperación de quienes actúan con responsabilidad evitando dañar a los demás. Pero sobre todo, porque el cuidado de la vida supone honrar la dignidad de cada ser humano por su valor sagrado e inconmensurable.

Así, la lógica utilitaria y del autointerés ceden ante la lógica colectiva de un Estado llamado como nunca a cumplir el ABC del contrato social hobbesiano –garantizar la vida y la seguridad de cada ciudadano–, y de un mercado que cumple la función de proveer bienes y servicios no solo como resultado del egoísmo de sus agentes, sino también porque estos actúan con solidaridad y responsabilidad.

Las virtudes y el civismo han vuelto a la escena para hacernos más conscientes de que nuestro comportamiento tiene un poder impredecible. Si el Estado rescató el mercado en la crisis de 1929 y de 2008, quizás no sea ingenuo pensar que la sociedad civil lo hará ahora. Del comportamiento responsable y cooperativo que tengamos ahora pueden provenir el rescate de la crisis de 2020 y los anticuerpos para la próxima pandemia. Necesitamos un liberalismo cívico global.

# Cuarto espíritu del capitalismo: pandemia y malestar

*Por Johnny Orejuela\**



---

\* Doctor en Psicología Social del Trabajo de la Universidad de São Paulo y jefe del Departamento de Psicología de la Universidad EAFIT.  
Correo: [jorejue2@eafit.edu.co](mailto:jorejue2@eafit.edu.co)



2020, en cuestión de tres meses, todas las reglas del juego en el campo de la economía, la salud, la ciencia, la política y el mundo del trabajo han quedado afectadas. Un nuevo orden mundial se avecina. Las grandes superpotencias económicas ubican el mundo en la mitad de una guerra económica en la que la emergente China parece haber tenido información privilegiada sobre la pandemia por venir y de haber sabido usar eficientemente el poder del *big data*, mientras Estados Unidos menospreció, no se sabe si deliberadamente o no, los efectos de la pandemia, y puso la mayor cantidad de víctimas, en su mayoría latinos y afroamericanos, en este acontecimiento que ha parado el mundo capitalista globalizado como nadie lo había imaginado, ni anticipado. Coronavirus, globalización, neoliberalismo y *big data* parecen constituir las claves de la gramática que intenta establecerse para descifrar esta particular coyuntura, que pone por primera vez a la humanidad en una emergencia planetaria, y que en opinión de Harari (2020), será el acontecimiento que definirá el siglo XXI.

En el 2002 Luc Boltanski y Eve Chiapello publicaron su famoso libro *El nuevo espíritu del capitalismo*, en el que hicieron una excelente cartografía del desarrollo del capitalismo para indicarnos que estábamos bajo *un nuevo espíritu*: el capitalismo

financiero, su tercer espíritu. Los otros dos capitalismo fueron el capitalismo comercial y el capitalismo industrial. La reconstrucción de estos tres modos de acumular riqueza hasta finales de los años noventa, según estos autores franceses, nos permitía entender cómo habíamos pasado de un capitalismo desorganizado y familiar, en el que el héroe era el comerciante, a un capitalismo organizado basado en la manufactura racionalizada por la ciencia, en el que el héroe era el alto gerente asalariado de una gran factoría, para derivar en un capitalismo bursátil reorganizado, en el que la acumulación del capital se daba a la manera de los juegos de casino, es decir, por pura especulación; de hecho algunos autores así lo han caracterizado: *capitalismo de casino*. En este capitalismo, el héroe ya no es ni el comerciante familiar ni el alto ejecutivo profesional asalariado, sino el experto inversionista en mercado bursátil, desde el tecnócrata de las multinacionales hasta los banqueros. Ese fue el paso del segundo al tercer espíritu del capitalismo.

Pero Boltanski y Chiapello (2002) no alcanzaron a anticipar ni a vislumbrar las transformaciones en las formas de regulación y acumulación del capital; ni los modos de ser sociedad que se fraguaban en el Valle del Silicio; ni el surgimiento de un cuarto espíritu del capitalismo, en el que la fuente y la acumulación de la riqueza no dependerán ya ni del comercio ni de la industria, y tampoco de la financiarización de la economía. La nueva riqueza se concentra ahora en el poder de *los datos*, la minería de datos. La economía extractiva digital es

la nueva fuente de riqueza; los datos son el nuevo petróleo; por obvias razones los autores no lograron anticipar este momento, por lo menos no en su libro, pues a finales de los años noventa apenas surgía Internet (1998). Así, emerge un nuevo héroe: el exitoso emprendedor de empresas tecnológicas: Steve Jobs, Marck Zuckerberg, Bill Gates, Jeff Bezos; son los nuevos iconos, ídolos sin corbata. Habría, entonces, que aumentar una fase en la trayectoria histórica del desarrollo del sistema capitalista; su nuevo espíritu ya no es el tercero, es el cuarto: el del *big, small y fast data*. Inteligencia artificial e Internet de las cosas, para citar solo algunas de las expresiones de lo que el Foro Económico Mundial ha dado a conocer como la cuarta revolución tecnológica, la *era del big data* y de la cuarta revolución industrial, apenas declarada en Hanover en el 2011.

Esto nos introdujo no solo en una era de cambios sino, y sin lugar a dudas, en un cambio de era (Stalman, 2016). La cuarta revolución industrial ha sido desarrollada en el entorno económico de la globalización y el neoliberalismo, y ha sido precipitada y acelerada por la pandemia del COVID-19; es decir, una consecuencia no calculada de la actual pandemia es que aceleró, energizó, la implementación de la que ya venía siendo nombrada como la cuarta revolución industrial. El uso de *big data* para controlar la epidemia, el teletrabajo y la virtualización de la educación han sido acciones precipitadas para enfrentar esta crisis planetaria.

Orden	Tipo de capitalismo	Héroe capitalista	Características
I espíritu	Capitalismo comercial	Burgués comerciante	Capitalismo desorganizado, familiar
II espíritu	Capitalismo organizacional	Alto gerente asalariado	Industrial, burocrático, racional y organizado
III espíritu	Capitalismo financiero	Inversionista, experto en mercado bursátil	Capitalismo financiero, reorganizado, multinacional y especulativo
IV espíritu	Capitalismo de los datos	Emprendedor tecnológico	Capitalismo tecnológico, radicalmente globalizado, colaborativo, de la interconexión digital y disruptivo

Fuente: Elaborado y ajustado con base en Boltanski y Chiapello (2002).

Esto no ha dejado de tener consecuencias. Se erigen discursos a favor y en contra de la cuarta revolución industrial, los más optimistas nos advierten que si bien habrá transformaciones, esta no es una historia de pánico, y que por el contrario asistimos por primera vez en la historia, de manera consciente, a una revolución industrial (Harari, 2017), que atestiguamos un momento fascinante de transición histórica, y que la revolución digital representará innovación y bienestar para la mayor parte de la humanidad. Mientras tanto, otros menos optimistas advierten los riesgos de la era digital y nos anticipan que hemos llegado al fin de la luna de miel con el Internet (Cobo, 2019); que inauguramos una nueva forma del capitalismo denominada *capitalismo de vigilancia* (Zubott, 2020); y que hay una evidente amenaza a la democracia, como lo ha evidenciado el escándalo de Cambridge Analítica, asociado a la elección de Donal Trump en los Estados Unidos; en definitiva,

que atestiguamos el fin de la privacidad y el recrudescimiento de la sociedad de control digital y electrónico, como ya lo había señalado Michael Foucault.

Declaración de principio: no creo que estemos solo frente a evidentes riesgos derivados de la inteligencia artificial, tampoco creo que no haya riesgos y peligros derivados de su uso perverso. No me declaro un pesimista, pero tampoco un optimista ingenuo, digamos que se trata de un optimismo con responsabilidad. Hay que domesticar el capitalismo de los datos, hay que alfabetizar sobre el riesgo digital, hay que reconocer los peligros de la instrumentalización por parte de la ideología neoliberal que tenderá a profundizar, más no a inaugurar, pues eso viene aconteciendo desde 1973, la precarización del trabajo. Me cuido de entrar en la ingenua contradicción de una crítica radical a la revolución del Internet que al mismo tiempo uso para difundirla. Prefiero que admitamos que la cuarta revolución industrial es un hecho, a que emprendamos una guerra contra lo inevitable: la globalización y la revolución del Internet vinieron para quedarse.

La tarea debe ser reconocer cómo lograr domesticarla, ponerla a favor de la humanidad y reorganizarnos como sociedad para optimizar y capitalizar sus ventajas, neutralizar sus riesgos y asumir el desafío ético que nos impone, como especie, tan poderoso instrumento en nuestras manos. No hay que olvidar que al final del día los únicos que tienen la responsabilidad de lo que se puede hacer, usar o abusar con Internet somos nosotros, los seres humanos, eso no es problema de las máquinas. El poder gris de Google, Amazon o



Facebook, y de las grandes multinacionales de datos, debe ser regulado, para que los datos sean socializados y democratizados en pos del bienestar de la humanidad. Eso requerirá un esfuerzo político global para que los riesgos de manipulación, de exacerbación del consumismo y de amenaza de la democracia por el totalitarismo sean neutralizados.

La pandemia logró ser neutralizada en Corea y China gracias al uso eficiente del *big data*, he ahí el lado positivo de los algoritmos. Pero ceder los datos por una emergencia entraña el peligro de que sean manipulados y se pierda la privacidad, he ahí el riesgo y el desafío. Lo paradójico parece determinar el horizonte de nuestra época.

## La querrela de las representaciones por el futuro

Atestiguamos un momento inédito y por tanto estamos preocupados por un porvenir que parece estar calibrado en unidades de incertidumbre, en la medida en que no estábamos preparados, por lo menos la mayoría de las personas, para enfrentar esta crisis de magnitud planetaria. Al contrario de la Segunda Guerra Mundial, no nos sacó de la casa para combatir, sino que nos reenvió a la casa para confinarnos como la estrategia más eficaz para paliar, para controlar, los efectos devastadores de la pandemia del COVID-19, experimentando el miedo y la zozobra que algunas películas de Netflix ya habían vaticinado; así como algunos acontecimientos históricos, como

la gripa española de 1918 y la peste negra europea del siglo XIV, también nos lo recuerdan. Enfrentamos lo que en psicoanálisis Lacan denominó *lo real*, aquella situación que nos sorprende, que se escapa a nuestro control, que no logra ser representada, simbolizada, y que como experiencia del sinsentido tiene como efecto la angustia; ese afecto caracterizado por la tensión difusa respecto del futuro, tensión determinada por la diferencia entre el aquí y el ahora y el allá y entonces, de eso de lo que no sabemos nada. Este confinamiento nos ha llevado a la experiencia de un duelo anticipado (Berinato, 2020) que, como toda experiencia de duelo, de angustia o de malestar—que pugna por ser reconocida, por ser simbolizada en tanto que experiencia de sinsentido—, activa el mecanismo de producción excesiva de explicaciones, de formas de representación que permitan ingresarla en una estructura de sentido; solo así ceden la tensión y el sufrimiento derivado de tales experiencias.

Así pues, podríamos decir que hemos presenciado cómo hemos pasado de ver los titulares de los grandes periódicos del mundo, que procuraban explicar la biología del COVID-19 y la lógica de expansión de las pandemias, a las grandes especulaciones filosóficas, como las presentadas tempranamente por Yuval Noah Harari, Byun-Chul Han y Slavoj Žižek, a las grandes preocupaciones por el colapso económico, y de ahí, a la miríada de explicaciones en todos los periódicos y por todos los científicos en un intento de representación de esta inédita coyuntura. Asistimos a una querrela, a una lucha de representaciones, algunas contradictorias, otras complementarias, algunas conspirativas, unas esperanzadoras, otras

apocalípticas, todas en un intento desesperado por encontrar o proveer a los demás algo de sentido. Es un esfuerzo desesperado y noble por utilizar los instrumentos conceptuales para representar el espíritu de esta época signada por el COVID-19. Harari (2020) plantea un futuro en el que estamos desafiados a elegir entre el nacionalismo o un gobierno global, entre el individualismo o una cooperación flexible en masa; entre saber que es muy difícil adivinar el futuro o apostar por una ficción futurible. Entonces, una opción es optar por la discreta posición de invitarnos a pensar qué clase de sociedad y de humanidad queremos delinear para el mañana.

Por su parte, Slavoj Žižek (2020) madrugó a vaticinar el fin del capitalismo aludiendo a la metáfora de una jugada mortal asestada por la pandemia al mejor estilo de Kill Bill. Más temprano que tarde reaccionó Byun-Chul Han (2020) al criticar el exceso de optimismo de Žižek, vaticinando por su parte que nada cambiará en el capitalismo neoliberal y la sociedad individualizada occidental después del COVID-19. Remata John Gray (2020) diciendo contra Harari, sin nombrarlo, que creer en la cooperación global como solución es pensamiento mágico en su forma más pura. Pero todos sí parecen coincidir en algo: estamos frente a una inflexión histórica. Tanto así, que rápidamente se editó, en tiempo récord y en versión digital, el libro *Sopa de Wuhan*, para compilar las reacciones de los principales pensadores del mundo frente a esta coyuntura histórica. Este es el lado positivo del Internet.

La opinión ilustrada es un campo de lucha, como diría Pierre Bourdieu (1975). Nadie sabe a ciencia cierta qué ocurrirá

mañana, es imposible anticipar el futuro, sobre todo cuando nadie puede controlar ni predecir el comportamiento de esta extraña especie que somos los seres humanos. Esta condición humana que nos define y que puede sacar lo mejor de nosotros en un altruismo compasivo inusitado, así como volvernos nuestros propios lobos y aprovechar la pandemia para seguir buscando nichos de mercado. Nadie puede anticipar de qué seremos capaces. Frente al futuro me declaro un optimista moderado. Estoy seguro de que de esta crisis no saldremos intocados; sin duda habrá cambios, esto no significa que sean mejores ni necesariamente peores, pero habrá cambios, de eso no hay duda. Por mi parte tengo la confianza en que por oscura que sea la noche también amanecerá, y que justo también pasará! Necesitamos tiempo para deducir las consecuencias, entiendo el valor terapéutico del esfuerzo de todos los intelectuales y humanistas del mundo pugnando por ofrecernos la mejor versión posible del futuro, pero es demasiado temprano para ello, tenemos la crisis en nuestra propia cara, y para que las cosas sean apreciadas mejor se requiere un poco de tiempo, que significa distancia. Por ahora me conformo con entender que es tan problemático tener demasiadas, e ingenuas, esperanzas, como no tener ninguna.

## El trabajo, ese gran damnificado...

Descontando los efectos sobre la salud, el segundo gran damnificado en tanto motor movilizador de la economía es el

mundo del trabajo. El modelo de acumulación implementado después de 1973 y reconocido como modelo de flexibilización laboral, profundizado en el marco de la ideología neoliberal, desarrollado por la Escuela de Chicago e implementado en los Gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher después de 1984, configuró el caldo de cultivo de un proceso creciente y continuo de degradación de las condiciones conquistadas bajo el amparo del modelo fordista y del Estado del bienestar entre 1945 y 1973, fenómeno que hemos conocido como proceso de precarización laboral, o modelo de fragmentación laboral precarizante (Orejuela 2009; 2018). La pandemia deja al descubierto los profundos efectos de degradación del modelo neoliberal y de la precarización laboral aupada por el modelo de acumulación flexible (Harvey, 1998).

La falta de cohesión entre los grandes pilares institucionales de la sociedad occidental, a saber, salud, trabajo, educación y bienestar social, queda revelada por una pandemia que nos obliga al confinamiento, detiene la economía y paraliza el mundo del trabajo. El modelo de flexibilización y su efecto de fragmentación del mercado del trabajo, en el que un reducido número de trabajadores que no superó el 15% pertenece al núcleo, y un 85% está disperso en opciones precarias de trabajo dentro de las cuales, para el caso colombiano, más de un 60% de los trabajadores está en la informalidad laboral, el rebusque y el autoempleo, entre otros, o en el peor de los casos en opciones de empleo autónomo precario, como los domiciliarios de Rappi o los trabajadores de Uber, o de cualquier otra plataforma de intermediación digital, que constituyen lo que Ricardo

Antunes (2019) denomina las nuevas formas de la esclavitud, y que la mayoría de los sociólogos, psicólogos y economistas del trabajo identifican bajo la etiqueta de *uberización del mercado laboral*, revela en su conjunto la exposición a la calamidad, a la ausencia de seguridad social, a las pérdidas de la calidad del empleo, a la caída de los salarios y a la constricción del poder adquisitivo. El fuerte y creciente proceso de deslaboralización revela la preocupante precariedad de los que participan, compran y venden su fuerza laboral en un mercado cada vez más inequitativo, y en un sistema en el que la desigualdad campea sin que haya ningún reparo moral. El neoliberalismo mostró sus debilidades como modelo de Estado, el despropósito en la acumulación de riqueza en una elite minoritaria que conserva mucho poder y riqueza –pero que no supera el 10% del total de la población mundial–, mientras que los trabajadores que día a día con su esfuerzo y compromiso movilizan la economía mundial se exponen a una dualidad, morir de hambre o morir por el virus.

La clase media también ha quedado expuesta en su pobreza encubierta. Esta nueva clase media que no logra acumular patrimonio y que lo único que concentra es capital simbólico: títulos universitarios y muchas deudas, pero que está profundamente individualizada e imaginarizada como de clase alta, por los efectos del consumo al que accede, también paga fuertes consecuencias económicas y queda en una zona de riesgo y vulnerabilidad que tampoco se tenía imaginada. El problema histórico de la clase media es que no se moviliza, atribuye las huelgas y protestas a los obreros de clases subalternas

y cuello azul; según dicen, “la gente decente, la gente bien” no sale a las calles. Eso la condena a pagar más impuestos, a recibir menos beneficios y a no reivindicar sus derechos, menos aún a denunciar las injusticias; está acostumbrada y prefiere lavar la ropa sucia en casa, muy a pesar a ser la víctima de la fábrica del hombre endeudado (Lazzarato, 2015). No está dispuesta a movilizarse, esa es su debilidad política.

Las otras grandes damnificadas son las pequeñas y medianas empresas, que constituyen el 95% del parque empresarial colombiano y que por tanto son las proveedoras del 95% de los trabajos formales directos e indirectos del país; los pequeños empresarios, los emprendedores han sido expuestos al inminente riesgo de la bancarrota, del derrumbamiento de sus sueños de independencia económica.

Los subsidios estatales a las mipymes por tres meses no sirven sino para paliar el drama. Como solución es francamente insuficiente. La solución tiene que ser más drástica, solicitando la solidaridad de los bancos que han acumulado tanta riqueza en las últimas décadas. El Estado tampoco podrá pagarlo solo y es un insulto público que no entregue directamente, sino a través de créditos, el dinero que ha logrado que le sea autorizado por el estado de excepción. Facilitar una deuda no es una ayuda ante una calamidad tan crítica como la presente. Algunos países, como Brasil, Estados Unidos, Colombia, han visto en los auxilios económicos una forma de ayuda, pero es insuficiente. Por ello se ha puesto a la orden del día el debate, aplazado por décadas, sobre la *renta básica universal incondicional*, tema que los economistas neoliberales no habían querido tocar

por lo que implica en términos de redistribución del capital y pérdida del poder de negociación de los empleadores. Eso sí, clase media, prepárate: vendrán impuestos para cubrir el déficit derivado de la pandemia, pues sin duda se solidarizarán las pérdidas. Y las tasas de desempleo se elevarán, borrando de un solo tajo los logros obtenidos para superar, en parte, la crisis de 2008. Se calcula que se perderán más de treinta millones de empleos con esta pandemia. No acumulamos sino pérdidas laborales, el trabajo será el gran damnificado, las cifras de desempleo lo demostrarán.

La crisis evidenció que los grandes mandatarios en América Latina, pero también en Estados Unidos, se representaban a todos sus pueblos como de clase media acomodada, es decir, con ahorros, grandes salarios, con contratos estables, con casa y con carro. ¡Qué ilusos! Quedó manifiesto que la mayoría de aquellos a los que gobiernan son pobres; viven del rebusque, no tienen dónde vivir o pagan arriendo; no están protegidos en salud; aguantan hambre; viven hacinados; son las víctimas más frágiles y son vectores involuntarios de la contaminación. Pero los necesitamos, eso ha quedado claramente demostrado también: vigilantes, cajeros de supermercados, domiciliarios, taxistas, transportadores informales, vendedores ambulantes, empleadas de servicio doméstico, etc. La pandemia evidenció cuán necesarios eran para movilizar la economía y la sociedad; ellos, como los médicos, también merecen aplausos; lo lamentable es que los subsidios aún no les llegan, y si les llegan, no son sino una cuota de corrupción. Los estamos empujando a tener que elegir entre enfermarse o morir de hambre. Se anticipa



que después de superado el nivel máximo de emergencia, la movilización social y la protesta puedan ser de niveles incalculables, y por supuesto, están justificadas.

## El teletrabajo: antídoto y veneno

Como una forma de respuesta inmediata, y como medida de choque, para no detener de manera radical la economía, la mayoría de empresas e instituciones como las educativas optaron por el teletrabajo y la virtualización. Si bien esta medida es una solución inmediata, no deja de entrañar limitaciones y consecuencias no tan agradables. El *teletrabajo involuntario e improvisado* es una solución imperfecta, pues ha representado el aumento de los riesgos laborales, sobre todo los de carácter psicosocial, los asociados a la salud mental. Precisamente por ser involuntario e improvisado, lanzó a una gran masa de trabajadores a hacer de sus comedores familiares sus oficinas y del trabajo en casa un riesgo para su salud mental, al bloquear la función psicosocial del trabajo como actividad sublimatoria, como campo de autoexpresión, autorrealización y vector constructor del autoestima y la identidad, y como forma de inclusión social, pues trabajar es más que ganarse un salario; trabajar es relacionarnos con otros, es vivir con otros y producirnos a nosotros mismos (Dejours, 2007), salir de sí (Clot, 2009).

El teletrabajo es una opción de trabajo flexibilizado que no a todos los trabajadores les interesa, ya que no tiene las con-

diciones subjetivas para asumirse sin riesgo. Además, el hecho de que sea involuntario viola un principio fundamental necesario para sentir placer en el trabajo: la autonomía; y al ser improvisado, no garantiza todas las condiciones tecnológicas, ergonómicas y psicosociales. También ha empujado a los trabajadores a la intensificación laboral, a la pérdida del equilibrio entre vida personal y trabajo, y a la imposibilidad del distanciamiento psicológico, necesario para la reparación, creatividad, innovación y calidad de vida. Por otro lado, ha expuesto a algunos trabajadores, cuya naturaleza de tareas les impide teletrabajar, a lo que se entiende como subempleo subjetivo, es decir, a la sensación de que ellos tienen más competencias que las que requiere aquello para lo que los han contratado; los están subutilizando como fuerza laboral, lo que no deja de producir sentimientos de menosprecio y culpabilidad. Aparecen signos de alarma por la pérdida de la estabilidad emocional derivada del confinamiento y de un teletrabajo que intensifica el control por parte de algunos jefes desconfiados, que suponen que por estar en casa los empleados no tienen nada para hacer y por ende multiplican las demandas como una forma de control de la actividad. Además de un ejercicio de control y vigilancia electrónica que restringe la autonomía e infantiliza a los empleados. Todas estas son condiciones que se constituyen en factores de riesgo para la conservación de la salud laboral. Así, el teletrabajo, que parecía ser el antídoto, paradójicamente no deja de tener sus visos de veneno.

Finalmente, advertidos por Freud hace ochenta años sobre el malestar propio de ser sujetos de la cultura, no podemos

dejar de apreciar las consecuencias del malestar específico que produce la pandemia y los riesgos de una excesiva vigilancia implementada por los Estados, a propósito de su control, las pérdidas económicas, las preocupaciones por el futuro. La incertidumbre por cuándo y de qué manera saldremos de esta crisis no deja de producir el sinsabor propio de toda crisis: un porvenir aún sin descifrarse suficientemente, unos riesgos anticipados y unas pérdidas inevitables que nos dejan con más preguntas que respuestas; esto no deja de generar esa tensión difusa e indeterminada a la que llamamos *malestar*. Ese malestar logra ser paliado cuando lo pasamos por el diafragma de la palabra, cuando lo apalabramos, por eso este es un momento de obligatoria reflexión, en el que estamos desafiados a nuestra mayor capacidad resiliente, nuestra mayor paciencia y compasión, la solidaridad que parece ser la herramienta más poderosa con la que los seres humanos contamos para hacer de este un mundo mejor. De nuestra conciencia depende la humanidad que seremos después del COVID-19. Como lo anticipó el historiador Sorokin, después de un periodo de oscuridad viene un periodo de exaltación de la vida; que no nos extrañe que esta crisis termine llevando a la humanidad a una crítica profunda de los valores materialistas y a una explosión de la espiritualidad.

Al final del día, parece que esta crisis exige un replanteamiento de la gramática axiológica, ethopolítica, y nos impulsa a gravitar alrededor de valores como la confianza, la solidaridad, la equidad, entre otros.

## Referencias

Antunes, R. (2019). *O privilégio da servidão: o novo proletariado de serviços, na era digital*. São Paulo: Boitempo.

Berinato, S. (2020). *That disconfor you are feeling is grief*. Disponible en: <https://bit.ly/2yxUff7>

Boltanski, L., y Chiapello, E. (2002). *Nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

Bourdieu, P. et al. (1975). *El oficio del sociólogo*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Clot, Y. (2009). *¿El trabajo sin seres humanos? Psicología de los entornos de trabajo y de vida*. Madrid: Modus Laborandi.

Cobo, C. (2019). *Acepto las condiciones: uso y abuso de las tecnologías digitales*. Madrid: Fundación Santanilla. Disponible en: <https://bit.ly/3bbxyE3>

Dejours, C. (2007). *A banalização da injustica social*. Rio de Janeiro: FGV.

Gray, J. (2020). *Adiós globalización, empieza un mundo nuevo. O por qué esta crisis es un punto de inflexión en la historia*. Disponible en: <https://bit.ly/35CKKjX>

Han, B. C. (2020, marzo 22). La emergencia viral y el mundo de mañana. *El País*. <https://bit.ly/3fs9oZi>

Harari, Y. (2020). *La mejor defensa contra los patógenos es la información*. Disponible en: <https://bit.ly/2SGJcA6>

Harari, Y. (2017). *Homo Deus: breve historia del mañana*. Barcelona: Debate.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lazzarato, M. (2015). *La fábrica del hombre endeudado: ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.

Orejuela, J. (2018). *Clínica del trabajo: el malestar subjetivo derivado de la fragmentación laboral*. Bogotá: San Pablo-EAFIT.

Orejuela, J. (2009). *Incertidumbre laboral*. Cali: Bonaventuriana.

Stalman, A. (2016). *Humanoffon. ¿Está internet cambiándonos como seres humanos?* Barcelona: Deusto.

Žižek, S. (2020). El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill. *Esferapública*. <https://bit.ly/3fsWWZ0>

Zubott, S. (2020). *Capitalismo de vigilancia*. Disponible en: <https://bit.ly/2WaEGfm>

# Cuarentena mental

*Por José Luis Villacañas\**



---

\* Doctor en Filosofía de la Universidad de Valencia y profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

Correo: [josluivillacaasberlanga@gmail.com](mailto:josluivillacaasberlanga@gmail.com)



Andamos ávidos de lecciones, y con inquietud nos interrogamos sobre los acontecimientos del día para extraer alguna. Perplejos, incluso nos contentaríamos con algunas señales. Y, sin embargo, no tenemos que buscar mucho. Aquí estamos, de nuevo, redescubriendo una y otra vez la verdad más antigua, la que nos hizo seres humanos hace más de dos millones de años. Esa verdad nos trae el peso amenazante de la omnipotencia de lo real. Lo he visto al trasluz esta tarde de domingo. Mientras contemplo por los ventanales la plácida tarde, no puedo dejar de pensar que, tras el cielo limpio y la atmósfera clara y transparente, como traído por los rumores continuos de los noticieros, se esconde lo numinoso, ese poder anónimo superior que nos recuerda que nuestra existencia es improbable, un milagro casi inverosímil del orden.

Es una experiencia siniestra, desde luego, pero no sé por qué no me ha inquietado. Veo ahí afuera un mundo colonizado, humanizado, a nuestra medida, y sin embargo, también lo presiento poblado de agentes arcaicos, primigenios, mínimos, invisibles, de aquellos que debieron poblar las simas oceánicas hace unos tres mil millones de años, y que por fin han escapado de la sangre viscosa de mamíferos imperfectos, antiguos, nocturnos, de aquellos animales que debieron poco



a poco desplegarse tras el vacío dejado por los dinosaurios y que, liberados, se lanzan ansiosos a conquistar al humano conquistador de la Tierra. Al parecer, es probable que el COVID-19 proceda de un murciélago, uno de aquellos seres ciegos que lograron sobrevivir en medio de la noche polar en que yacía la Tierra tras la persistente nube de polvo que produjo aquel fatídico meteorito. Ahora busca expandirse a través de un ser más evolucionado, como el humano, para desplegarse en otros soportes orgánicos más complejos, como si él también quisiera gozar de la vida acumulada de gran depredador.

De nuevo, pues, el ser humano es el cazado, no el cazador; y de nuevo regresan las amargas verdades que quizá deseamos olvidar con todo tipo de subterfugios y de huidas hacia delante, dirigidos por la omnipotencia del deseo. Un hombre devora un murciélago a veinte mil millas de distancia y de repente olvidamos todos esos pensamientos del superhombre, del transhumanismo, o del ser humano como la casa del Ser. Con un poco de la sensibilidad de Jorge Manrique nos preguntamos dónde quedó todo aquello del capital humano, del *homo economicus*, del valor absoluto de la economía. Lo que nos decimos para calmar el aburrimiento que nos produce una adaptación demasiado lograda se viene abajo en un instante, tan pronto nos damos cuenta de que esa adaptación nunca es del todo estable y que en cualquier recodo nos espera el regreso a la situación originaria de indefensión. Y así, de repente, Pence, el vicepresidente de los Estados Unidos, quien se supone que tiene en sus manos todos los resortes acumulados por nuestra

civilización, con todo su arsenal científico y técnico, no tiene otro consuelo para nuestra impotencia que proponernos rezar.

Cuando esta experiencia pase, ¿cómo logrará convencer-nos de que llevaba entre manos algo relevante, de que manejaba algo de poder? Estamos como al principio, humillados por la realidad, y apenas nos ponemos en pie mentalmente para otear algo un poco más allá que nos oriente. No tiene que venir un poderoso a decirnos que solo nos queda rezar. Es nuestro trabajo rehabilitar el consuelo del mito, pero eso pasa por decirle que deje de fingir.

Que nos haya conmovido el problema del COVID-19 al menos ha puesto de manifiesto esto: que solo nos contentamos con algo que sea significativo para la humanidad entera. Ninguna lección, pregunta o señal que sirva para algunos, para una localidad, para una nación. ¿Qué significa ahora eso de *Make America Great Again*? ¿De verdad la hará grande Trump con ese *mix* de rezos y de pruebas del coronavirus a mil dólares por barba? ¿En qué galaxia se refugiarán esos millonarios para no contaminarse? ¿Se congelarán voluntariamente para reemerger cuando todo haya pasado? Aquí no solo vemos que la retórica de la ciencia es persuasiva en entornos muy estabilizados, sino también que las soluciones utópicas que nos ofrece la ciencia solo son significativas para los que vendrán. La ciencia siempre llegará demasiado tarde para los humanos corrientes. Las gangas bursátiles que ofrecen los más nerviosos, ¿a quiénes aprovecharán cuando los que multipliquen sus fortunas no puedan fiarse de su chófer o de su sirviente? ¿Queremos una lección?

Nadie podrá separarnos de lo común básico de la vida ni podrá hacer de la vida una realidad ajena por completo a la amenaza de la entropía. La conciencia de la fragilidad de la vida, eso es lo que compartimos.

El mismo miedo nos une, desde luego, porque nos une la misma conciencia de fragilidad. Un mundo que basa toda su legitimidad en la autonomía de movimientos infinitos parece que no puede consentir la parálisis, el bloqueo, la detención. Y, sin embargo, de repente, la continuidad de la vida en nosotros parece que nos exige que lo hagamos, recordándonos que toda legitimidad está atravesada por su problematicidad. Podríamos haber llegado a esa conclusión comprendiendo que estábamos forzando las cosas, sorteando todas las líneas rojas, acumulando en ingentes ciudades diferentes tiempos, con hábitos inmemoriales unos, recién llegados de las aldeas perdidas en el tiempo, y con hábitos ultramodernos otros, ya ciudadanos de ningún sitio, y todo en el curso de una generación. La certeza de que este camino no lleva a sitio alguno, ni tiene meta clara para la humanidad como especie, sin embargo, no ha venido de la inteligencia. La ha impuesto con su fuerza primaria la estructura más arcaica de la vida.

Y ahora, cuando como en una nueva Babel una orden superior nos impone separarnos los unos de los otros y aislarlos, ¿qué tal si aprovecháramos la ocasión para apreciar la señal, la lección, o la pregunta al menos? ¿Si aprovecháramos la ocasión para quedarnos mentalmente en casa, dos semanas, sin tener nada por seguro, en una cuarentena general? No para abreviar el tiempo para volver al viejo frenesí, sepultando en el

olvido la experiencia, sino para reconocer que estamos rozando los umbrales de lo biológicamente viable, de lo socialmente ordenable, de lo personalmente sostenible. Un alto en el camino y una reflexión, eso podría ser útil. Y preguntarnos si podemos seguir en los procesos en los que estamos embarcados. Esos procesos tienen un nombre general: acumulación indefinida. Ahora también comprendemos que hemos ido acumulando malestar en la misma proporción y quizá debiéramos comenzar a compensar esto. Nos hemos embarrancado en minucias, en cuestiones que vienen determinadas por acciones y reacciones propias de nuestra insignificancia, en una agenda que no controlamos, de la que hay demasiadas evidencias de que nos gustaría escapar, ponerla a cero, volver a empezar. Un momento de sinceridad podría fácilmente sugerirnos que estamos cansados de no saber hacia dónde vamos de verdad, de carecer de un fin.

Estamos cansados de procesos acumulativos inacabables, sea lo que sea esto que acumulemos. Capital, acciones, méritos, poder, influencia, reconocimiento, tensiones. Es necesario ponerlo todo en cuarentena y ser capaces de sobrevivir en soledad dos semanas. Kant dijo una vez que lo más educativo para el escolar era dejarlo media hora sin hacer nada, en silencio, haciéndole descubrir el poder de su interioridad. Hacer lo mismo en la vida adulta, para descubrir el poder de hacerse preguntas. Quizá sea el momento y quizá sea esa la función de este *shock*. ¿Y si salvaguardar la comunidad de la vida exigiera no acumular, sino precisamente gastar la riqueza acumulada en la investigación, en la protección general? ¿Y si

este tipo de experiencias dramáticas nos diera la señal de que no hay posibilidad de salvarse solos? ¿Y si dejamos de pensar el sistema productivo al servicio de su propia acumulación indefinida y lo encaminamos a objetivos sociales equilibrados y lo pensamos capaz de aceptar sus propios límites?

# Coronavirus y el arte de la paciencia

*Por Alberto Buela\**



---

\* Doctor en Filosofía de la Universidad de París IV - Sorbona y pensador argentino.

Correo: [alberto.buela@gmail.com](mailto:alberto.buela@gmail.com)



Ante esta epidemia mundial que está dejando miles de muertos en todo el mundo, las naciones-Estado recibieron la voz de orden del gobierno mundial en medicina, la Organización Mundial de la Salud: *quédense en sus casas*. Y así millones de personas, sobre todo en Occidente, comenzaron a deambular entre las cuatro paredes de sus casas sin saber qué hacer ni cómo llenar el tiempo luego de una semana de cuarentena. Los Estados y sus aparatos y los Gobiernos y sus agentes, todos limitados al naturalismo según el cual el hombre es lo que come y lo que ve, les procuran comida y televisión. Pero eso no alcanza porque el ser humano es algo más.

Nosotros llegamos a esta peste mundializada a causa del desarrollo exponencial de la técnica que termina con la manipulación genética, creando un virus que se les va de las manos a los grandes laboratorios de investigación. El ideal del sujeto moderno, esto es, la imbricación incuestionable e incuestionada entre ciencia y técnica, lo lleva no solo a ser dominador sino también creador de la naturaleza, entendida esta no como *natura naturans*, sino como *natura naturata*. Y ello no le permite comprender su estado de indefensión ante la espera.

Es que el sujeto moderno da por supuesto que el espíritu es energía sin antes practicar el arte que lo hace enérgico. Ignora



leyes fundamentales del espíritu como *en la vida espiritual, el que no avanza retrocede, o lo que viene del espíritu no viene por sí mismo; hay que tomarlo en la mano*. Es una donación a una ascesis. Esto es un esfuerzo continuo y reiterado de prácticas para conseguir la perfección. Es, en definitiva, el ejercicio de la virtud del que nos habla la ética aretaica.

Para llegar a ello el hombre occidental, como unidad psicofísica de cuerpo y alma, de *res extensa y res cogitans*, para hablar como Descartes, debe practicar el arte de la paciencia. Dicho arte le permite anular o morigerar, no desde afuera sino desde adentro, los padecimientos, suprimiendo nuestra resistencia instintiva contra el estímulo que nos produce los dolores. Desde afuera los médicos combaten, mal o bien, al coronavirus; desde adentro, el arte de la paciencia.

En este tiempo de espera tenemos que aprender de nuevo el lenguaje de la naturaleza como en su tiempo lo intentó San Francisco o como lo intenta nuestro Martín Fierro con sus observaciones geniales. Tenemos que aprender a leer las fallas de nuestras instituciones políticas y buscar nuevas formas de representación que den cabida cierta a las necesidades de nuestros pueblos.

Saber manejar la espera es el núcleo del arte de la paciencia. Esta noción está vinculada con la de tiempo y, específicamente, con el futuro. La espera implica una apertura: se está abierto a la posibilidad de “algo o alguien”. De ahí que, como afirma el filósofo danés Kierkegaard: “Aquel que niega la espera cae en la desesperación”. El adagio *el que espera desespera* (en el sentido

de aquel que no la sabe llevar o se impacienta en la espera) va también en tal sentido.

La espera es concreta en tiempo y lugar, pues una espera donde no se fijó ni lugar ni hora es una espera perpetua, una simple desilusión. Siempre que se espera se lo hace sobre lo por venir, es por ello que se centra en el éxtasis temporal del futuro. Así el que espera algo se preocupa por el futuro. De modo tal que espera y porvenir son inseparables. La sensación de “pérdida de tiempo” o de “esperar por nada”, que producen ciertas esperas, se crea cuando lo esperado no llega, pues no está claro de antemano, en nuestra conciencia, la hora ni el lugar de la espera.

Existen dos tipos de esperas, la activa y la pasiva. La primera está en nuestras manos y lo normal es no dilatar su realización, y ¡listo el pollo! Acá hay que esperar solo lo verosímil. Una variedad de la espera activa es la espera vigilante que es aquella en la que nosotros estamos esperando atentos que algo suceda; como en el campo cuando gritan los teros o el chajá y al rato vislumbramos a un jinete a caballo o cuando esperamos que el juez haga justicia.

La cuestión se pone peliaguda con la espera pasiva que no depende de nosotros sino de otros. Como en el caso del COVID-19, que para colmo no siente ni piensa. La esencia de la espera pasiva es “el estiramiento del tiempo” o “el tiempo que no pasa”. Se nos hace larga y pesada la espera y queremos apurar a aquel que nos hace esperar. Dan ganas de molerlo a palos.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, la espera es entendida como la tolerancia a la frustración; mientras que desde la filosofía, la espera, como fenómeno tomado en sí mismo, expresa la ansiedad que se produce en el hombre al posponer la satisfacción de lograr de inmediato aquello que desea. La solución a la espera es, como alguna vez señaló Martín Heidegger, vivirla con serenidad. Pues esta es la virtud del hombre de darle a cada cosa su tiempo para poder encontrar su sentido o significación.

Uno de los grandes mentís a la sociedad contemporánea de la era de la tecnología es el no haber podido solucionar el surgimiento de la espera. Cuando las cosas no son instantáneas, velozmente realizadas o están a disposición inmediata, aparece la figura siniestra de la espera y el no saber qué hacer con ese tiempo que no pasa. Ese tiempo vacío que el hombre de nuestros días no sabe cómo llenar. Se corre el riesgo de que brote la desesperación. Esto lo vemos a diario en esos no-lugares que son los aeropuertos internacionales cuando se demora un vuelo: muchos caminan, otros intentan dormir, otros muchos consumen alimentos y bebidas, otros muchos van de compras a los *free shops*, mientras que muy pocos leen y casi ninguno medita.

Saber posponer la satisfacción de lograr en forma inmediata aquello que se desea es el mejor signo de equilibrio espiritual del hombre, pues *su alma deja de ser prisionera del servicio del instante*, como ocurre con el animal.

# Sabiduría práctica en tiempos de crisis

*Por Jonathan Echeverri Álvarez\**



---

\* Candidato a doctor en Filosofía, magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia y profesor de la Universidad EAFIT.

Correo: [jechev39@eafit.edu.co](mailto:jechev39@eafit.edu.co)



*A veces me pregunto en qué escollo naufragará toda esa cordura, puesto que siempre naufragamos: ¿será una esposa, un hijo demasiado querido, una de esas trampas legítimas en que caen por fin los corazones timoratos y puros?  
¿O será sencillamente la vejez, la enfermedad, la fatiga, el desengaño que nos dice que si todo es vano, la virtud también lo es?*

Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*

*Esperanzas y utopías aparte, acaso lo más lúcido que sobre el lenguaje se ha escrito son estas palabras de Chesterton: “El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal... cree, sin embargo, que esos tintes, en todas sus fusiones y conversiones, son representables con precisión por un mecanismo arbitrario de gruñidos y de chillidos. Cree que del interior... salen realmente ruidos que significan todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo”*

Jorge Luis Borges, *El idioma analítico de John Wilkins*

El pasado 11 de marzo de 2020, el diario *The Atlantic* advertía sobre las decisiones morales que un médico promedio en Italia tenía que tomar con sus pacientes en situación crítica por la presencia del COVID-19, esto es, elegir entre uno u otro paciente para brindar un ventilador mecánico y mejorar

la respuesta respiratoria (Mounk, 2020). Algunas personas tendrían la oportunidad de sobrevivir y otras tendrían que enfrentar posiblemente la muerte. La escasez de recursos, ante la cantidad de personas que demandan esta herramienta de supervivencia, exige al personal sanitario tomar una decisión que nadie quisiera tomar. El criterio de elección sugerido por el Italian College of Anesthesia, Analgesia, Resuscitation and Intensive Care (SIAARTI) es utilitarista (2020). El criterio opera de la siguiente manera: en un problema básico de elección, es decir, entre dos alternativas posibles, la opción deseable, para ofrecer el ventilador, es aquella que cuente con mejores opciones de supervivencia, según la edad y las enfermedades diagnosticadas precedentes. ¿Podemos concebir un mejor criterio de elección? ¿Cómo garantizar que este criterio utilitarista pueda ejecutarse plenamente en todos los casos? ¿Una vida, en efecto, es más deseable que otra en relación con sus posibilidades de supervivencia? No pretendo aquí ofrecer una solución a este complejo dilema moral; deseo que el lector tenga un nivel de conciencia sobre problemas complejos de elección que algunas personas actualmente tienen que afrontar.

Frente a una circunstancia imprevista, que asimilamos como una crisis, todos nos vemos confrontados con el desafío, la incomodidad. ¿Cómo asimilar la incertidumbre ante la propagación global del COVID-19 y las decisiones políticas que se toman sobre su curso, a propósito de la prevención sanitaria? ¿Cómo administrar nuestros recursos económicos familiares ante la escasez posible o real? ¿Qué nuevas capacidades es necesario formar en la inmediatez para las interacciones digitales

cotidianas en educación y trabajo? ¿Cómo cuidar, desde el distanciamiento social, nuestra salud mental y la salud de nuestros familiares, amigos, compañeros de trabajo y, por supuesto, nuestros estudiantes? Estas preguntas demandan continuas elecciones cotidianas. También interrogan nuestros valores y la disposición a confiar y cooperar con los demás. No estamos acostumbrados a tener que elegir de forma apresurada sobre tantas situaciones morales delicadas; morales en el sentido de que nuestras decisiones afectan de forma directa o indirecta el bienestar de otras personas (Echeverri, 2016; Tiberius, 2015; Haidt, 2012).

He logrado percibir un grado de dificultad para mantener un cierto nivel de concentración y llevar a cabo mis tareas habituales y cotidianas. En consecuencia, requiero más tiempo para leer, escribir, preparar una sesión de clase, etc. Como lo menciona Cobo (2019): “Si distribuyes la atención, también la diluyes” (p. 31), a propósito de la demanda de atención permanente en el universo digital de interacciones sociales. Más aún, con la abundancia de información ambigua, parcialmente cierta, y apenas discutible, que se divulga todos los días, a través de medios digitales, sobre la pandemia actual. Los recursos culturales que tenemos a disposición para resolver estos desafíos van desde la confianza, la cooperación, las creencias religiosas y tradiciones espirituales, hasta el arte, la ciencia y la sabiduría acumulada por la especie humana en aprendizajes morales y culturales. Al respecto, confío en una posible articulación armónica entre sabiduría, ciencia y arte como una forma de vida. Además, tengo la siguiente convicción, para



vivir y convivir, sobre la pregunta ética antigua por excelencia (Camps, 2017; Cortina, 2014): necesitamos personas, Gobiernos y organizaciones que tomen decisiones sabias considerando el respeto por la vida y su diversidad en todas sus manifestaciones posibles (Baltes, 2004; Echeverri, Lopera y Goenaga, 2016; Hall, 2010; Schwartz y Sharpe, 2010), que susciten espacios de generación colectiva de conocimiento como forma renovada y provisional de interpretar el mundo (Camps, 2016; Rovelli, 2018), y conciban la sensibilidad estética como un recurso para representar nuestras perplejidades y expresar compasión por los demás (Nussbaum, 2008, 2010).

En este ensayo consideraré el potencial uso de la sabiduría práctica en tiempos de crisis y señalaré brevemente un desafío que demanda con urgencia una ética digital individual e institucional. Una definición tentativa para empezar:

La sabiduría práctica (phrónesis) es entonces un saber subjetivo, adquirido por ejercitación (costumbre o hábito, que serían lo mismo) y que permite responder de manera adecuada (apropiada, correspondiente) a las diferentes circunstancias de la vida, además de producir un contento en quien lo posee. Requiere un proceso formativo (ejercitación, ascesis), que coincide con lo que los griegos llamaron cuidado y cultivo del alma. Este cuidado del alma es lo que conduce a la excelencia del ser humano, al ejercer de manera virtuosa la función que le corresponde en tanto humano, de allí que la ascesis tenga que ver con lo que Aristóteles (y también Sócrates y Platón) llamó virtud (areté). (Lopera, 2013, p. 225)

A propósito de la ejercitación, la sabiduría se expresa como una forma de experticia moral—distinto a una experiencia moral, en tanto nuestra naturaleza social nos expone continuamente a dilemas morales, pero su respectiva resolución no se traduce en experticia cuando cometemos sistemáticamente los mismos errores, sin obtener ningún aprendizaje moral en nuestras decisiones—, es decir, un saber acumulado con la resolución de diversos conflictos morales

[...] refiere a una vida que ha estado caracterizada por un compromiso permanente por la justicia o el bienestar de los otros y que se ha visto enfrentada a analizar múltiples conflictos y múltiples posibilidades interpretativas en una enorme variedad de dilemas morales. Posibilidades que hacen del sabio una persona flexible, sin rigideces en la resolución de sus conflictos, sin principios universales y con una gran sensibilidad para la consideración de infinidad de elementos contingentes. (Yáñez, Corredor y Pacheco, 2009, p. 263)

La persona que decide con sabiduría práctica dispone de un proceso formativo que se manifiesta como un cuidado de sí. Y esto solo es posible a través de prácticas. Asumimos por lo general un riesgo con este tema ante la opción de divulgar un discurso convencional de “autoayuda”, por las ideas populares que con frecuencia se extienden sobre la sabiduría. Sin embargo, no es una pose o una forma de autocomplacencia moral. Tampoco constituye un saber universal formalizable que podamos enseñar fácilmente con consejos vitales o recomendaciones. La

sabiduría práctica es propia de una concepción de la ética más cercana de las artes de vivir y más lejana de una ética como ley o disposiciones jurídicas del deber ser (Davidson, 2014). El filósofo Pierre Hadot denomina estas prácticas como ejercicios espirituales. Estos ejercicios constituyen hábitos que buscan una transformación. Un cambio subjetivo para tener una determinada disposición, llámese serenidad, templanza, coraje, sabiduría, entre otras virtudes deseables (Hadot, 2006; 2009; 2010). Los sabios antiguos nos enseñan que estas disposiciones son fundamentales para afrontar escenarios de incertidumbre y crisis. De ahí que formar una determinada disposición, con un ejercicio espiritual, sea aconsejable, incluso en situaciones que no representan un malestar en tanto desconocemos cuándo las circunstancias pueden cambiar dramáticamente. Según Davidson (2014):

La estética de la existencia... es, sobre todo, una creación, una creación de uno mismo... es bien sabido que en casi todas las tradiciones filosóficas y espirituales encontramos aforismos que vinculan la sabiduría con el trabajo sobre sí mismo. Jorge Luis Borges, por ejemplo, cita en su libro *Qué es el budismo* el siguiente aforismo: si en la batalla un hombre venciera a mil hombres, y otro se venciera a sí mismo, el mayor vencedor sería el segundo. (p. 158)

Ahora bien, las preguntas para plantear en el escenario moral descrito inicialmente son las siguientes: ¿cuál es el nivel de experticia con el cual contamos para elegir en dilemas propios de conflictos morales, económicos y políticos? ¿Cuáles son

las disposiciones internas deseables para afrontar este escenario de incertidumbre? ¿Qué prácticas tenemos para formar estas disposiciones internas? A nivel grupal e institucional, ¿quién o con quiénes se toman las decisiones más importantes? ¿Qué criterios morales prevalecen en estas decisiones? ¿Prevalece la sabiduría práctica acumulada por un individuo, grupo u organización, o más bien, otro criterio moral desconocido que no hemos analizado cuidadosamente? ¿Cómo articular de forma armoniosa la evidencia empírica que obtenemos con la investigación para tomar decisiones, con la sabiduría práctica exigida por conflictos morales sin precedentes? ¿Cómo articular la ciencia y la sabiduría con formas de expresión estética que nos permitan, por ejemplo, resignificar nuestras perplejidades culturales ante la incertidumbre? A cada individuo, grupo y organización le compete aventurarse a obtener posibles respuestas a estas preguntas. De nuevo, no es conveniente ceder ante la facilidad de los consejos vitales, en tanto corremos el riesgo de incorporar un discurso que no sea coherente con las decisiones cotidianas.

A continuación, retomaré una distinción necesaria entre decisión moral y decisión ética. Una decisión moral es un “juicio resolutorio orientado a cómo vivir y cómo convivir, anclado en un conjunto de normas, valores y costumbres que se han interiorizado en el ciclo vital y que no han sido previamente analizados” (Lopera, Echeverri y Goenaga, 2019, p. 226). Y una decisión ética es un

juicio resolutorio que apuesta por un cuidado de sí y en consecuencia de los demás, pero, a diferencia de

la decisión moral, esta es posible cuando se analiza el universo moral que subyace a la intuición, que motiva la ejecución de un juicio, una decisión y una (posterior) elección; procura una articulación armónica entre intuición y deliberación” (p. 226).

La sabiduría práctica en tiempos de crisis constituye una invitación a tomar decisiones éticas en vez de decisiones morales, es decir, poder elegir con un cuidado permanente de sí cuando nos disponemos a conocer nuestros prejuicios y temores solitarios y compartidos, y nos disponemos, en consecuencia, a una transformación según alguna virtud deseable.

En un reciente perfil sobre Yuval Noah Harari publicado en *The New Yorker*, Harari ofrece la siguiente idea ante la potencial amenaza de control digital, que puede agudizarse en las actuales circunstancias:

La libertad depende en gran medida de cuánto te conoces a ti mismo, y necesitas conocerte mejor que, digamos, el gobierno o las corporaciones que intentan manipularte. En este contexto, pensar con claridad, hacer *snorkel* en la piscina, de ida y vuelta, es una forma de acción social. (Parker y Harari, 2020; trad. propia)<sup>1</sup>

Una idea similar de Foucault (2005) a propósito de una ética como resistencia: “Su constitución acaso sea una tarea urgente, fundamental, políticamente indispensable, si es cierto, después de todo que no hay otro punto, primero y último, de resistencia al poder político que en la relación consigo mismo” (p. 240). Este escenario particular, que se ha empezado a advertir desde hace varios años, nos invita a pensar sobre temas

---

<sup>1</sup> Versión original en inglés: “Freedom depends to a large extent on how much you know yourself, and you need to know yourself better than, say, the government or the corporations that try to manipulate you.” In this context, to think clearly –to snorkel in the pool, back and forth– is a form of social action”.

como la libertad, la democracia y la emergencia de nuevas subjetividades en interacciones digitales (Cobo, 2019; Floridi, 2019; Llaneza, 2019; Helbing *et al.*, 2017).

Desde el Centro de Integridad de la Universidad EAFIT, con el Departamento de Psicología y el Semillero de Investigación en Ciencias de la Decisión, elaboramos un *Protocolo de serenidad y sana convivencia* para divulgarlo en la comunidad universitaria. En este planteamos una serie de recomendaciones sobre integridad en medios digitales; desde nuestra relación singular con el *smartphone* que poseemos hasta la manera en que analizamos información en las redes sociales virtuales, y la forma y los tipos de datos que decidimos compartir de la vida privada personal y la vida de los demás (Centro de Integridad Universidad EAFIT, 2020). Es indispensable desarrollar prácticas de alfabetismo digital que nos permitan un buen discernimiento sobre la información que circula frecuentemente en medios digitales para que, en efecto, sea posible tomar decisiones éticas, un desafío contemporáneo que nos demanda también sabiduría. Un oficio pendiente que no puede agotarse en el discurso.

En una biografía novelada sobre Erasmo de Róterdam, Zweig (2014) insinúa una tragedia:

La tragedia más grande del humanismo y la causa de su rápida decadencia: sus ideas eran grandes, pero no así los que las anunciaron. Como siempre ocurre con los que quieren mejorar el mundo desde la academia; eran almas estériles, pedantes bienintencionados, decorosos y un

poco vanos que escribían su nombre en latín como una mascarada del espíritu: la pedantería escolar cubría de polvo sus pensamientos más florecientes... en sus pupitres escriben tesis sobre la paz eterna, mientras en el mundo real las guerras se suceden. (p. 110)

Que la incertidumbre y los tiempos de crisis no exalten lo peor de nuestras consideraciones morales “de pedantes bienintencionados, decorosos y un poco vanos”; antes bien, que la incertidumbre y los tiempos de crisis resalten nuestra sabiduría práctica individual y colectiva.

## Referencias

Baltes, P. (2004). *Wisdom as Orchestration of Mind and Virtue*. Berlín: Max Planck Institute for Human Development.

Borges, J. (2011[1952]). *Otras inquisiciones*. Bogotá: Penguin Random House.

Camps, V. (2016). *Elogio de la duda*. “*Todo lo que es podría ser de otra manera*”. Barcelona: Arpa y Alfil, S. L.

Camps, V. (2017). *Breve historia de la ética*. Barcelona: RBA Libros.

Centro de Integridad Universidad EAFIT (2020). *Protocolo de serenidad y sana convivencia*. Documento pendiente de publicación.

Cobo, C. (2019). *Acepto las condiciones. Usos y abusos de las tecnologías digitales*. Madrid: Fundación Santillana.

Cortina, A. (2014). *¿Para qué sirve realmente...? La ética*. Bogotá: Planeta Colombia.

Davidson, A. (2014). *Religión, razón y espiritualidad*. Barcelona: Alpha Decay.

Echeverri, J. (2016). Naturalismo contemporáneo y decisión moral. *Revista de Psicología (Universidad de Antioquia)*, 8(1), 83-100.

Echeverri, J., Lopera, J. D., y Goenaga, J. (2016). El cálculo racional para elegir o la deliberación con sabiduría. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 16(33), 113-137.

Foucault, M. (2005[1938]). *La hermenéutica del sujeto*. Madrid: Akal.

Floridi, L. (2019). Marketing as control of human interfaces and its political exploitation. *Philosophy & Technology*, 32, 379-388. DOI: <https://doi.org/10.1007/s13347-019-00374-7>

Hadot, P. (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid: Siruela.

Hadot, P. (2009). *La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson*. Barcelona: Alpha Decay.

Hadot, P. (2010). *No te olvides de vivir. Goethe y la tradición de los ejercicios espirituales*. Madrid: Siruela.

Haidt, J. (2012). *The righteous mind. Why good people are divided by politics and religion*. Nueva York: Vintage Books.

Hall, S. (2010). *Wisdom. From Philosophy to Neuroscience*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Helbing, D., Frey, B., Gigerenzer, G., Hafen, E., Hagner, M., Hofstetter, Y., Van den Hoven, J., Zicari, R., y Zwitter, A. (2017). Will Democracy Survive Big Data and Artificial Intelligence? *Scientific American*, febrero 25. Disponible en: <https://bit.ly/2A5AbKK>



Lopera, J. (2016). *Sabiduría práctica y salud psíquica*. Medellín: Fondo Editorial EAFIT, Editorial San Pablo.

Lopera, J., Echeverri, J., y Goenaga, J. (2019). *De la sabiduría práctica y la decisión en incertidumbre*. Bogotá: Aula de Humanidades.

Llaneza, P. (2019). *Datanomics. Todos los datos personales que das sin darte cuenta y todo lo que las empresas hacen con ellos*. Bogotá: Planeta Colombiana.

Mounk, Y. (2020, marzo 11). The Extraordinary Decisions Facing Italian Doctors. *The Atlantic*. Disponible en: <https://bit.ly/2L5sw15>

Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro, por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid: Katz.

Parker, I., y Harari, Y. (2020, febrero 17 y 24). Yuval Noah Harari's History of Everyone, Ever. His blockbuster "Sapiens" predicted the possible end of humankind. Now what? *The New Yorker*. Disponible en: <https://bit.ly/2YE60o4>

Rovelli, C. (2018). *El nacimiento del pensamiento científico. Anaximandro de Mileto*. Barcelona: Herder S. L.

SIAARTI (2020). COVID-19 - *Raccomandazioni di etica clinica*. Disponible en: <https://bit.ly/2xISpko>

Schwartz, B., y Sharpe, K. (2010). *Practical Wisdom. The right way to do the right thing*. Nueva York: Riverhead Books.

Tiberius, V. (2015). *Moral Psychology. A Contemporary Introduction*. Nueva York: Routledge Taylor & Francis.

Yáñez, J., Corredor, J., y Pacheco, L. (2009). La sabiduría y la psicología del desarrollo moral. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 5(2), 255-268.

Yourcenar, M. (2018[1951]). *Memorias de Adriano*. España: Edhasa.

Zweig, S. (2014[1938]). *Erasmus de Rotterdam. Triunfo y tragedia de un humanista*. Barcelona: Paidós.



# ¿Se gobierna una crisis?

## Insumos para una agenda de investigación de la teoría y la praxis del gobierno

*Por Adolfo Eslava Gómez\**



---

\* Doctor en Estudios Políticos de la Universidad Externado de Colombia y decano de la Escuela de Humanidades de la Universidad EAFIT.

Correo: [aeslava@eafit.edu.co](mailto:aeslava@eafit.edu.co)



El gobierno de la sociedad política y de las organizaciones necesita superar su proclividad a la simplificación para avanzar hacia la comprensión de la complejidad que caracteriza al colectivo gobernado y su contexto. Las construcciones teóricas y sus recetas derivadas apenas funcionan en la cabeza de quien las formula; la realidad, en cambio, plantea retos inaplazables que exigen entender el fenómeno de la inteligencia distribuida para emprender la construcción de responsabilidades colectivas y actuar en consecuencia.

De este modo, se hace patente el desperdicio en el que incurren formas autoritarias de gobierno ancladas a la supuesta observancia de la regla formal. Por el contrario, las dinámicas conflictivas, inciertas y complejas de hogares, comunidades, empresas y territorios siguen a la espera de más y mejores teorías que abran la puerta a nuevas modalidades de gobierno de lo común, gobierno indirecto, gobierno del contexto y, sobre todo, de autogobierno.

Las disposiciones *top-down* poseen un margen de maniobra cada vez más reducido, y el lamento del jerarca respecto a su mandato incomprendido ha llegado al nivel de agotamiento. Los nuevos arreglos institucionales, tanto en la sociedad política como en las organizaciones, tienen auténticos fundamentos en

aspectos cotidianos de las interacciones humanas. Proximidad, prosocialidad e informalidad, entre otras, son las claves olvidadas de la comprensión del proceso de definición, diseño y uso de las reglas del juego colectivo.

Estamos ante un reto de filosofía práctica. Primero, pensar en el gobierno y, sobre todo, la acción de gobernar, con el fin de ensanchar el marco conceptual hacia las categorías propias de la complejidad: el objeto de gobierno es diverso, dinámico e impredecible. Esta apertura del pensamiento permite superar el habitual desconcierto del gobernante y la consecuente desafección del gobernado. Hasta allí la dimensión filosófica y teórica de la indagación.

Por su parte, la dimensión empírica y práctica se adentra en la operatividad de los gobiernos políticos y organizacionales con el fin de evidenciar rasgos susceptibles de intervención posterior. Allí aparece la hipótesis subyacente, a saber: la centralidad de la cuestión comportamental tanto por omisión en el funcionamiento actual de los gobiernos como al ser raíz de la estrategia futura de una renovada acción de gobierno más cercana a la complejidad de los gobernados.

Pensar el gobierno sugiere planeación, regulación, resultados esperados, pero la acción de gobernar en la realidad es contingencia, espontaneidad y resultados imprevistos. Así, diversos contrastes, como planeación y contingencia, expectativas y hechos concretos, regla formal e informalidad, configuran el escenario de las decisiones colectivas que recrea el escenario de las decisiones que sigue demandando otras construcciones teóricas, evidencias empíricas y recomendaciones prácticas.

Una conjetura de partida se puede plantear como sigue: el gobernante cumple su oficio sin considerar la variable comportamental. La mejor ilustración de esta afirmación es el frecuente “firmese y cúmplase”, de lo cual solo la mitad está, literalmente, en manos del agente del gobierno; lo restante se encuentra en el amplio campo de interpretación y acción del destinatario. De este modo, la disposición gubernamental queda inmersa en el complejo entramado de los receptores y sus variadas lecturas, que van desde la comprensión hasta la incomprensión, pasando por las excepciones, condiciones y variaciones que los gobernados se atribuyen. Al final, el cumplimiento de la norma es apenas uno de varios escenarios que los actores crean y recrean de sus intereses, interpretaciones e interacciones.

Antes de llegar a la pregunta por el comportamiento, conviene enmarcar el gobierno y la acción de gobernar mediante la conexión entre las características que les son intrínsecas, a saber, incertidumbre, complejidad y policentricidad. Vale señalar que los públicos de las decisiones colectivas poseen la inteligencia distribuida que los tomadores de decisiones deben comprender y gestionar. Por tanto, la nada fácil modelación de un individuo representativo es insuficiente, ya que el objeto de estudio adopta las formas que recrean la interacción, el entrelazamiento y las interdependencias. De allí, la ausencia de certezas, las redes complejas y las múltiples formas de organización y regulación. Lejos de procesos lineales, la acción de gobernar se enfrenta a situaciones emergentes habituales. En consecuencia, resulta preciso desarrollar una aproximación posdisciplinar que haga



posible el diálogo de saberes y el uso de métodos mixtos, con el fin de garantizar la pertinencia teórica de la construcción conceptual y la relevancia práctica de los hallazgos empíricos.

Este tiempo de pandemia pone al descubierto el desperdicio de oportunidades y recursos en el que nos hace incurrir la tendencia a preservar la normalidad. Nuestros asuntos colectivos exigen modos de comprensión y gestión que den buena cuenta de la necesidad de confiar en el saber de otros para construir capacidades de acción colectiva. Esta nueva normalidad, no exenta de conflictividad, permite que afloren arreglos microinstitucionales caracterizados por combinaciones de formalidad e informalidad, intervención y autonomía, jerarquía y policentrismo que obtienen como resultado acuerdos cooperativos entre actores coordinados. No se trata entonces de volver a la normalidad porque, en buena medida, allí residen muchos de nuestros problemas colectivos. Inercias ancladas en fórmulas simples impiden comprender y gestionar la complejidad que somos.

Desde la cúspide de una jerarquía es posible idear soluciones simples a problemas complejos; pero desestimar el contexto incierto, el entramado de actores y las interacciones emergentes, le garantiza carácter inoportuno e irrelevante a aquella simplicidad. La tarea inaplazable es volcar la mirada a los procesos de autotransformación que se despliegan en hogares, empresas y comunidades, con el fin de identificar y valorar procedimientos de autogobierno que definen reglas para lograr objetivos comunes. Esas modalidades de autoor-

ganización son veta de lecciones para entender el gobierno y la acción de gobernar.

Hoy, gobernar es pensar y decidir bajo incertidumbre y complejidad. La acción de gobernar debe nutrirse de la comprensión del autogobierno para gestionarlo. Ya que los arreglos microinstitucionales hacen uso de atributos y capacidades que tienen las personas para sobrellevar las exigencias de un contexto incierto, complejo y conflictivo. De esta forma, se enriquece la terna pensamiento-decisión-acción del gobernante para considerar alternativas cooperativas en detrimento de la competencia como factor decisivo de la interacción social.

Esta mirada renovada de la teoría y la praxis del gobierno, vale decir, tanto en la sociedad política como en la sociedad limitada de empresas y organizaciones sociales, requiere superar la noción de poder como instancia central dotada de los recursos necesarios para orientar los cursos de acción. Se trata de entender, por el contrario, la realidad de un poder fragmentado en función de la inteligencia distribuida entre el conjunto de actores gobernados. En síntesis, gobernar *con* en lugar de gobernar *sobre*.

La repercusión directa de este poder policéntrico, reticular e interdependiente consiste en ensanchar el marco de comprensión de las intervenciones –a menudo reducido a regulación e incentivos– para darles cabida, con total determinación, a libertades, capacidades y oportunidades propias del empoderamiento. Es decir, antes que regular e incentivar, conjugar los verbos acompañar, promover, facilitar; comprender ese poder descentralizado es un paso crucial

para reconocer la inteligencia distribuida y comenzar a construir responsabilidades compartidas.

Para hacer frente al desafío de pensar y decidir bajo incertidumbre y complejidad, también es posible acudir a la propuesta de arquitectura de las decisiones con el fin de cuestionar el papel que juega el arquitecto de la decisión, así como para establecer vínculos entre conducta individual y cambio social.

Dirigentes y dirigidos comparten un común denominador: la raíz comportamental presente en la vida cotidiana de decisiones por defecto, de otros que toman decisiones por nosotros y decisiones aplazadas. De este modo, el comportamiento de los tomadores de decisiones y de los públicos afectados se inscribe en un escenario delimitado por marcos cognitivos, modelos mentales y encuadres analíticos que incorporan creencias, hábitos y normas sociales como fronteras de actuación. En este sentido un proceso de decisiones colectivas anclado a una noción de poder centralizado, respuestas simples a problemas complejos e individuos pasivos desentendidos de sus obligaciones colectivas está condenado al fracaso.

Volcar la atención sobre el autogobierno tiene el propósito de entender aspectos comunes del diseño y el cambio institucional que acontece en diversas modalidades de autoorganización. Atributos de las relaciones interpersonales como la confianza, la reciprocidad y la reputación permiten instalar capacidades comunitarias cooperativas. En esto reside la acción colectiva autoorganizada que puede darse reglas y hacerlas cumplir mediante un proceso de arreglo microinstitucional, compro-

misos creíbles y supervisión mutua. Así, el marco mental de poder, simplicidad e individuos se ensancha hacia la arquitectura policéntrica de las decisiones colectivas.

En este punto, conviene plantear la siguiente recapitulación en contexto. Reconocer la complejidad que la crisis evidencia no implica renunciar a las cuestiones clásicas. El verbo *kratein* sigue siendo vigente y es relevante la pregunta por la forma en que la gente lo conjuga. Hoy, como ayer, gobernar es tomar decisiones, gobernar es gobernarse. La naturaleza y el *modus operandi* del gobierno bajo estas condiciones de complejidad, incertidumbre y policentrismo tienen lugar mediante la riqueza del autogobierno y sus múltiples formas de tomar decisiones colectivas o de influir o intervenir en los gobernantes. La pandemia expone a quienes desean realizar el *kratein* sin tener capacidad para hacerlo, pero también permite identificar a quienes gobiernan de hecho. En especial, se hacen patentes los arreglos entre actores que confían, cooperan y se coordinan entre sí, develando a quienes gobiernan por definición con legitimidad y legalidad. La lección que ofrece esta situación inédita es que el objetivo principal del gobierno, si existe el gobierno y si tiene un objetivo, es tomar decisiones públicas informadas por la riqueza de los modos de autogobierno.

Hasta aquí se proponen los elementos para una agenda de investigación acerca de la teoría y la praxis del gobierno. El reto es pensar y decidir bajo incertidumbre y complejidad; las categorías analíticas son el policentrismo, las decisiones públicas y el comportamiento. La hipótesis es el autogobierno.

Reto, categorías e hipótesis permiten construir un programa de investigación aplicada, pertinente y relevante para organizaciones públicas y privadas.

Por último, una digresión final. ¿Es posible gobernar el autogobierno? Más aún, ¿es posible gobernar? No y no, clama esta realidad de pandemia, confinamiento e incertidumbre. Sin embargo, la imposibilidad de gobernar no es evento inédito. ¿Puede un advenedizo regir los destinos de una colectividad?, ¿puede una autoridad legítima decidir frente a temas que le son ajenos?, ¿puede un líder desconocer el saber vernáculo de su comunidad u organización? Una persona que deposita su legitimidad y credibilidad en interacciones fatuas de jerarquías o de redes sociales desestima conocimientos técnicos, omite vivencias colectivas y naufraga en sus propios mares de vanidad, soberbia y autoritarismo.

Por el contrario, la vida cotidiana de las organizaciones y las sociedades políticas aloja muchas manifestaciones, espontáneas y habituales, que permiten a las personas celebrar el desencuentro y construir desde allí espacios de coordinación y cooperación que convierten la oposición a disposiciones jerárquicas en acuerdos adaptados a las realidades diarias. El gobierno del autogobierno tiene lugar en esa forma de concebir la inconformidad y la protesta de adversarios y destinatarios del mandato: son recursos valiosos que le permiten al gobernante acercarse a las limitaciones y posibilidades que son lejanas desde la mirada directiva.

En definitiva, no es posible gobernar desde la parte más alta de una jerarquía ya que el poder ha sido distribuido en-

tre varias instancias de decisión, operación, saber y vivencia. En cambio, hogares, organizaciones y comunidades diseñan, experimentan y consolidan variadas modalidades de autogobierno que resuelven dilemas colectivos. Por tanto, gobernar el autogobierno es posible cuando tiene lugar el reconocimiento de la inteligencia y el poder, distribuidos entre múltiples actores que toman decisiones bajo los criterios adaptativos, y que brindan la proximidad, la prosocialidad y la informalidad.

No se trata pues de un trabajo académico reducido a publicaciones científicas prestigiosas pero poco leídas. En la base de nuevas indagaciones que permitan conjugar el verbo gobernar se encuentra la autotransformación, tanto del sujeto como del objeto de estudio. Por un lado, investigadores con capacidad de hablar el idioma de las decisiones colectivas y, por otro, gobernantes con la habilidad de aprender de las acciones conjuntas de los gobernados. Por contera, la cuestión por el comportamiento de las personas tiene capital importancia en motivaciones, emociones y razones tanto del académico como de las directivas de una organización pública o privada. La pandemia demuestra que la usual resistencia al cambio es asunto superado. Así, cambio interior, cambio grupal y cambio social son obligación grave para alcanzar mejores procesos de decisión y estadios de futuro superiores al actual estado de cosas.



# Algunas ideas desde los estudios del comportamiento para entender, analizar y enfrentar la crisis del COVID-19

*Por Santiago Silva Jaramillo\**



---

\* Magíster en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad EAFIT y profesor de la Universidad EAFIT. Correo: [ssilvaja@eafit.edu.co](mailto:ssilvaja@eafit.edu.co)





Lo inesperado suele sumar incertidumbre a lo complejo. La crisis del COVID-19, sus implicaciones políticas, económicas y sociales, y el mundo que nos espera detrás de la puerta del “día después” de la cuarentena, exige revisar el repertorio de alternativas que desde la academia podemos invocar para asumir esos retos venideros. Mejorar la comprensión sobre nuestro comportamiento, tanto para explicarlo, como para, si es necesario, cambiarlo, supone una necesaria y ambiciosa tarea que bien puede ayudar en estos tiempos en que construimos un nuevo sentido de comunidad, una perspectiva diferente, aunque conocida, de corresponsabilidad mutua.

Los problemas públicos suelen ser dilemas de acción colectiva. Y, en particular, conflictos sobre la disposición a cooperar o no, cumplir o incumplir en una expectativa colectiva de comportamiento. Así, como cuando decidimos usar el vehículo particular todos los días o evitar por algunas semanas o meses realizar las revisiones de gases del carro; o cuando realizamos de forma deficiente (por falta de voluntad o desconocimiento) la separación en la fuente de los residuos de nuestras casas y negocios; o cuando evitamos lavarnos las manos de manera recurrente (cada tres horas) y de la forma detallada e insistente en que ha recomendado la Organización

Mundial de la Salud (OMS) o guardar la cuarentena siguiendo todas las disposiciones del Gobierno nacional.

Todos son ejemplos de problemas de acción colectiva y, sobre todo, de problemas en los que la contribución individual a un problema público es fundamental. La crisis de salud pública desatada por la pandemia del COVID-19 ha permitido recordar precisamente la naturaleza colectiva de los problemas públicos y la influencia del compromiso individual en su resolución.

Ese compromiso se expresa a través de los comportamientos de las personas. Michie, Atkins y West (2014) señalan la importancia de reconocer tres fuentes que delimitan los comportamientos de las personas: las capacidades, las oportunidades y las motivaciones. Su marco para el diseño de intervenciones se llama Rueda del Cambio Comportamental (o BCW por sus siglas en inglés) y reúne el conocimiento de docenas de modelos de cambio de comportamiento y décadas de investigaciones, además evidencia sobre lo que funciona y lo que no, cuando queremos que las personas tomen decisiones y emprendan acciones diferentes.

La aplicación de la BCW implica seguir tres escenarios y ocho pasos que van desde la recolección de información que caracterice el comportamiento que se pretende cambiar, hasta la evaluación de diferentes alternativas de intervención, que permitan cambiar las fuentes comportamentales. Todo esto, sin olvidar que “todas las intervenciones de cambio comportamental operan dentro de un contexto social” (Michie, Atkins y West, 2014, p. 22).

Los dilemas de acción colectiva surgidos por el COVID-19 no dejan de ser bien conocidos, aunque la pandemia sea nueva. Por décadas, las políticas sociales y de salubridad han intentado conseguir que las personas se laven más y mejor las manos, en zonas afectadas por enfermedades como el ébola o la gripe estacional, reducir el contacto físico y las aglomeraciones de personas y en algunos escenarios (aunque por su escala ese puede ser el más novedoso de esta lista) acatar las disposiciones de la cuarentena. Todos estos son comportamientos que resultan poco comunes y no necesariamente sencillos cuando se introducen por primera vez en la vida cotidiana de las personas. También han supuesto un reto para la toma de decisiones públicas, desde las primeras medidas de distanciamiento social voluntario, las campañas y estrategias educativas y las eventuales decisiones coercitivas para implementar, sobre todo, las disposiciones del aislamiento.

Este reto, que es enorme, de producir cambios comportamentales en poco tiempo y frente a situaciones extremas, ha llevado a académicos, tomadores de decisiones y algunos interesados espontáneos a buscar en las ciencias del comportamiento lecciones ya aprendidas que permitan dar luces sobre cómo cambiar la manera en que las personas toman decisiones y actúan. Las ciencias del comportamiento reúnen el conocimiento y la agenda investigativa de la psicología, la economía, la sociología, la antropología y la ciencia política en sus objetivos de desentrañar las motivaciones, razones e intereses que explican la manera en que se comportan las personas.

En marzo de 2020, con esa celeridad que solo permite la urgencia, Johannes Haushofer y Jessica Metcalf de la Universidad de Princeton publicaron un artículo de revisión que reunía evidencia sobre intervenciones que, desde la economía comportamental y la epidemiología de enfermedades contagiosas, habían logrado resultados interesantes y relevantes ante retos como el presentado por el COVID-19. Revisar algunos de estos casos de éxito puede ayudar mucho a ilustrar la relevancia de las ciencias del comportamiento en situaciones como la que vivimos, pero también, como complemento absolutamente necesario de los procesos de toma de decisiones contemporáneas.

En Kenia se usó el análisis y la intervención conductual para diseñar una intervención con envío de sencillos mensajes de texto que recordaban el uso de medicinas antirretrovirales, logrando incrementos de uso de entre el 40% y 53% en la población objetivo. Este tipo de intervención funciona particularmente bien con comportamientos que, aunque las personas desean realizar, pueden presentar bajos niveles de acción por culpa de la falta de atención, la procrastinación o el olvido. La reducción del ritmo de contagio del COVID-19 ha tenido como uno de sus pilares la promoción del lavado de manos. La OMS ha recomendado que se haga con jabón al menos cada tres horas, durante unos treinta segundos, e incluya una serie de movimientos para limpiar bien entre los dedos, las uñas y el antebrazo. Es un comportamiento completamente nuevo para la mayoría de las personas, y bien podría estar

delimitado por las mismas dificultades que tenían los pacientes bajo el tratamiento de antirretrovirales en Kenia. Recordarles a las personas a través de algo tan sencillo como mensajes de texto podría lograr buenos resultados.

Otra experiencia recogida por Haushofer y Metcalf (2020) parte del trabajo de los nobeles de economía Esther Duflo y Abhijit Banerjee, que encontraron que entregar pequeños incentivos (casi simbólicos), como paquetes de lentes, podía llevar a que las personas superaran la procrastinación sobre una acción de cuidado y se decidieran a hacerla, como, por ejemplo, llevar a vacunar a sus hijos a una aldea cercana. En India, por otro lado, la instalación de dispensadores de jabón líquido de bajo costo en los hogares llevó a que el 23% de las familias lo usaran diariamente antes de comer, un resultado muy relevante para comunidades duramente afectadas por enfermedades intestinales.

Una combinación de estos dos aprendizajes podría llevar a que consideráramos las sencillas limitaciones que en ocasiones la oportunidad puede ponerles a ciertos cambios de comportamiento. Ya en muchos lugares del mundo se han hecho entregas masivas de alcohol o gel antibacterial, y en muchos sistemas de transporte masivo (pero también otros lugares de tránsito de personas) se han instalado puntos de lavado de manos. Esto podría complementarse con recomendaciones sobre cómo disponerlos en las casas para aumentar su efectividad, en tanto, nos dicen los aprendizajes conductuales, el lugar donde estén puede afectar sustancialmente su uso. Muchas de estas

estrategias e intervenciones tienen la ventaja de ser sencillas, baratas y escalables y, por tanto, perfectas para momentos como este.

Desde la teoría de las normas sociales también hay conocimiento acumulado que puede dar buenas ideas para nuestro actual estado de cosas. Algunos de los cambios de comportamiento que necesitamos implican cálculos de expectativa social, como que las personas toman la decisión de quedarse en la casa, de no acaparar productos, de lavarse las manos o aplicar el distanciamiento social, porque ven que otras personas también lo están haciendo y que estas personas esperan que ellos también lo hagan. Esa doble expectativa, la empírica y la normativa, diría Cristina Bicchieri (2019), configura una norma social. La comunicación pública puede hacer mucho por mejorar la adscripción a un comportamiento si es capaz de presentarlo como una expectativa colectiva de comportamiento, es decir, si logra que las personas vean ese comportamiento como algo que *todo el mundo está haciendo* o que *cada vez más personas están haciendo*.

Si, como se dijo al principio, este es otro problema de acción colectiva, las personas quieren conocer que no son las únicas que están asumiendo los costos de las medidas y los cambios de comportamiento, que la cantidad de incumplidores es baja o inexistente y que quienes los siguen (como ellos) son mayoría. El acceso a esa información suele ser limitado para los ciudadanos de a pie o, peor aún, puede verse seriamente sesgado por el influjo de noticias falsas o enfoca-

das excesivamente en el incumplimiento. Esto puede afectar su percepción de los demás, probablemente profundizando fenómenos de ignorancia pluralista en los que haya una brecha entre lo que las personas creen que los demás están haciendo y lo que realmente ocurre con su comportamiento (Silva, Garro, López y Trujillo, 2019).

Informar a las personas de la expectativa empírica (decirles lo que los demás hacen) ha sido una herramienta utilizada para aumentar el pago de impuestos, mejorar el cumplimiento en cuotas de préstamos e, incluso, mejorar la percepción que las personas tienen de sus conciudadanos (Silva, Garro, López y Trujillo, 2019). Intervenciones de comunicación pública, que conecten la información de cuidado, y emotiva, con testimonios, historias y experiencias de las personas que están aplicando las recomendaciones y les cuentan a los demás ciudadanos y les preguntan por lo que ellos mismos hacen, pueden ser un muy buen primer paso en este sentido. La premisa aquí, en términos sencillos, es que los comportamientos pueden ser contagiosos, pero que necesitamos la exposición a ellos para poderlos copiar. Contar las historias de cuidado mutuo, autocuidado y solidaridad resultaría fundamental para promoverlos.

Las ciencias del comportamiento nos permiten, entonces, no solo ampliar el repertorio de intervenciones para abordar problemas públicos como la atención del COVID-19, también permiten mejores explicaciones sobre algunas de las decisiones que aunque inesperadas y frustrantes no son extrañas en las personas. Probablemente, la más común de estas situaciones se



haya dado respecto al incumplimiento de las medidas de aislamiento, distanciamiento social y cuarentena. Las redes y los noticieros han estado llenos de reporterías espontáneas, cadenas poco fiables, pero extendidas, y notas más elaboradas, pero no por eso menos sensacionalistas, en las que el énfasis se pone en la exasperación que genera en quienes cumplen el comportamiento de aquellos que no.

Esto incluye a las personas que se resistieron en los primeros momentos a las recomendaciones de higiene o distanciamiento social, luego, a los que viendo el advenimiento de las cuarentenas (en particular las de Bogotá y Medellín) se fueron de viaje o intentaron evadirlas saliendo de estas ciudades. Las imágenes de las filas de carros que salían justo antes de que entraran en vigor las medidas de restricción de movimiento, de personas que los días anteriores todavía asistían a eventos en los que se reunían cientos de asistentes (o los organizaban) o que incumplían las medidas de la cuarentena en la que se encuentran varias ciudades han desatado olas de indignación en redes sociales y conversaciones cotidianas a distancia (*El Colombiano*, 2020). Estos incumplimientos individuales a lo que todos los demás están haciendo no solo son muy peligrosos cuando se intenta contener efectivamente el contagio del virus, sino que recuerdan, como se señaló al principio, los retos a los que se enfrenta cualquier esfuerzo de acción colectiva.

La llegada del COVID-19 señala la importancia de la responsabilidad individual y la coordinación del cuidado propio y la reducción que comportamientos cotidianos pueden tener sobre el riesgo de contagio. Es decir, la interrelación de nuestras

acciones, que solo se puede reducir el ritmo de contagio si todos ponen, si todos asumen los pequeños y grandes sacrificios que esta situación exige. Ahora, esto puede ser difícil de lograr por dos razones conductuales y una estructural. La última, que supera los alcances de este texto, se refiere a las necesidades económicas de un porcentaje muy alto de la población que vive de trabajos informales o son independientes y cuyos ingresos se ven seriamente afectados por quedarse en casa. Para ellos, el incumplimiento no es otra cosa que la más básica necesidad.

Pero para quienes no tienen este problema de ingresos, las razones podrían ser las conductuales. La primera, el sesgo de optimismo y exceso de confianza, que puede estar llevando a que muchas personas subestimen el riesgo efectivo y la importancia de los cuidados personales. El sesgo de optimismo es una limitación cognitiva que lleva a que los seres humanos creen que son un poco más hábiles en las cosas que hacen de lo que en realidad son, que tienen mayores probabilidades de salir airosos de una dificultad o que la posibilidad de que sufran un accidente o desgracia es más baja de lo que realmente es (Thaler y Sunstein, 2017). Este sesgo es una disposición evolutiva fundamental, es la que permite en muchos casos que las personas se levanten todos los días de la cama, que piensen que el día siguiente será mejor que el presente (cuando en muchas ocasiones no tienen información suficiente para hacer esa suposición), lleva a invertir en un negocio riesgoso o a empezar una relación sentimental con pocas esperanzas de que dure. Pero, así como garantiza muchos escenarios en los que a

falta de optimismo solo habría parálisis, también conduce a cometer muchos errores, precisamente, porque puede inclinar a las personas a subestimar un riesgo. Por ejemplo, el riesgo de contagiarnos de una enfermedad viral peligrosa o de que, al contraerla, se la contagien a otras personas.

La segunda razón por la que es difícil lograr la cooperación necesaria de todos los miembros de la sociedad es que las personas pueden sentir que los demás no están contribuyendo con su parte y, por tanto, pueden pensar que su propio comportamiento no es significativo respecto a la magnitud de este problema o sentirse traicionados en su propia disposición a asumir los costos si los demás, o “muchos otros”, no lo hacen. Esta percepción de injusticia, es decir, pensar que solo unos están poniendo de su parte y que eso está mal y los perjudica, puede llevar a defraudar preventivamente. Nadie quiere sentir que se están aprovechando de él.

La subestimación de este riesgo parece ser algo común a los seres humanos (así sea en diferentes grados). De igual forma que algunos bogotanos y medellinenses no tuvieron problema en salir de sus ciudades, contra toda recomendación, justo cuando se declaró la cuarentena, así hay casos de personas que no han calculado bien los riesgos de asistir a mercados, conciertos, reuniones, de no lavarse las manos cada tres horas y por más de treinta segundos, de no guardar las distancias con las otras personas y demás en todo el mundo. Es justamente al enfrentar algo tan humano como esto, que debe intervenir la sociedad, y en particular el Estado, usando sus herramientas

para que las personas tomen mejores decisiones. Y es cuando el conocimiento de las ciencias del comportamiento cobra particular relevancia.

La crisis del COVID-19 ha puesto una presión bastante grande sobre las decisiones públicas y las medidas y acciones de entidades públicas, organizaciones privadas e, incluso, grupos de la sociedad civil y comunitarios. No es para menos, los retos en términos de gobernanza, salud pública, protección de la vida, cuidado de la economía, entre muchos otros, son enormes. Pero también, de la manera que solo los problemas más grandes pueden hacerlo, está obligando a que se reconozca la naturaleza corresponsable de la solución de los problemas públicos y puede llevar a seguir avanzado en las intervenciones y conocimientos que tenemos sobre el comportamiento de las personas. Estos dos aprendizajes sociales (recuerdos, mejor, pues eran cosas que ya sabíamos) resultan fundamentales para abordar otros problemas públicos estructurales como el cambio climático, la pobreza y la desigualdad mundial, la incidencia de enfermedades infecciosas y la violencia.

Al final, abordar estos problemas –los problemas de nuestro tiempo– requiere de toda la habilidad, sensatez y prudencia de los tomadores de decisiones; pero, sobre todo, requiere de la voluntad colectiva, de la contribución convencida, de todos y cada uno de los que, sin saberlo, quererlo o reconocerlo, hacemos parte de este extenso y cotidiano dilema de acción colectiva.

## Referencias

Bicchieri, C. (2019). *Nadar en contra de la corriente. Cómo unos pocos pueden cambiar los comportamientos de toda una sociedad*. Bogotá: Paidós.

El Colombiano (2020). Tatequieto a infractores que incumplen cuarentena. Disponible en: <https://bit.ly/2yoSw56>

Haushofer, J., y Metcalf, J. (2020). *Combining behavioral economics and infectious disease epidemiology to mitigate the COVID-19 outbreak*. Disponible en: <https://bit.ly/3cB8maH>

López, F. (2020). *¡A lavarse las manos! Cómo la economía del comportamiento podría mitigar el avance del coronavirus*. Disponible en: <https://bit.ly/3bbGEka>

Michie, S., Atkins, L., y West, R. (2014). *The Behaviour Change Wheel. A Guide to Designing Interventions*. London: Silverback Publishing.

Silva, S., Garro, J. E., López, N., y Trujillo, J. P. (2019). Confianza, normas sociales y representaciones del otro. La implementación de la estrategia de cultura ciudadana “Medellín está llena de Ciudadanos como Vos”. En: Eslava, A. (Ed.), *Lo mejor de las personas. Teoría, práctica y agenda de la cultura ciudadana*. Medellín: Alcaldía de Medellín y Editorial EAFIT.

Sunstein, C., y Thaler, R. (2017). *Un pequeño empujón: el impulso que necesitas para tomar mejores decisiones sobre salud, dinero y felicidad*. Bogotá: Taurus.

# El valor de la vulnerabilidad

*Por Mariantonia Lemos\**



---

\* Doctora en Psicología de la Universidad de los Andes y profesora de la Universidad EAFIT.

Correo: [mlemosh@eafit.edu.co](mailto:mlemosh@eafit.edu.co)



¿Ustedes recuerdan qué hicieron la última semana antes de que todo comenzara a cambiar? Yo realmente lo he pensado mucho. Sé que ese viernes almorcé con dos amigos de la universidad, también visité a un familiar en una clínica: recorrí la ciudad para llegar hasta allí y regresé, eso sí, sin ver el paisaje que había a mi alrededor. Di clases en las que hablé del virus y de posibles campañas para ajustar comportamientos, y hasta discutí con un estudiante sobre si era una buena idea irse de vacaciones en Semana Santa. Caminé por toda la universidad, les di de comer a las ardillas y anhelé, más de una vez, poder estar más tiempo en mi casa. Así fue mi última semana, además de planear lo que haría la siguiente, que incluía, más o menos, las mismas cosas.

Sin embargo, la vida que conocía hasta ese momento se vio interrumpida ese fin de semana cuando recibí un correo de la universidad donde me indicaban que seguiríamos haciendo teletrabajo. Recuerdo haberme sorprendido con la noticia, más sabiendo que, aunque ya sabía que el virus estaba en Colombia, nunca me había imaginado ese posible escenario. Mi única preocupación hasta ese momento era si era prudente cancelar un viaje que tenía al finalizar el mes. Salí a comprar cosas para mi mamá y para mí, y ya me sentía un poco en



medio del apocalipsis. En el mercado faltaban algunas cosas y recorrí seis farmacias antes de darme por vencida en la búsqueda de alcohol. Esto era lo más cerca que se podía estar de las películas de ficción. Escasean las cosas y un enemigo invisible puede alcanzarte en cualquier momento porque no se sabe dónde está.

El martes volví a salir. Fui a la universidad. Ya no como ese viernes que había estado apurada y sin prestar atención a nada. Recorrí el camino desde la portería hasta mi oficina detallando cada cosa, llenándome los ojos de lo que veía porque tenía la sensación de que esos recuerdos me iban a hacer falta más adelante. Recuerdo haber llegado a la oficina y empacar las cosas que iba a necesitar por quince días, pero después me devolví y comencé a empacar todo lo del semestre. Mi mente anticipadora seguía cumpliendo sus funciones y dijo que era mejor ser precavida. Me acuerdo de que lo último que hice fue tomar la bolsa de corozos que aún tenía e ir a regarla donde encontré tres de las ardillas que aún creo poder reconocer. Les dije que me iba, que se cuidaran y que trataran de almacenar los corozos porque pasaría un tiempo sin verlas.

Al regreso sé que me encontré con alguien de la universidad que veo todos los días mientras camino al trabajo pero a quien nunca había saludado. Por primera vez dije “hola”. Ese día, para mí, él no era un desconocido, a ambos nos había cambiado una realidad que aún quizás no compartía con los demás, pero que entendí que se veía venir. Él, tal vez, hacía lo mismo que yo, sacar cosas de su oficina para seguir siendo “el profe” detrás de una pantalla. Confieso que al volver,

cuando cerré la puerta de la casa, lo hice de otra forma. Puse llave aunque no era más del mediodía: es que la vida por fuera de mi casa había terminado por un tiempo.

Llevo ya un mes en casa. Durante este tiempo he salido solo un día a llevarle cosas a mi mamá y a saludarla, de resto solo abro la puerta para ir por los domicilios a la portería y para sacar la basura. He vuelto un apartamento mi oficina, mi lugar de ocio, mi gimnasio (muy ocasionalmente) y hasta el lugar del encuentro (ahora virtual) con mis amigos. Confieso que me ha sorprendido lo fácil que ha sido vivir este tiempo. Quizás es el trabajo lo que hace que los días pasen rápido, quizás son las muchas nuevas rutinas por realizar, pero no puedo quejarme. Aunque he tratado de ser soporte para otros y dar consuelo a quienes el encierro los afecta, yo me siento bien y feliz. Eso sí... esto me ha hecho pensar, no solo en el hoy sino en todo el camino que he recorrido para llegar hasta aquí. ¿A qué me refiero? A que este ha sido el momento de descubrir qué he aprendido de cada momento de la vida, de darle un sentido a cosas que no lo tenían y hasta de agradecer por duelos previos que pude hacer. Me explicaré...

Yo, como todos los seres humanos, he tenido momentos difíciles. Creo que ni menos ni más que los demás. Sin embargo, he tenido la suerte de contar con personas que me han hecho aprender de cada uno de ellos. Todos hemos tenido situaciones de pérdidas y de altos niveles de estrés; sin embargo, por cuestiones de la vida, en algunos de esos periodos yo me quebré. Supe qué era la depresión y el sentirme vulnerable.

Reconocer que estaba deprimida me llevó a evaluar la forma en que pensaba de mí misma y de la vida, a descubrir que a veces hacía inferencias ilógicas de las cosas que pasaban o que simplemente me quedaba en la pregunta equivocada: me llenaba de *¿por qué?*, y no de *¿qué?* o *¿para qué?*

¿Cómo se aplica esto a la situación actual? Pues muy bien, reconocer mi vulnerabilidad ha implicado que sepa que responder a la pregunta *por qué* es demasiado complejo y que no me llevará a ningún lado. Que un virus descubierto en una provincia de China nos tenga a todos en casa es algo que para mí no tiene mucho sentido discutir. Sin embargo, observar simplemente la situación, es decir, el *qué*, y permitirme explorarla con una actitud curiosa hace que viva este momento de una forma especial: puedo mirar el mundo desde mi ventana en lugar de correr por él. Ver cómo cambia el panorama y cómo lo que antes era brumoso está cada día más claro, escuchar cada vez más pájaros cantar, observar las vidas que se empiezan a desarrollar en cada uno de los balcones que me rodean, contemplar cómo crecen las plantas que hay a mi alrededor y cómo hasta yo misma fui construyendo una rutina en esta nueva situación. Cada día me convengo más de que este es un momento que vale la pena vivir por el solo hecho de su singularidad.

El *para qué* también me acompaña; me permite ver qué puedo aprender de esta situación, comprender que quizás me hacía mucha falta detenerme y preguntarme qué era y es lo esencial para mí, y descubrir en cuántas cosas termino involucrada simplemente por el afán del consumo y de una vida

acelerada. Así he recordado esa semana previa con la felicidad de saber que muchas de las personas con las que paso mis días son aquellos con los que hoy, cuando lo accesorio se ha venido desvirtuando, creo que vale la pena estar. También me permite ser consciente de cuántas cosas hago sin vivirlas de verdad, y que requieren que esté más presente la próxima vez que las haga. Voy entendiendo que requiero más ojos centrados en lo que vivo que en mi celular y sus mensajes, más observar realidades con ojos curiosos que con actitudes de juicio que valoran las cosas como buenas o malas, sin permitirme primero mirarlas y vivirlas.

No puedo negar que también he pensado que hay un *para qué* general. Creo que esta es una oportunidad única para que todos observemos cómo la naturaleza se recupera cuando no abusamos de ella, cómo el mundo puede estar en equilibrio cuando no interferimos tanto y quizás, desde un sesgo optimista que me caracteriza, hasta logremos cambiar el comportamiento para hacer sostenible la vida en todo sentido. El *para qué* también me ha hecho enamorarme aún más de lo que hago. Tener la posibilidad de acompañar a otros en su formación y en sus procesos personales cobra cada vez más importancia en momentos como este. Cada llamada que haces, cada reunión virtual que realizas por fuera de tu tiempo laboral, es elegida. La vida ha dejado de estar llena de gente con la que te cruzas y se ha centrado en aquellos con quienes eliges estar. Esto les da un valor inmenso a esas llamadas y mensajes que recibo, y también me hace comprender el valor de las personas en mi

vida y de elegir las conscientemente para estar en momentos como este.

Adicionalmente, creo que todos nosotros habíamos visto un escenario como este en las películas de ciencia ficción. Generalmente las amenazas eran un virus producido en un laboratorio o alguna que venía del exterior, pero ambas llevaban a que el mundo entero se uniera en una misma causa o tuviera una misma preocupación. Nos unía un mismo sentido como humanidad, siempre la lucha contra algo externo. El asunto es que en todos esos escenarios había alguien que lograba vencer al malvado, destruir la fuente de poder o encontrar el antídoto. Siempre había otro que nos protegía y la vida podía ser como era, la misma, la habitual. Ahora no es así. Ahora, quizás por primera vez desde que lo recuerdo, estamos todos viviendo la misma situación. Esta pandemia nos hizo volver a sentirnos una misma especie y comprender lo interconectados que estamos. Hoy nos afecta y nos importa lo que pasa al otro lado del mundo, no solo por curiosidad, sino porque sabemos que se relaciona con nosotros. Somos una misma especie, atacada por los mismos elementos biológicos, independientemente de la raza, el estrato socioeconómico o el nivel educativo. Quizás lo afrontamos de manera diferente, pero aquí estamos todos, tratando de aprender de lo que otros han hecho y buscando salidas innovadoras para sobrevivir como especie. Si algo nos muestra lo vulnerables que somos es esto, aunque tengamos barreras, ejércitos y armas nucleares. Lo que hoy nos ataca es minúsculo e invisible pero nos hace ir más allá de creencias y opiniones propias para buscar referentes en esos

que silenciosamente han tratado de comprender con la ciencia básica cómo funcionan el mundo y la naturaleza.

Para concluir quisiera decir que mi vulnerabilidad también me hace cuestionar lo que sigue. Poco a poco hemos venido entendiendo que esto no terminará en un mes, cuando acabe la cuarentena. Nuestro enemigo es un virus que muta muy rápido y esto disminuye la posibilidad de dar con un tratamiento eficaz, por lo que nos queda o encontrar una vacuna que vaya más allá de sus mutaciones o aprender a vivir en un mundo que ya no será el mismo. Será el momento de empezar a comportarnos diferente, reconociendo quiénes somos y lo que podemos, pero también nuestras vulnerabilidades, aquellas que nos ayudan a reinventarnos y adaptarnos. Tal y como lo hemos hecho siempre.



# Pandemia: interpretaciones y otros demonios

*Por Daniel Jaramillo Arroyave\**



---

\* Estudiante de maestría en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT y médico internista, reumatólogo y epidemiólogo.  
Correo: [djaramill2@eafit.edu.co](mailto:djaramill2@eafit.edu.co)





*No hay nadie menos afortunado que el hombre a quien la adversidad olvida,  
pues no tiene oportunidad de ponerse a prueba*

Séneca

El mundo experimenta en la actualidad un suceso inusual para la mayoría, pero no extraño para el planeta, una pandemia. La de ahora es derivada de un microorganismo viral, conocido como coronavirus SARS-COV-2, que al infectar a los seres humanos puede llevar a una condición respiratoria potencialmente fatal, conocida como neumonía grave (síndrome de dificultad respiratoria aguda, SDRA). Esta manifestación no es frecuente, y afecta solo al 2% de las personas infectadas, el problema radica en que la humanidad se enfrenta a un patógeno nuevo, inmunológicamente desconocido para el cuerpo, con una tasa de contagio bastante alta al compararse con otros gérmenes, por lo que se han tomado medidas extremas, dadas las tristes experiencias de otros países, como España, Italia, Irán y China. Por tratarse de un problema de salud pública, la información se comparte de manera abundante, pero su interpretación es frecuentemente inadecuada; hay un entendimiento del fenómeno, pero no una comprensión de su gravedad, lo cual limita que la población actúe en consecuencia con la situación.

Las enfermedades infecciosas han sido asesinos eficientes por millones de años. La viruela, erradicada en la década de los ochenta, acabó con la vida de más o menos 300 millones de personas; el sarampión en la época prevacunal, con casi 100 millones de personas; y el virus de la influenza anualmente arrasa con la vida de 20.000 personas. En el año de 1918, la influenza española se declaró pandemia, generó aproximadamente 40 millones de muertes y cambió el comportamiento de la sociedad en la primera mitad del siglo XX. En el año 2009, la influenza AH1N1 también fue declarada pandemia, pero con una magnitud de contagio muy diferente a la infección actual. El término *pandemia* (del griego πανδημία, *panḗmía*, 'reunión del pueblo') implica la expansión de la infección, no necesariamente la letalidad de la misma. A pesar de esto, se advierte que en el momento en que se define un problema de salud como pandemia las medidas preventivas considerarán igualmente que el desenlace es la muerte.

Son escasas las personas vivas que tuvieron que experimentar una pandemia altamente letal como la de 1918. Las personas no tienen referentes cercanos de lo que es estar en un estado de emergencia que involucre a toda la población y se han acostumbrado a ver los problemas desde una orilla distante. Lo anterior explica las interpretaciones diversas que para la población tiene el COVID-19. China, Irán, España e Italia se han visto siempre lejanos (asumiendo una lejanía territorial), pero en la actualidad la globalización de los medios de transporte facilita el desplazamiento de un sujeto desde

China hasta Colombia en veinticuatro horas. Es así como uno de los primeros problemas de la población colombiana frente a la pandemia es sentirla lejos, lo cual, como se ha visto, es falso.

El latinoamericano (y también los ibéricos y los italianos) han sido históricamente indisciplinados en sus comportamientos sociales, folclóricos en su actuar y despreocupados por muchas de las problemáticas de su entorno. Es posible que estas características se hayan desarrollado a partir de un fenómeno de resiliencia frente a situaciones de múltiples carencias vividas por estas poblaciones, pero ante eventos como los actuales no funcionan como medidas de protección. Las dificultades en Italia (infectados 63.927, muertos 6.077) y España (infectados 35.136, muertos 2.311)<sup>2</sup> se dieron por una falta de comprensión del problema. Las poblaciones entendieron que se enfrentaban a una infección de fácil contagio y que podría ser mortal en algunos, pero no comprendieron que los cambios en sus hábitos cotidianos limitarían la cadena de contagio y facilitarían que los casos graves fueran atendidos de buena manera por el sistema de salud. Las consecuencias son devastadoras y el comportamiento de estos países como sociedad será completamente diferente al que se conoció antes de la pandemia. En Colombia hay muchas dificultades logísticas y económicas que hacen prever escenarios similares a los de España e Italia de no tomarse acciones drásticas, como se han venido definiendo en el último fin de semana.

El aislamiento preventivo obligatorio es urgente. Nadie tiene por qué salir a la calle excepto en caso de una necesidad imperiosa (de salud, económica, alimenticia), pues es la única

---

<sup>2</sup> Datos correspondientes al 23 de marzo de 2020 para ambos países.

forma de evitar que se vuelva masivo el contagio y se desborde la consulta de casos graves, lo que haría colapsar el sistema de salud. La falta de autocuidado no es el único problema, aparecen demonios adicionales para la ciudadanía en general y los actores del sistema sanitario, que empeoran el problema: ignorancia, miedo e información exagerada de mala calidad (infotoxicidad).

Enfrentarse a una situación desconocida y sin antecedentes cercanos hace que los actores dentro del problema sientan miedo. Miedo a que las proyecciones negativas del evento sean ciertas y se desborde el número de enfermos, con muertes por miles a pesar de esfuerzos suprahumanos para garantizar atención médica y social. Miedo a que la economía del país no soporte meses de falta de producción y colapse. Miedo al cambio social y las consecuencias políticas del mismo, explicado por el precio político que se paga por una emergencia mal manejada. El miedo que va de la mano de la ignorancia frente al suceso ocasiona que se tomen malas decisiones, por ser ellas apresuradas o desesperadas. Desde el punto de vista técnico, la información respecto a las intervenciones terapéuticas se está sobreinterpretando. Se han conocido ciertos medicamentos que aparentan cambiar el curso de la enfermedad en ciertos escenarios, como en los pacientes críticamente enfermos, pero la evidencia que soporta estos resultados es pobre y confusa, lo que hace de su uso una medida desesperada en medio de la incertidumbre, que se explica porque la formación de los profesionales de la salud los

persuade de que *deben hacer algo*, lo cual no siempre es correcto: *no hacer* también es una intervención.

El distanciamiento social físico se ha instaurado como medida primordial para el control de la crisis, pero también debería estimularse el distanciamiento social virtual. En escenarios de caos como el actual, el bombardeo de información tóxica, mentirosa y tergiversada puede ser tan lesivo como la enfermedad. Las fuentes de información son múltiples: líderes políticos y sociales, o *influenciadores* de redes sociales, que a veces pareciera que olvidan el gran poder que tienen las palabras. Un ejemplo es Donald Trump, quien, gracias a un error interpretativo, expone en público la “eficacia probada” de dos moléculas (hidroxicloroquina-cloroquina y azitromicina) para la infección por COVID-19, y genera una búsqueda masiva por parte de la población de estos fármacos, con su consecuente desabastecimiento, de gravísimas secuelas. Una de ellas es que la hidroxicloroquina-cloroquina es un medicamento que se utiliza para el tratamiento de la malaria, el lupus eritematoso sistémico, la artritis reumatoide, entre otras enfermedades autoinmunes, que por falta del producto se pueden activar, agravar y llevar a hospitalizaciones innecesarias de pacientes, todo por un comentario desafortunado de una persona con enorme poder y alcance comunicativo. También están las cadenas enviadas por aplicaciones de mensajería como WhatsApp, que en la mayoría de los casos solo son útiles para incrementar el pánico y desinformar. En este caso puntual se ha mentido sobre el número de hospitalizados y muertos en la

ciudad, sobre el ocultamiento de información y sobre curas mágicas a partir de mezclas naturistas, o se han solicitado aportes económicos a pastores evangélicos que garantizan salud y felicidad.

En momentos como el actual, cuando nos enfrentamos con lo desconocido, es fundamental ser prudentes y aprender de lo que hicieron otros países, lo bueno y lo malo. Los espejos europeos nos han mostrado lo que se debe evitar y que debemos exagerar en la logística para que no sea tan fácil desbordarnos en la capacidad de atención. Lo realizado en Corea del Sur es un ejemplo de lo que deberían hacer todos los países, particularmente aquellos con recursos económicos altos: búsqueda activa de positivos, aislamiento total y apoyo estatal para la ciudadanía desde lo económico y lo social.

Yo tengo miedo. No sé qué pueda suceder en las semanas que vienen. A veces me gustaría pensar que estamos siendo exagerados, pero cuando imagino comprender el momento que vivimos creo que aún estamos cortos en acciones drásticas para evitar todas las posibilidades que tenemos de vivir una catástrofe como la europea. Solo resta esperar, prepararnos para afrontar este episodio de la mejor manera y apostar por un mañana en el que sigamos vivos. Por eso, mientras tanto, sigamos el consejo de Séneca: “Existe el destino, la fatalidad y el azar; lo imprevisible y, por otro lado, lo que ya está determinado. Entonces como hay azar y como hay destino, filosofemos”.

# Los niños y el confinamiento

Por *Alejandra Ríos\** y *Mateo Navia\*\**

*(Valencia, 7 de abril de 2020)*



---

\* Candidata a doctora en Ciencia Política, magíster en Filosofía Política de la Universidad de Antioquia y profesora de la Universidad EAFIT.

Correo: [ariosram@eafit.edu.co](mailto:ariosram@eafit.edu.co)

\*\* Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, y escritor.

Correo: [ultimaletra@gmail.com](mailto:ultimaletra@gmail.com)





En los días posteriores al 14 de marzo, cuando fueron decretados el estado de alarma y el confinamiento en España, nos enteramos por varios padres y madres de la ansiedad, e incluso del temor que les producía la perspectiva de pasar tantas horas con sus hijos en casa. ¿Qué iban a hacer con ellos todo el día? ¿Cómo continuarían con sus actividades laborales? ¿Cómo manejarían el estrés de los niños ante la imposibilidad de salir y de jugar en un parque? Nosotros mismos nos hicimos estas preguntas y, con humor, pensamos que era importante tener una rueda de hámster para nuestro hijo. No nos malinterpreten. La rueda de hámster es una metáfora que utilizamos para explicar la necesidad que tienen los niños de una adecuada actividad física y emocional. Sobre todo, en este momento, en el que la casa se convierte, en su totalidad, en el mundo al que pertenecen: el colegio, el parque, la librería, el teatro, el restaurante, el cine, la casa de los abuelos, el centro comercial y sus juegos, que, en muchos casos, cumplen la misma función que la rueda de hámster.

Desde el día uno del confinamiento, consignamos en una hoja de papel lo que sería el horario de actividades para nuestro hijo y para nosotros. Muy serios y disciplinados sujetamos esta esperanza de “normalidad” con imanes a la nevera. Con

aquella hoja de papel estábamos más que preparados para hacerle frente a buena parte del estrés y la desorientación que produce el encierro prolongado. En ella nos trazamos la rutina que seguiríamos cada día, la rueda de hámster: correr por la casa, saltar a la cuerda, recoger una hilera larga de naranjas de la cocina a la sala, pasar en cuatro patas por encima de las naranjas hasta llegar al lugar de inicio de la hilera de las frutas, estiramientos, abdominales, ejercicios de equilibrio, kung-fu, y para terminar la jornada deportiva, una meditación zen que, con nuestro hijo, alcanza a durar, máximo, tres minutos. También, como parte de la rutina, establecimos un momento para una alimentación sana y adecuada a las circunstancias: mucha agua, zumos, bebidas aromáticas, muchas verduras; comida preparada en casa. Luego, juego libre: cada uno a lo suyo, en lo posible, porque como bien saben, los niños y las niñas pequeños todavía no reconocen muy bien que el tiempo de sus padres o el de los adultos no es de ellos. Actividades creativas: manualidades, pintura, dibujo, tejido. Esto funciona muy bien, salvo porque luego la casa queda como si hubieran estado de fiesta diez niños juntos. Para terminar el día: unos cuantos videos o una película corta para el niño. Luego cena, y a dormir.

Más de veinte días después, y todavía con el plan de vida para el confinamiento pegado a la nevera, debemos decir que no hemos cumplido con el horario todos los días, ni con la rutina de ejercicios. A veces comemos pizza viendo una película infantil o el Circo del Sol. Y varias noches terminamos

tan agotados que ni energía nos queda para trabajar luego de que el niño se duerme. En el transcurso del encierro hemos llegado a la conclusión de que estos días inéditos, que nosotros mismos estamos en tránsito de asimilar, no pueden reemplazar el mundo externo en el que nos desplegamos diariamente. No podemos, no queremos, y por ello nosotros no debemos pretender que el colegio, el teatro, el parque, el centro comercial, el cine, la casa de los familiares entren a nuestra casa completamente. ¡Es que no hay espacio para tanto mundo! Por ello, fuimos matizando nuestras expectativas que, por supuesto, se correspondían con nuestros temores, y con las sugerencias de buena “gestión” del confinamiento, y decidimos no sobrecargarnos con una disciplina férrea. Nos dimos cuenta de que nuestro hijo se la pasa muy bien con pocas cosas, por lo general con las mismas.

De allí que fuese más natural avanzar en el día a día observando a nuestro hijo y escuchando sus demandas, aunque sin desechar las palabras de su profesora: “Las rutinas son indispensables para los niños”. En efecto, nuestro hijo tiene cuatro años y medio, o “casi cinco”, como presume, y necesita continuar ejercitándose, jugando solo o acompañado, y realizando manualidades. Pero, sin que la profesora se enterara, aprendimos que en estos casos de confinamiento lo importante no es solo lo que podemos enseñarle a nuestro hijo, sino lo que él nos enseña, aun sin saberlo. Y es que, si tenemos ojos para ver y oídos para escuchar a nuestros hijos, es evidente que desde que abren los ojos en la mañana están pidiendo lo

mismo que la mañana anterior, y que luego vuelven a pedir lo mismo a la hora de la comida, el mismo juego, la misma travesura. En la noche, además, el mismo cuento. Como dice la escritora colombiana Yolanda Reyes: “Los niños son hijos del ¡otra vez!”. Sí, los niños no saben del ritmo o de las rutinas, ellos mismos son ritmo y compás y repetición. Es lo que los hace sentirse seguros, confiados y tranquilos.

Durante la primera infancia, los niños son indiferentes al mundo exterior porque los soporta su mundo imaginario. Justamente, su mundo imaginario se nutre del presente, del ahora; de allí que su forma de vivirlo sea profundamente intensa. Parafraseando al escritor venezolano Antonio López Ortega, los niños “se distraen con cualquier cosa, porque cada día es como una vida nueva”. Lo que queremos decir es que antes de los siete años, los niños no vuelcan su pensamiento hacia delante o hacia atrás, hacia el futuro o el pasado. Cual maestros de zen, tienen la capacidad de vivir y experimentar el presente, lo cual les permite poner en suspenso lo que va antes o después.

Esa capacidad de hacer de cada día una aventura, por lo general la misma del día anterior, pero con una intensidad tenaz, hace que los niños y las niñas sean, creemos nosotros, más capaces de llevar el encierro que los adultos. De hecho, somos del parecer de que los adultos, si tienen la paciencia suficiente, no una infinita sino solo la adecuada, son los llamados a ser la rueda de hámster de los niños. Es decir, aquellos con quienes nuestros hijos puedan vivir y aprender lo que necesitan en este

momento crucial. Nuestra orientación, nuestra capacidad de subir el ritmo, pero sobre todo de disminuirlo y darles calma, es una responsabilidad ineludible en este momento en el que el mundo ya no es como era hace pocos meses.

Y porque el mundo al que saldremos luego del confinamiento no será el mismo, no sabemos si mejor o peor, nuestro deber es aprender de nuestros hijos, ser capaces de reconocer que sin nosotros ellos no pueden sobrevivir, pero también que nosotros sin ellos corremos el riesgo de olvidar cómo vivir.



# De encierros y plagas

*Por Omar Mauricio Velásquez\**



---

\* Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT y profesor de la misma universidad. Correo: [ovelasq@eafit.edu.co](mailto:ovelasq@eafit.edu.co)





*¿De qué manera narrará el tiempo los perfiles de esta circunstancia?  
Convoco aquí a la magnitud física que nos dispone al hábito  
y le otorgo atributos de guarda y emisario*

## Aislamiento

Los días y su cacofonía de lenguas, bochinche y estrépitos mecánicos se han detenido. Una amalgama de formas acústicas venida desde antes de nombrar a las eras retumba sin pausa. Hay una sinfonía de pájaros de todos los tamaños y a todas las horas desde la alborada hasta la penumbra, cuando entonces emergen los chillidos de murciélagos y el alboroto de búhos que se arrojan con sus garras sobre hojas y ramas secas que camuflan el último berrido del desprevenido roedor. El sonido parece una novedad venida de espacios remotos y le agrega pesadumbre y estrujones al humano que erosionó con su escándalo la naturaleza de las cosas, o las cosas de la naturaleza, según convenga. Es una quietud que grita armónica y sin pausa en el horizonte. De algún modo, ser arrojados a un estado que no es el habitual permite leer desde otros ámbitos lo que hemos nombrado “incertidumbre”, y con ello, eso que

hemos construido como humanos. Es propósito de estas líneas narrar en ensayo, desde el optimismo de aquel que se inaugura en la paternidad y desde el miedo del humano por lo humano, la anécdota que en ocasión de una epidemia como el COVID-19 nos dispone a reevaluar el capital de seres *inteligentes* que nos hemos impuesto de manera arbitraria por encima de las otras existencias.

## De plagas

Para cuando cruzo esta línea de palabras, mi hijo cumple en el vientre de su madre treinta y ocho semanas y seis días de gestación. Es bien sabido que el humano se reproduce soportado en aquella convención que conocemos como conciencia. Muchos, conscientemente, en algún punto de la vida, decidimos extendernos en nuevas vidas. Nos multiplicamos y nutrimos nuestro ecosistema de una parafernalia de mecanismos y objetos que atienden aquello que llamamos comodidad. Luego, nos replicamos tanto y de tal forma que ponemos en desequilibrio el entorno creado y somos puestos de cara a lo incómodo. Como agentes biológicos sobrepuestos al planeta, somos vehículos de formas silenciosas y más apabullantes que las que hemos nombrado “plagas”. Histórica y culturalmente, las plagas han sido vistas como los antagonistas de nuestra existencia; aquel contrario que puede corroernos y deformarnos de manera inoportuna, sin avisar y sin alertar nuestra defensa. Nada distinto de la indiscriminada manera en que nos hemos

implantado en un huésped como la Tierra, que de forma amigable y atenta nos ha soportado por miles de millones de años. El hombre es enemigo de sí mismo.

Recientemente atisbaba dos obras literarias sin la conciencia del horizonte emergente de la pandemia: *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck, y *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexiévich. En la primera, una familia es arrojada a la condición de nómadas hambrientos y nauseabundos y, en la segunda, los nauseabundos son arrojados a la muerte, al hambre y a una condición de familia social como política de un Estado que, lleno de prejuicios, no deja de llamarlos “pueblo”. En ambos relatos, sus protagonistas parecen a la espera de alguien que les explique cómo y de qué forma llegaron a esa condición. No hay héroes que se sobrepongan a las barreras dispuestas por el narrador en la diégesis del infortunio. Son solo dos viajes de un supuesto autoconocimiento que se plantea en forma de dilema, de preguntas irresueltas. Steinbeck dibuja un paisaje agreste donde solo un horizonte repleto de apetitosas frutas otorga algo de optimismo a los seres secados por el sol del oeste norteamericano. Alexiévich construye un inventario de relatos oscuros y repletos del sabor metálico, que añoran el tiempo de las llanuras atestadas de cereal antes de la era nuclear. Ambos relatos ponen al ser humano en el centro de su propia destrucción, merced a las lógicas del mercado. El hombre necesita del planeta y sus recursos para supervivir. El hombre lo explota. El hombre lo agota. El hombre es arrojado a nuevas preguntas en forma de desastres que adquieren el

grado de naturales y, sin embargo, no atiende ninguna de las señales al concentrarse en la urgencia de mantener la *salud de la economía*. Este es un concepto amparado en la lógica de las leyes que hoy rigen aquello que hemos nombrado el *mercado libre*. No quiere decir esto que el triunfo de la globalización de capitales sea pionero en poner al hombre en el terreno de la incertidumbre económica. Cada momento histórico, sin importar el régimen político tutelar, ha tenido sus momentos de escasez. El Descubrimiento y la Conquista de América en los siglos XV y XVI pusieron a españoles, franceses, portugueses e ingleses en una imbricada contienda de credos, modos y maneras de entender qué era el ser humano y qué deslegitimaba las formas otorgadas por la imagen y semejanza de Dios. En esa refriega, los territorios del nuevo mundo fueron arrasados y saqueados para que el oro soportara las economías de los feudos que otorgaban licencias a los navíos y los mercaderes. En esa lucha de capitales, la salud de la economía se hizo al criterio inequívoco de los respaldos materiales de metales preciosos en un momento de incertidumbres monárquicas. Solo unos pocos anales históricos se han ocupado de las enfermedades que acaecieron en el cruce de los dos mundos, cuando entonces, como desde siempre, el hombre, agente de fiebres y otros padecimientos, inoculó nuevos virus a los humanos recién descubiertos y, como una plaga de sí mismo, exterminó al salvaje en el que no encontró atributos superiores de credo o estética. La economía y sus asuntos históricamente nos han convertido en una *metaplaga*, en seres atiborrados de

vacunas y competencias en letras y técnicas, que pocas veces atienden a la pregunta máxima para que la supervivencia no sea *contranatura*. Los límites culturales como extensión de los feudos hoy nuevamente ponen al hombre como centro y sin fronteras, como el nómada de Steinbeck y el nauseabundo de Alexiévich. Ya no es el aleteo de una mariposa el agente del caos, es el estornudo del comensal de una sopa autóctona china el que derriba los límites de lo comprensible y nos vuelve a poner una vez más ante el hombre que se hace enemigo de sí mismo. Este es un llamado inequívoco a repensar lo que entendemos por naturaleza y cómo la hemos superpoblado como plaga.

## De encierros

El día de ayer todo nos indicaba la inminencia del parto. Pronto veríamos a Emilio, el nombre que en ocasión de homenaje a mi padre me puso otra vez de cara al texto de Jean-Jacques Rousseau y que habíamos elegido para llamar a nuestro hijo. Sabernos en una pandemia implicó construir una compleja trama de precauciones para salir a una ciudad vaciada por las autoridades. Lo que tibiamente fue nombrado “Cuarentena por la vida” nos mantenía en un encierro que en ocasión del embarazo era necesario. Cuatro semanas de barreras de hipoclorito y alcohol nos protegían de un enemigo silencioso e invisible que casi alcanzaba el millón y medio de contagios en el mundo. Atendiendo a la sintomatología que describía a lo lejos la doctora, asumimos el protocolo de asepsia requerido para

ir a la clínica, con el miedo a flote de ingresar a una cloaca, a un pozo de enfermedades flotando en el aire de ese lugar que atiende plagas. La contingencia nos puso en un escenario que, ya de por sí desconocido, se convertía en un cuadro surrealista: la madre con sus contracciones en una sala de urgencias, el padre con el equipaje en otra, y solo comunicados a través de las posibilidades que otorgan Internet y sus mecanismos de mensajería instantánea.

Digresión: Internet es una pista inequívoca de la respuesta que deberíamos asumir de modos menos *parafísicos*, una babel de fronteras diluidas, alejada de censuras técnicas o ideológicas sensibles.

Luego de seis horas, nos lanzaron otra vez a la calle en busca de la asepsia del hogar. Las contracciones eran frecuentes, pero la dilatación no había alcanzado el punto ideal para el nacimiento. No era saludable permanecer en las instalaciones hospitalarias, a merced del agente patógeno que se propagaba silencioso y eficaz por las superficies y por las manos que tocaban esas superficies. Fue entonces cuando, en aquel regreso nocturno, notamos un mundo que solo había sido posible a través del cine. El paisaje apocalíptico perfectamente estilizado que sucumbía ante la inexistencia del hombre. Grandes bloques de edificios iluminados pero sin vida. Largos recorridos a través de calles eventualmente cruzadas por motociclistas domiciliarios o vehículos oficiales raudos. Una avenida completamente vacía y donde la tensión se hacía máxima. Era el miedo al afuera en una magnitud inexplorada.

Un texto recién adquirido en la librería universitaria me llevó a repasar *50 experimentos imprescindibles para entender la psicología social*. Me llamó fuertemente la atención el “número 35”, o “El paradigma del grupo mínimo”. En él, se problematiza “¿cómo han sido posibles en la historia de la humanidad atrocidades como el genocidio?” (Rodríguez, Morales, Delgado, Betancor, 2016, p. 189). Su objetivo es hallar “¿cuáles son las condiciones mínimas para expresar un comportamiento discriminatorio?” (p. 189). Me detuve a releerlo para encontrar respuestas a esas preguntas irresueltas sobre la urgencia de discriminar a quién abrirle la puerta, sobre esa hostilidad latente con lo que se nos hace extraño y contagiado. El ejercicio usa como motivos obras de Klee y de Kandinsky para ratificar las condiciones en un *endogrupo* y un *exogrupo*. A los participantes no se les indica quiénes son de tal o cuál preferencia, y luego se les da cierta cantidad de dinero para compartirlo. Luego del procedimiento se concluye que “el hecho de categorizar a los demás miembros de otro grupo es suficiente para generar manifestaciones de discriminación” (p. 192).

En su paso “del país de los sanos al país de la enfermedad”, Christopher Hitchens construye un *no lugar*, una metáfora de su instrucción antes de morir en su obra *Mortalidad*. Muy pocos, casi nadie, dimensionaron la fragilidad de nuestros sistemas de salud. Salud entendida aquí como el mínimo equilibrio del ser humano con factores dañinos que alteren su bienestar físico y emocional.

El distanciamiento social como encierro ante la plaga hace aflorar nuevas emergencias por cuenta de la arquitectura, el



urbanismo y los rituales sociales que como actos perseguimos. Estamos ante una contingencia nunca antes evaluada. Torneos deportivos sin público. Misas del papa sin público. Conferencias sin público. Festivales de cine sin público. Estas novedades nos llevan a evidenciar nuestra opacidad en la configuración del sentido de lo público. Apenas unos días antes, un canal televisivo de interés público nos ofreció una frontera donde se imita el entretenimiento ligero, enviando a decenas de empleados a vivir la pandemia en un lujoso hotel; bajo el ardid de proteger sus familias, estos empleados públicos aparecieron sonrientes en las pantallas con la intención de revelar privacidades. El encierro del encerrado en la precariedad del imprevisto se manifestó entonces en las redes preguntando “¿por qué algunos sí?” y “¿por qué algunos no?”. En el fondo, todos queríamos un encierro de hotel con bufet y desayuno americano, pero juzgar moralmente una intrascendencia ética de los funcionarios de una alcaldía en reciente ejercicio se convertía en un nuevo escalón para determinar que hay mejores y peores, enfermos y saludables. El encierro nos enfrentó a una distancia social convenida y de carácter urgente, pero el mismo nos convirtió otra vez en la plaga repleta de virtudes que opone barreras a lo desconocido, o a lo que genera desconfianza.

## Dar luz, dar a luz

Hemos regresado a la clínica el día de hoy. Un agente espiritual insospechado emergió sin tapujos. El doctor Albornoz

se encargó de resolver los dilemas alrededor de lo prudente y lo imprudente al momento de traer a un hijo en medio de la pandemia. Quizás como placebo voluntario, nos pusimos en el plan de pensar que nuestro hijo nos desviará, con razón, de las noticias del COVID-19 y sus estadísticas. El trámite del día anterior lo vivimos como una especie de simulacro y, en efecto, las contracciones arreciaron en aquel edificio donde cada botón se oprimía con el codo, o recibía un *splash* de alcohol antiséptico. “Me van a poner oxitocina y luego la epidural”, se leía en esa pantalla del iPhone que hoy más que nunca se convertía en una vulgar celda fotolumínica de la distancia. Los protocolos convenidos se atendieron y fui dirigido al noveno piso. Allí, una sala de espera con poco más de diez personas, hombres y mujeres, fulguraba por el bombardeo incesante de sus celulares. Los acompañantes de los pacientes eran los impacientes de aquellas embarazadas en trabajo de parto. Uno a uno fueron llamados, y cada que la enfermera se asomaba a la puerta y alguno caminaba hacia ella, el grito febril y la sonrisa en medio de lágrimas indicaba la nueva vida. Pasaron horas interminables y mi estómago me recordaba la urgencia de alguna eventual comida para sobrellevar la espera, cuando fui convocado a aquella puerta de vidrio donde una enfermera, acaso anestesiada por la costumbre, me dijo: “Venga, pues, mire su hijo”. Los ojos se me llenaron de un mar de lágrimas incontenibles. Aquella vida tan esperada me veía con asombro y algo de resignación. Revisé su cuerpecito y vi sus manos azules y el interminable hilo de vasos en toda

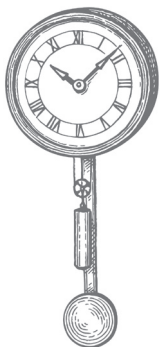
la extensión de su piel. “¿Está bien?”, alcancé a preguntar con las palabras estragadas de mocos. “Está perfecto”, me contestó la enfermera. “Permítame tomarle una foto para mi familia”, le dije con la etiqueta descompuesta del que ya hace algo sin autorización previa. Tomé dos o tres *retrataduras* para evitar desenfoques o ausencia de luz en un ser que de por sí ya iluminaba mi existencia. Dije “gracias”, y salí a una sala donde el resto de acompañantes celebraban el acontecimiento. Ingresé a WhatsApp y en la fila de charlas sobresalía en la punta el ítem “Hermosa Familia”. No vacilé. Sin anunciarlo, envié la fotografía y pude sentir que el pequeño mundo de mi hermosa y encerrada familia celebraba que, entre la plaga, una nueva vida era admitida. Me senté con una sensación de bienestar inexplicable y suspiré. Volví a tomar el celular para repasar los contornos de mi hijo y me quedé sin aliento. La manilla en su muñeca, la que informaba quién era y para dónde iba, llevaba impresa al lado de un código de barras una nota que me devolvía al suelo de la realidad: hecho en China.

## Referencia

Rodríguez, A., Morales, J. F., Delgado, N. y Betancor, V. (coords.) (2016). *50 experimentos imprescindibles para entender la psicología social*. Madrid: Alianza.

# Pandemia al diario. El inicio de una cuarentena que casi se cobra su primera víctima

*Por Alfonso Buitrago Londoño\**



---

\* Magíster en Literatura Comparada y Estudios Culturales de la Universidad Autónoma de Barcelona y profesor de la Universidad EAFIT. Correo: [abuitragol@eafit.edu.co](mailto:abuitragol@eafit.edu.co)



¿Vale la pena escribir un diario en tiempos de pandemia? ¿Tiene sentido narrar la inane cotidianidad de un encierro obligado cuando por las ciudades desocupadas de medio mundo deambula un bicho travieso y astuto con ganas de apilarnos, en el menor tiempo posible, en hospitales y cementerios?

No deja de ser irónico que exista la posibilidad de que el SARS-COV-2 provenga del organismo inmune de un murciélago (probablemente del murciélago grande de herradura chino, *Rhinolophus ferrumequinum*), insectívoro y compadre metafórico de los vampiros chupasangre de la literatura, que de mordisco en mordisco van aumentando su cofradía de infectados.

En la vida real, la estrategia de este nuevo coronavirus es mucho más sofisticada que la hipnotizante y romántica infección producida por el imaginario conde Drácula. Su portador puede permanecer saludable por días, e incluso semanas; se puede parar frente al espejo y ver su rozagante reflejo antes de despedirse de beso y abrazo del amor de su vida, sus hijos o familiares; sus gotas de saliva contaminadas caen a sus manos y se esparcen por su lugar de trabajo mientras expresa a viva voz sus deseos de cambiar el mundo y ser exitoso; no importa si en el pecho lleva un crucifijo bendecido por el papa o al almuerzo se comió un racimo de ajos: ahora nos aterroriza un fraternal apretón de manos.

Sin nadie a quien apretarle la mano, darle un abrazo o compartirle saliva, confinado en mi casa, pasé buena parte de la mañana del miércoles 25 de marzo –el primer día de la cuarentena obligatoria– intentando concentrarme en calificar unos escritos que recién me habían entregado mis estudiantes de la universidad. En los días anteriores me había esforzado por aprender a usar una plataforma que nos permitiría dar clases virtuales y por familiarizarme con múltiples formas de esparcir límpido por un apartamento, bien fuera frotado o por aspersión; y así como los ensayos de las clases virtuales habían sido exitosos, los trapos de la cocina resplandecían blancura.

El primer *wasap* que mandé ese día mientras desayunaba fue para responderle un mensaje a John Restrepo, líder LGBT y presidente de la Junta de Acción Comunal (JAC) de Esfuerzos de Paz, un barrio alto de la comuna 8. El día anterior en la mañana me había mandado por WhatsApp un aviso convocando la solidaridad ciudadana para “apoyar la compra de insumos de aseo y alimentos para aquellas familias de nuestra comunidad que han visto sus medios de subsistencia afectados por el encierro”.

Me contó en un mensaje de voz que la situación en su barrio era crítica: “Tengo mucha gente de la comunidad emba-ladísima, trabajadoras sexuales, vendedores ambulantes, las mujeres que trabajan en bares, estoy tratando de ayudarles hoy con lo que pueda, porque ya viene la encerrona”. Por último, me envió una selfi en la que se le veía con una mascarilla azul y un mercado callejero al fondo.

Le respondí contándole que *Universo Centro* había apoyado una campaña en la misma vía del colectivo @putamentepoderosas para llevarles mercado a las trabajadoras sexuales y vendedores ambulantes del centro de Medellín, y le dije que ojalá saliéramos todos adelante. La solidaridad comenzaba a ser una necesidad básica en muchos lugares de la ciudad. Me dijo que teníamos que estar “en ejercicio de solidaridad y cualquier cosa no es sino que hable a ver cómo nos ayudamos”.

Escogí un primer texto de mis estudiantes para editar y calificar –el encargo era escribir un retrato de un lugar– y le saqué sangre hasta quedar saciado; lo ataqué como sanguijuela hambrienta hasta que quedó completamente irreconocible y malherido; sin darme cuenta y medio extasiado creo que invertí por lo menos dos horas en ese proceso de desangre editorial. Al ver los restos del documento lleno de rayones, comentarios, resaltados, tachones, me di cuenta de que debía parar y comenzar de nuevo o iba a contagiar a los textos de los demás estudiantes y a causar que la curva de mortalidad aumentara en el salón.

Dejé por un rato mis ímpetus de editor viral y me puse a leer un artículo que llamó mi atención en Twitter: “Que cuando esta epidemia acabe nos quede la memoria”, publicado en la página web de *El País* de España y que se anunciaba como una carta que les había dirigido el escritor chino Yan Lianke a sus estudiantes de posgrado de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hong Kong en su primera clase virtual. Era un sentido encomio a conservar la memoria individual como herramienta principal



del escritor: “Si los periodistas no describen lo que ven ni los escritores relatan aquello que recuerdan y han vivido... ¿quién podrá venir a decirnos en qué consiste la vida humana, nuestra realidad, nuestra verdad y nuestra existencia individuales en este mundo?”. Hablaba de conservar los recuerdos individuales como antídoto contra la memoria oficial: “Hemos de hablar desde la memoria. Si no expresamos nuestros miles de recuerdos individuales, la memoria colectiva, estatal y nacional siempre ocultará y modificará, por razones históricas, nuestra memoria individual... Es por esto por lo que espero que todos vosotros, todos quienes hemos atravesado por esta epidemia, logremos conservar la memoria cuando todo termine”. Me tomé la invitación de forma personal, después de todo, quizás sí valía la pena hacer un diario.

Ya completamente evadido de mi papel de profesor, desperté mi recuerdo individual de periodista y empecé a pensar en cómo darles continuidad a unas conversaciones virtuales que habíamos empezado en *Universo Centro* el domingo anterior –que llamamos “Conversa en Cuarentena” (sí, con Q, cuestiones del aburrimiento)–. La primera “conversa” fue con dos médicos intensivistas locales que pasan la mayor parte de sus vidas en unidades de cuidados intensivos pediátricas y de adultos. Se me ocurrió que podíamos seguir al domingo siguiente con un par de rectores de universidad, una pública y una privada, para que contaran cómo se habían adaptado a tener sus campus cerrados, con los salones vacíos y cientos de profesores desde sus casas dictándoles clases a decenas de

miles de estudiantes a los que de repente la universidad se les había metido al rancho.

Dudoso de si volver al oficio editorial de hacerles procedimientos invasivos a los textos de los estudiantes e intentar conectarlos a un respirador que les soplara vida a sus relatos –los mismos estudiantes con quienes el día anterior había tenido la primera clase virtual de mi vida y a quienes les había dicho que estos eran tiempos de ser flexibles–, me acordé de mi amigo Marcel Ventura, un editor de verdad, que el fin de semana me había mostrado, en tiempo real vía WhatsApp, cómo ahogaba en alcohol (etílico, no antiséptico) su encierro de semanas en su apartamento de Barcelona. Le escribí y le pregunté si le sonaba la idea de que hiciéramos una conversación por Skype sobre su encierro en España y que si le parecía bien que invitáramos a Andrés Felipe Solano, el escritor colombiano que vive en Seúl. Se emocionó mucho con la propuesta –creo que se lo tomó como si lo hubiera invitado al bar– y me contó que precisamente le estaba editando un libro a Solano sobre la crisis del COVID-19 en Corea del Sur. Con primicia literaria incluida me pareció más pertinente que la charla con los rectores, quizás todavía muy abrumados. Aunque en Seúl eran las tres de la mañana, Marcel le envió un *wasap* a Solano para invitarlo a la charla. La nueva Conversa en Quarentena estaba cuadrada y ya era hora de almorzar un recalentado de chile con carne de la noche anterior.

En la tarde, mientras miraba en la cuenta de Instagram de *Universo Centro* cómo se comportaba una entrada que habíamos

publicado sobre una visita a un desolado Barrio Triste, recibí un mensaje de voz de WhatsApp de Papá Giovanni, ex mecánico automotriz de ese mismo barrio, líder por un tiempo de la población indigente, y luego asombrosamente transformado en director de cine: “Por aquí volteando desde este celular, le estoy ayudando al Mocho y al Ojón, que son tirados en carretera, y ya no tengo nada para darles o me quedo yo mirando pal techo, pero me acabó de escribir Lady Tabares (la protagonista de *La vendedora de rosas*), que está sin nada, intenté conseguirle algo con una gente de la Alcaldía, pero ayer dieron unos minimercados y los regalaron en El Pesebre, la idea es si de pronto vos, un amigo o una amiga tuya le quieren donar algo a Lady, lo hacen si quieren de manera personal para que esa pelada coma en la casa, a uno le da es putería todo esto, y bueno, eso era, y si no, tranquilo, seguimos siendo hinchas del Medellín, no seas hijueputa con el poderoso”. A veces las conversaciones que tenemos en la vida real parecen regidas por el mismo algoritmo que le empieza a mostrar a uno en redes sociales ofertas de zapatos cuando uno estaba pensando en cambiarlos.

La ciudad pedía ayuda a gritos. El miedo al virus había desatado y sacado a la calle la fragilidad de una sociedad que evita tanto como puede enfrentarse a sí misma. Lo mejor y quizás lo único que podía hacer desde mi encierro era intentar ser un profesor no infeccioso y conseguir que mis estudiantes de periodismo se dejaran tocar por esa intensa realidad de la calle y que algunos estábamos viviendo en confinamiento. El

segundo relato que edité me reconcilió y me entretuvo un buen rato. Era la historia de una transexual que se prostituía con extranjeros en un hotel de lujo. Tenía fuerza, ritmo, empatía y, además, apenas tenía errores. Leerla me dio una bocanada de aire fresco y me animó a enviarle al grupo de WhatsApp de los estudiantes una nueva publicación de John Restrepo, esta vez en el Instagram de @casadiversac8 (la fundación que dirige), en la que ahora pedía solidaridad con “los miembros de la comunidad LGBTI en estado de vulnerabilidad”. Un equipo de estudiantes estaba trabajando con población trans y el aviso les abría la posibilidad de acercarse a una realidad difícil en medio de una pandemia nunca antes vivida por ninguno de nosotros.

Algunos miembros del equipo la recibieron con preocupación y tristeza, una integrante hizo una donación casi inmediata. Le escribí a John diciéndole que los estudiantes lo iban a contactar. Al final de la tarde me contestó: “Mil gracias, estamos tratando de generar ayudas de todas las estrategias y formas. Estamos haciendo dos cosas, una está encaminada a Esfuerzos de Paz, donde tenemos las siguientes situaciones: cuatro adultos mayores en situación de abandono, porque vivían de estar en la calle pidiendo, los tenemos en la casa con los vecinos poniéndoles ojito para que no salgan; y tenemos población venezolana que trabaja de manera informal, dos y tres familias en un solo hogar, y la población del territorio. El tema principal es el de los servicios públicos, como la mayoría de la población tiene contador prepago, por no decir todos, si no tienen con qué conseguir el diario y no tienen con qué hacer

la recarga de dos o tres mil pesos diarios están embalados. Ayer teníamos cuatro sin energía. Con cincuenta mil pesos que nos habían dado logramos hacerles la recarga. Imaginate la gente en hacinamiento, encerrada y sin luz. Y tenemos otra acción para la población LGBT, especialmente para las chicas trans que no tienen con qué pagar el hotel y no tienen comida”.

En medio de tanto sufrimiento, yo estaba contento. Había puentes de solidaridad tendidos y los estudiantes sentían que podían ser útiles. Me puse a editar un relato más, una historia de grafitis hechos por mujeres en la comuna 13. La edición fluía con mucha más tranquilidad que por la mañana. A eso de las siete, John me envió el tráiler de un programa de televisión en el que aparecería y que transmitirían por Teleantioquia a las diez y media de esa noche. Otro motivo de alegría. Terminé de editar el texto y me fui a la cocina. Mi segundo hogar en cuarentena. Debía gastarme un pollo que había puesto a descongelar hacía un par de días.

Estaba comiéndome unos trozos de pollo asado con salsa pesto cuando cerca de las nueve de la noche recibí un mensaje de WhatsApp de la fotorreportera Natalia Botero. Era un mensaje reenviado y decía: “Urgente, hirieron con arma blanca en la comuna 8 a John Restrepo de Casa Diversa, en este momento está en urgencias de una clínica de Medellín, solidaridad. Repliquemos para que la gente se informe”. Tuve que volver a leer. Inmediatamente llamé a Natalia para preguntarle por la procedencia de la noticia.

El mensaje circulaba en chats grupales de periodistas. Katalina Vásquez, de *Generación Paz*, tuiteó minutos después:

“Lamentamos informar que John Restrepo, líder social, fue atacado esta noche en Medellín con arma blanca y está herido de gravedad. ¡Ni en la cuarentena para el ataque a nuestros defensores de derechos humanos! @QuinteroCalle exigimos respuestas y protección”. Iluso, marqué el celular de John, con la esperanza de que quizás su hermana o alguien conocido contestara. Correo de voz. Reenvié el mensaje original de Natalia a todo el que se me ocurrió podía ayudar: periodistas, concejales, líderes sociales y culturales. Y a mis estudiantes, que respondían con emoticones de manos en posición de oración, corazones y buenos deseos de recuperación. Difícilmente iban a tener una lección de periodismo igual.

Pasaban los minutos y me llegaban mensajes reenviados, con alguna esperanza. John Mesa, de la Mesa por la Paz, decía que se estaba estableciendo un perímetro de seguridad, pero que la situación era delicada y los compañeros de John por miedo se negaban a dar información de su paradero. *Generación Paz* volvió a tuitear: “Acabamos de conocer un audio de @PoliciaMedellin donde informa que está fuera de peligro y que será puesto en una ruta de protección ¡Gracias a Dios que está bien! A cuidar a John y a todos nuestros líderes”. Respiré un poco. El mensaje de la Policía era de la capitana Claudia Mejía, coordinadora de la Oficina de Derechos Humanos, que decía que había hablado con él y tenía tres heridas con arma blanca que “no reviste gravedad, ya fue atendido en la Clínica del Rosario, está fuera de peligro, vamos a continuar con la ruta de atención y protección para el señor, vamos a estar

muy atentos y se va a hacer el despliegue de la ruta tanto institucional como interinstitucional”. El concejal Daniel Duque me reenvió un audio del general Camacho, comandante de la Policía Metropolitana: “Ya estamos al frente de eso, posiblemente lo den de alta, mañana le informo a la UNP<sup>1</sup> a primera hora y ya tenemos gente de la Sijín investigando qué pudo haber ocurrido”.

Pasadas las diez de la noche, el concejal Duque me dijo que había logrado hablar con John y que se encontraba fuera de peligro. Minutos después, Casa Diversa sacó en redes un comunicado oficial: “John Restrepo ha sido víctima de un atentado contra su vida, cuando se encontraba en su vivienda la noche de hoy (25 de marzo), atendiendo a la cuarentena obligatoria... Este hecho revictimiza a una persona y a una organización. La Mesa LGBTI de la comuna 8 fue reconocida como primer sujeto de reparación colectiva LGBTI y hoy denunciamos, desde Casa Diversa, nuevamente un acto que intenta aniquilar nuestra existencia, liderazgo y diversidad. Exigimos protección y garantías de no repetición. Esto sucede en el contexto de las otras vidas perdidas de líderes sociales en lo que va del año”.

John llevaba semanas amenazado por su condición de presidente de la JAC de Esfuerzos de Paz, apetejada por viejos líderes de combos delincuenciales que luego de salir de la cárcel vienen retomando el control territorial de la comuna. Su situación no había sido atendida por las autoridades y en el estallido de la pandemia se había dedicado a alivianar las desgracias de su gente. Cuando la vida de toda una comunidad

---

<sup>1</sup> UNP: Unidad Nacional de Protección.

de repente está amenazada es fácil dejar de percibir los riesgos propios. Muchos líderes no se dan cuenta cuando la pandemia de la violencia social los ataca sin darles ni siquiera el chance de llegar a una unidad de cuidados intensivos. En esta pandemia la ciudad pide a gritos que le ayuden, pero quienes salen en su alivio terminan hospitalizados por causa de otro virus. Por lo menos vale la pena llevar un diario para que los recuerdos individuales de esta crisis no se pierdan en la volatilidad de nuestros mensajes virtuales.





# “Sublime”.

## Un pliegue matemático para la historia de estas emociones

*Por Carlos Andrés Salazar Martínez\**  
*y Olga Lucía Quintero Montoya\*\**



---

\* Candidato a doctor en Humanidades, magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT y profesor de cátedra en esta misma universidad.

Correo: [csalaz22@eafit.edu.co](mailto:csalaz22@eafit.edu.co)

\*\* Doctora en Ingeniería de Sistemas de Control de la Universidad Nacional de San Juan y profesora de la Universidad EAFIT.

Correo: [oquinte1@eafit.edu.co](mailto:oquinte1@eafit.edu.co)



-1-

La detección automática de estados afectivos en textos ha hecho carrera como una de las herramientas fundamentales para el procesamiento de altos volúmenes de información. Los modelos matemáticos que la hacen posible han otorgado la capacidad de realizar análisis y tomar decisiones en ambientes de alta complejidad. Este tipo de estrategias ha permitido que, en Internet, por ejemplo, determinados intermediarios sociales tengan la capacidad de monitorear cambios en nuestra conducta o en nuestros estados de ánimo.

Algoritmos de este tipo han sido construidos a partir del conocimiento de expertos en emociones, quienes, desde Darwin y su preocupación por determinar la importancia que tienen como dispositivos evolutivos, han buscado identificar y comprender las diferentes formas en que se expresa cada una de ellas a nivel facial, vocal o neuronal. Si bien es cierto que las teorías modernas de las emociones no han establecido acuerdos con respecto a su universalidad, la mayoría de ellas promulgan la necesidad de hacer su análisis en contexto. Así se atiende, particularmente, a la intensidad con la que se responde frente al estímulo –que puede ir de la excitación a la

somnolencia– y el nivel de valencia –que puede ir de lo agradable a lo repulsivo– como características fundamentales para su interpretación.

Este par de precedentes hacen que en momentos de gran incertidumbre, como en el que estamos inmersos, los modelos matemáticos de detección de emociones requieran de una metodología adecuada, para ubicar sus resultados en la dimensión social y cultural. Este es el motivo para que el estudio histórico de las emociones diga “presente” y oriente la formulación de objetivos y conclusiones en el marco de los grandes proyectos de análisis de datos. De esta forma, la convergencia entre estos campos de investigación permitirá entender y orientar la toma de decisiones, en medio del profuso conjunto de información generado por la pandemia.

–2–

La humanidad ha quedado en vilo. El vertiginoso movimiento de la cotidianidad parece haberse detenido, y ha dado paso a la necesidad imperiosa de salvar vidas. El afán por la última noticia y la esperanza de una solución definitiva se confunden con el tedio de la inmovilidad y la impaciencia producida por la necesaria cautela del obrar científico. Todas aquellas sensaciones relacionadas con la percepción subjetiva del tiempo se truecan y nos sumen en un vacío cada vez más asfixiante.

Las respuestas, si es posible que haya alguna, parecen ahora provenir de todas partes: de los políticos, los vecinos insomnes,

las películas postapocalípticas y –como en una buena tragedia griega– los repartidores de domicilios. Sin embargo, en este mundo, donde hace mucho tiempo la paciencia dejó de ser una virtud, aprenderemos, a la fuerza, a esperar las soluciones. También, a percatarnos de lo fundamental, es decir, del trabajo silencioso de los científicos, de su tenacidad para evitar la propuesta de soluciones sin una validación previa, de su valentía ante los abundantes fracasos que supone todo estudio de tipo experimental y de su humildad frente al éxito.

Mientras tanto, la historia de las emociones tendrá en esta cuarentena global uno de sus capítulos más significativos. Así, pasaremos toda la década reconstruyéndolo, repasándolo y releuyéndolo. Es difícil pronosticar cuál será el resultado, en qué clave será escrita esta parte de la historia. Mucho más luego de esta mezcla inusitada de emociones colectivas a escala global. Un fenómeno complejo que requerirá de la historia su amistad con el análisis masivo de datos, para determinar cómo los estados afectivos, por ejemplo el miedo o la esperanza y la angustia o el buen humor, se viralizan a medida que las cifras de contagio se multiplican por el mundo.

Será necesario el modelamiento matemático para entender tanto la incertidumbre en que nos ha sumido la dispersión del virus, como el tránsito de aquellas metáforas de la enfermedad. Estas ayudaron a construir contenidos reales o ficticios, para propiciar la instauración de la angustia o la confianza a nivel planetario. Y serán necesarias las *humanidades* para explicar por qué las metáforas del virus, como lección o como

castigo, participan de las formas de comprender la enfermedad, rebasando los límites de la explicación evolutiva de los gérmenes. Así, estos análisis se imponen como formas de comprensión ante las que el tejido social levanta la mano para decir algo al respecto. En última instancia, las humanidades explicarán la manera en que dicho tipo de metáforas hacen que un fenómeno, del que emergen tantos e inesperados interrogantes, encaje en el relato de nuestra existencia, teniendo las explicaciones científicas como un correlato indispensable.

Lograr la integración metodológica de estos saberes plantea un desafío para las escuelas e instituciones. De lograr su convergencia, nos acercarán a entender si la curva de propagación de la enfermedad tiene una inclinación hacia alguna de dichas metáforas, si hay alguna correlación entre ellas y nuestra depresión o nuestra resiliencia, con el pánico apocalíptico o la contemplación zen. Quizás de esta manera, por ejemplo, sea posible explicar los patrones de comportamiento que nos han llevado al repudio o a la solidaridad, al desacato o a la obediencia.

Es muy pronto para aventurarse por el camino de las conclusiones. Quizás el recuerdo de este acontecimiento impregnado en la cultura sea de un profundo rencor o de una sentida nostalgia. Pero planteará, tanto para las humanidades como para las ciencias experimentales, el desafío de construir un sistema de pensamiento conjunto. En este, las formas en que se acepta el caos pueden ser analizadas de manera conjunta, para ofrecer respuestas a los correlatos extendidos de

los gradientes, vectores y ritmos de contagio, y circulación y recepción de estados afectivos a escala planetaria.

Este nuevo capítulo de la historia de las emociones se escribirá no solo desde la perspectiva filosófica, histórica, literaria, sociológica o psicológica. Necesariamente, tendrá que estar acompañado de las claves neurobiológicas, evolutivas, médicas, computacionales y matemáticas que permitan entender, en su complejidad, las consecuencias y resultados de esta época de aislamiento global. Dicha investigación no requerirá violar los límites de la libertad, un fantasma que se ha cernido sobre el uso que los intermediarios sociales hacen de nuestros datos y que se instituye como otro de los grandes desafíos. No, la información pública será suficiente para entender la circulación de las metáforas que promueven determinados estados afectivos.

Así, los ejemplos concretos del par de metáforas que han tomado fuerza como explicación de la razón de ser del virus, como *lección* y como *castigo*, se encuentran en una diversidad de fuentes. Por ejemplo, un análisis exclusivo de los títulos que componen las “Notas Ciudadanas” de *Las2orillas* –espacio distinguido por la diversidad de sus autores– permite verificar que desde el comienzo de la pandemia –el primer registro oficial de un paciente con el COVID-19 en Colombia data del 6 de marzo de 2020– hay una inclinación por tratar el tema considerando ambas perspectivas.

Sobre la metáfora del virus como *lección*, los títulos reflejan, a través de verbos como *enseñar*, *repensar*, *replantear* o de



imágenes que aluden a la falta de visión –espejismo o ceguera–, la manera en que el virus es una instrucción o un elemento por el cual se nos revela una verdad (las cursivas son nuestras):

- “Coronavirus: una oportunidad de *replantearnos* como civilización”, por Jorge Eric Palacino Zamora, publicado el 16 de marzo de 2020, <https://bit.ly/35zZMXS>
- “Lo que nos llegó a *enseñar* el coronavirus”, por Federico Díaz, publicado el 18 de marzo de 2020, <https://bit.ly/2L8cqDT>
- “El coronavirus: una oportunidad de *repensarnos*”, por Walter Mauricio Bermúdez, publicado el 20 de marzo de 2020, <https://bit.ly/2zjcr5y>
- “Todo fue un *espejismo*”, por Fernando Botero Valencia, publicado el 26 de marzo de 2020, <https://bit.ly/2YE0vpq>
- “Las *enseñanzas* que nos deja el COVID-19”, por Miguel Bettín, publicado el 27 de marzo de 2020, <https://bit.ly/3dnBHGu>
- “La *ceguera* que hemos perdido con el coronavirus”, por Allison Gutiérrez Núñez, publicado el 3 de abril de 2020, <https://bit.ly/3fnApgh>

De otro lado, la metáfora del virus como castigo tiene una representatividad en los títulos a través de expresiones como *víctima*, *precio a pagar*, *merecimiento*, *miedo* o *condena*. Uno de los puntos relevantes de esta metáfora está relacionado con el hecho de que es la naturaleza, el planeta en suma, el que nos está juzgando por nuestro mal comportamiento y ha utilizado

el SARS-COV-2 como correctivo (las cursivas también son nuestras):

- “Nuestro ego: la principal *víctima* del coronavirus”, por Héctor Galvis, publicado el 18 de marzo de 2020, <https://bit.ly/2zbcjVv>
- “El *descanso* del planeta por el coronavirus”, por Angélica Chacón Carrillo, publicado el 20 de marzo de 2020, <https://bit.ly/2L2ehu6>
- “¿El coronavirus es el *precio a pagar* por nuestra ignorancia?”, por Carlos Salazar, publicado el 24 de marzo de 2020, <https://bit.ly/3dsZyEN>
- “El *miedo* de los colombianos al coronavirus”, por Carlos Prada Duque, publicado el 1 de abril de 2020, <https://bit.ly/35E9Lvq>
- “Por fin la naturaleza *juzgó y condenó a su enemigo más mortal*”, por Wladimir Pino Sanjur, publicado el 1 de abril de 2020, <https://bit.ly/2A5sUup>
- “¿Qué hicimos tan mal para *merecer* este virus?”, por Valeria Marmolejo Cuéllar, publicado el 2 de abril de 2020, <https://bit.ly/35BGzVH>

Evidentemente, el análisis cualitativo de estos titulares se produce a medida que la curva que informa sobre el número de contagios comprobados en Colombia va en ascenso. En medio de la tragedia será pertinente estudiar cómo, en paralelo con ella, habrá una inclinación social o colectiva hacia una u otra metáfora. Así, se imponen estados afectivos tan diferentes como

la humildad ante la lección del maestro o el sometimiento ante el castigo de la autoridad. O, quizás, al final, sea posible que las dos circulen con tanta profusión que sus líneas se desvanezcan para ejercer, en conjunto, una labor explicativa de este periodo histórico a nivel social y cultural.

Así, por un lado, las humanidades pondrán en contexto y subrayarán la importancia del uso de las metáforas para comprender esta crisis. Mientras que, por otro, las ciencias de la computación permitirán el estudio de su circulación a través de las verdaderas redes sociales –los clanes, los equipos de trabajo, las familias o la academia–. Los modelos matemáticos, que posibilitan el *procesamiento del lenguaje natural* o permiten realizar un *análisis afectivo de textos*, están llamados a ser una herramienta de vital importancia para implementar un estudio histórico de este fenómeno social en toda su complejidad. Estos mismos modelos matemáticos nos permiten, al fin y al cabo, realizar el análisis de treinta mil artículos científicos liberados en las bases de datos indexadas, para encontrar soluciones basadas en la experiencia acumulada de médicos e instituciones, con respecto a la prevención, el diagnóstico, el tratamiento y los ritmos de contagio de virus parecidos al SARS-COV-2.<sup>1</sup>

Como ejemplo de su utilidad frente a la cantidad masiva de información producida a diario –necesaria para construir este nuevo capítulo de la historia de las emociones–, se realizó la extracción, a través de la interfaz de programación de aplicaciones (API, por sus siglas en inglés) de Twitter, de un conjunto de 100.000 tuits en español, entre los días 31 de marzo

---

<sup>1</sup> Véase al respecto COVID-19 Open Research Dataset Challenge (CORD-19), <https://bit.ly/2SI3TvB>

y 4 de abril de 2020, relacionados con alguno de los siguientes criterios de búsqueda: “#Covid-19”, “#Covid19”, “Covid-19” y “Covid 19” –5.000 tuits al día por cada uno de ellos–. Este ejercicio permitió, a través de un filtro de expresiones regulares (RegExp Filter), encontrar algunos de aquellos tuits relacionados con las metáforas estudiadas. Por ejemplo, sobre el virus como lección:<sup>2</sup>

- “La pandemia de la COVID-19 ha revelado que somos capaces de realizar cambios radicales en un tiempo récord. El acercamiento social con aislamiento físico puede enseñarnos que dependemos unos de otros”, publicado por [@Lcuernos](#), el 2 de abril de 2020.
- “El COVID-19 le da un respiro a la Tierra que tanto necesitaba, bajaron las emisiones contaminantes en todo el mundo, animales silvestres toman las calles desoladas por la cuarentena, quién lo iba a decir, un virus mortal ayudando a la Tierra a darse un respiro. Naturaleza sabia”, publicado por [@xicohttp](#), el 31 de marzo de 2020.
- “¿Recuerdan cómo eran sus vidas antes del coronavirus y la cuarentena? ¿Se van a seguir quejando por tener que ma-  
drugar para ir a trabajar o estudiar? ¿Van a seguir dejando para después las cosas que pueden hacer hoy? Que esto del COVID-19 nos haya enseñado a valorar el tiempo”, publicado por [@djgeorgejb](#), el 31 de marzo de 2020.

O sobre el virus como castigo:

- “Tengo un sentir y quiero expresarlo, hay personas en este mundo que no merecen ni respirar. Son tan envidiosas,

---

<sup>2</sup> A todos los textos de los tuits que se incluyen en este capítulo se les corrigieron las faltas ortográficas.

tóxicas e hipócritas que no quieren que le vaya bien ni a su propia sangre. Deseo que este momento Dios toque su corazón y cambien porque el #covid19 te espera #cambia”, publicado por [@JuanKMejiaC](#), el 3 de abril de 2020.

- “Ustedes se dieron cuenta que Messi solo del sueldo de Barcelona cobra casi 700 millones de pesos x mes. este mundo está loco, nos merecemos 1000 virus peores al COVID-19”, publicado por [@VickyBarreras](#), el 2 de abril de 2020.
- “¿@NatGeoEsp Es verdad que esta nueva neumonía COVID-19 fue inventada en un laboratorio? De todos modos me parece justo para la fauna por el salvajismo visto en China contra perros y gatos, es escalofriante el maltrato animal expuesto en redes sociales”, publicado por [@Narda\\_vm](#), el 2 de abril de 2020.

Sin embargo, para rastrear información, en medio de la complejidad propia de intermediarios sociales como Twitter, serán necesarios modelos matemáticos que superen este simple filtro de búsqueda. Sistemas de *clusterización* o clasificación, tanto supervisados como no supervisados, permitirán encontrar los eslabones necesarios para entender este fenómeno histórico en su verdadera proporción. La expectativa es viajar por países, idiomas y culturas para encontrar los ritmos de transmisión del virus y el desencadenamiento de estados afectivos, además de cómo estos influyeron de una u otra forma en la manera en que se tomaron las decisiones respecto a la contingencia.

En esta misma vía, y para darle continuidad al análisis, se tomaron los 25.000 tuits relacionados con la etiqueta “#COVID-19” del conjunto de datos, y se localizó un total de 202 tuits que tenían como lugar de origen Colombia. Por medio de modelos de análisis afectivo –en Python Orange3– se halló un gráfico conocido como “mapa de calor” con agrupación jerárquica, que distribuye cada uno de los comentarios de acuerdo con su nivel de valencia –la condición de atracción o aversión que genera un estímulo determinado–. De acuerdo con el modelamiento, el rango entre el tuit con valencia más negativa y aquel con valencia más positiva está comprendido entre  $-17,65$  y  $6,94$ , es decir, la repulsión –en este conjunto de datos– gana en intensidad al agrado, de acuerdo con el modelo matemático. A su vez, se pudo establecer una mayor cantidad de tuits que compone el conjunto de los negativos que la del conjunto de los positivos.

A saber, el tuit más positivo se encuentra vinculado al castigo que nos ha impuesto la naturaleza por medio del virus en su necesidad de preservarse y recuperarse:

- “El #Covid\_19 tuvo algo bueno, nos guardó para darle un respiro a la Tierra y nos permitió ver por primera vez con claridad y nitidez esta ciudad. #Medellín ¡Una belleza increíble!”, publicado por [@pollotijeras](#), el 1 de abril de 2020.

Mientras que en el amplio conjunto de los tuits negativos, el tercero de ellos en intensidad, con  $-13,95$ , está relacionado con nuestra falta generalizada de solidaridad:

- “Van más de 58.000 muertos por el COVID-19 en el mundo, y en Colombia van más de 56.000 multas por incumplir las normas creadas para el aislamiento. Como humanidad somos la puta cagada!”, publicado por [@diegochaustre](#), el 3 de abril de 2020.

En este punto es posible sostener que los modelos matemáticos construidos hasta ahora no son capaces de dar cuenta de actos de habla indirectos, como la ironía o las preguntas retóricas, que a su vez explicarían otro tipo de estados afectivos. Pero esto no debería excluirlos como un recurso válido y necesario para el inicio de la empresa de elaborar una historia cultural, a escala global, de este momento tan particular para nuestra especie. La búsqueda de respuestas, frente al caos inherente a sistemas culturales sin nichos geográficos, aguarda por una metodología que armonice los intereses de las humanidades y las capacidades del procesamiento de datos. Para, así, ponerlos al servicio de problemas como la toma de decisiones, la salud mental, las noticias falsas y la lucha contra la propagación de los virus.

-3-

Al final, la combinación de los estados afectivos emergentes en las metáforas con las que entendemos el virus se encuentra en una especie de balance. Un equilibrio entre sentirnos en medio de un ejercicio que a la vez ilumina y condena, a la vez deleita y duele, a la vez nos enseña y señala, a la vez nos libera

y somete. Es por eso que este nuevo capítulo de la historia de las emociones, cuyas primeras páginas aparecerán en poco tiempo, nos recordará la técnica de lo “sublime” utilizada en el Romanticismo para el tratamiento de ciertos desequilibrios mentales. En ella –acompañados de la descripción que hace Javier Moscoso– la alternancia entre el dolor y el placer era el recurso terapéutico primordial. De la misma forma, nuestra comprensión de la pandemia se debate entre una metáfora esperanzadora y otra vergonzante.

A saber, el famoso tratamiento decimonónico estaba constituido por dos tipos de ejercicios. El primero estaba compuesto por paseos a las cimas de las montañas para que tanto el sufrimiento de la escalada explicitara la magnificencia de la naturaleza, como el placer por nuestra capacidad para seguir adelante posibilitara la educación de nuestras pasiones y sentidos. El segundo consistía en visitar ruinas para que, ante la comprobación y el sentimiento producidos por su contemplación, se aliviaran las cicatrices que deja el paso del tiempo en nuestra memoria, puesto que se harían patentes el fracaso de la ambición y la desaparición de la gloria.

De esta manera, el tratamiento de un deseo sin medida, como el de la sociedad en la que hemos vivido hasta ahora, debería contemplar el contraste planteado en esa técnica decimonónica como una estrategia necesaria para desechar nuestras agendas y afrontar el destino esperado. Destino en el que la escasez de aire está relacionada tanto con la contracción como con la contención del virus y, además, en el que las huellas de nuestra codicia y nuestros triunfos estarán por igual



en Internet. En poco tiempo, el ejercicio de lo “sublime”, aunque sea impuesto, podría construir una sociedad humilde ante las proezas de la naturaleza y convertirnos en una de las pocas civilizaciones capaces de levantarse sobre los despojos de sus propias ruinas.

El tiempo para nosotros también ha sido romano, como dice el poeta. Hemos conocido el esplendor de nuestras capacidades y la destrucción de nuestros propios espejismos. Hemos atesorado objetos, ideas y pasiones que ahora parecen carecer de sentido. Y hemos amado, como quien más ha querido, nuestra capacidad para ralentizar la marcha de la entropía. Nos hemos reconfortado, como si fuera suficiente, con nuestra propia existencia. Sin embargo, encontrar una solución que insufla de nuevo la esperanza podría surgir de la capacidad demostrada por nuestro mundo para dejar de hacerse escombros mientras más lo construimos.

-4-

Este ensayo no es más que la propuesta inicial para una convergencia urgente. No aspira a ser definitivo. Es parte de una labor permanente y de una preocupación que nos debería unir como intelectuales. La búsqueda de respuestas, la generación de reflexiones, la construcción de propuestas en medio de la innumerable cantidad de variables que constituye todo sistema complejo –por ejemplo, las dinámicas afectivas y la propagación de un virus– exigen de la academia la ca-

pacidad para disolver las líneas entre sus escuelas y dar así paso a la generación de todo tipo de vasos comunicantes entre ellas.



# Habitar poéticamente el ciberespacio. Digresiones optimistas en tiempos de confinamiento

*Por Mauricio Vásquez Arias\**  
*y Lorena Avilés Romero\*\**



---

\* Candidato a doctor en Diseño y Creación de la Universidad de Caldas y profesor de la Universidad EAFIT.

Correo: [mvasqu23@eafit.edu.co](mailto:mvasqu23@eafit.edu.co)

\*\* Diseñadora de experiencias en United Way Colombia.

Correo: [laviles@uwcolombia.org](mailto:laviles@uwcolombia.org)



## 1. Contra el pesimismo cybermonopólico

*#habitarpoéticamenteelciberespacio*

(Entrada para Facebook)

Este es el momento en el que las lecturas del primer Foucault se volvieron a poner de moda, y los términos *vigilancia*, *control* y *corporaciones* están al orden del día.

Parecería que se olvidó la lectura del poder como una red en la que no solamente somos objetos de opresión, sino además agentes con potencia instituyente. Por la paranoia declarada, parecería que apenas en las últimas semanas nuestra sociedad está generando datos masivos: basta advertir que desde los sistemas de fidelización de los comercios (puntos Éxito, por ejemplo) hasta las historias clínicas de las instituciones prestadoras de salud, pasando por los retiros de cajero electrónico que hacemos cuando nos llega nuestro sueldo, están generando datos de manera masiva que son usados desde hace bastante tiempo por las fuerzas del comercio y el capital (y no tenemos que estar hiperconectados como en los últimos días). Estos son los mecanismos equivalentes a los que antaño se operaron a través de los censos y la estadística.

Es particular la manera en que se critica la producción masiva de imágenes digitales que se cran usando recursos y medios electrónicos, como la edición no lineal, los tituladores, los bancos de imágenes, a las que no se hubiera accedido en otro momento con tal facilidad sin la existencia de Internet –sobra decir que estos contenidos se difunden por canales fundamentalmente digitales–, y que los mismos que cuestionan estos mecanismos son teleconferencistas y cabezas parlantes educativas en las casas y habitaciones de sus estudiantes.

Parecería que no queda otro camino que desconectarnos y optar por el retiro al idílico jardín zen. Sin embargo, estas semanas algunos hemos visto otras cosas: el surgimiento de redes de colaboración y ayuda entre maestros, estudiantes y ciudadanos para salirle al frente a las nefastas consecuencias del confinamiento; el posicionamiento de saberes cons-truidos colaborativamente sobre principios de inteligencia colectiva y cultura libre, estimulando y animando desde la trinchera digital; así como la potenciación de estrategias de trueque y sistemas cooperativos propios de la crisis, en los que advertimos la abundancia del capital social y la creatividad conectada. Respiradores impresos en 3D, ingenieros de garaje adaptando mascarillas y otros aditamentos clínicos, yoga por telepresencia y clases de baile a través de Zoom son algunas de las manifestaciones concretas de lo que acabamos de mencionar.

Afortunadamente hay otros lugares desde los cuales pensar: las ideas del mismo Foucault, en las que se reconoce la capacidad de ejercer poder en las redes que configuran el mismo

a través de micropolíticas diversas; las ideas de Michel de Certeau, el viejo jesuita, que evidenció las potencialidades de los modos de hacer y las formas de invención de lo cotidiano, incluso en los márgenes más estrechos proporcionados por el poder opresor. Según estas ideas, siempre habrá lugares de caza furtiva en los terrenos del rey e, incluso, en los dominios de las megacorporaciones y de los monopolios surgidos de Silicon Valley.

Nos parece también escuchar a Reinghold (2004) ensalzando las potencialidades de las multitudes inteligentes, y a Negri y Guattari retomando la idea de *general intellect* como base del trabajo de “un productor social, dueño de los propios medios productivos y capaz de expresar, conjuntamente, trabajo y proyecto intelectual, actividad innovadora y socialización cooperativa” (Guattari y Negri, 1999, p. 18). Así mismo, la preciosa alegoría de Serres, quien en su *Pulgarcita* (2013) recrimina el espíritu carroñero de esa filosofía que siempre llega tarde y con espíritu aciago a las transformaciones de la sociedad, la educación y la cultura que no ha ayudado a construir.

Serres, filósofo-poeta, en su modesta senectud de abuelo, por el contrario, muestra las formas en las que esas nuevas subjetividades operan y componen mundo, entre otros a través de dispositivos móviles y táctiles, y los modos en los que han proporcionado otras formas para entender la educación y el saber.

Tenemos esperanza, aunque reconocemos las dificultades y complejidades del mundo que se está alzando frente a



nuestros ojos. Pero creemos que la red y el ciberespacio son un lugar de tensiones y, sobre todo, un espacio de construcción social creativa que será el resultado de nuestras formas de trabajo, imaginación, existencia y resistencia. Es momento de atender a un viejo filósofo alemán que invitaba, en tiempos de reconstrucción después del desastre, a *habitar poéticamente* (Heidegger, 1994). Nuestro deber o, mejor dicho, nuestro poder, es ahora reconstruir ese excedente, ese margen impensado e instrumentalizado que denominaron los escritores de ciencia ficción como ciberespacio y, sobre todo, es nuestra labor habitar en él creativa y poéticamente.

Lamentamos el optimismo, pero es el talante con el que debemos hacernos, aprovisionarnos en estos tiempos de escasez, para decirles a nuestras dos pequeñas hijas que estar acá (pero también salir de aquí a través de la virtualidad) tiene sentido, y que el futuro es posible, que hay esperanza, pero que depende de nuestra acción en el presente.

¡Buen viento y que el virus no los alcance!

## 2. Cabezas parlantes: *Futurama* a la puerta de la casa

#CabezaParlante

(Notas para un *podcast* inconcebible con música de fondo)

*Rodante delirante  
va la cabeza parlante  
palabras sin razón.*

*Borracho argumento criminal.*

*¡Sí, señor!*

*Bienvenido, amigo,*

*eres cabeza parlante conmigo*

“Cabeza parlante”, Parlantes



Código QR para acceder, en Spotify, al álbum de la agrupación Parlantes en el que se incluye la canción “Cabeza parlante”.

El *cuerpo docente*, actuando sin elementos en un espacio discursivo, poblado de lo que Johana Drucker denomina como *argumentos transmedia*, aparece como una cabeza parlante, forzada a entrar sin mediaciones a un espacio desconocido por algunos y despreciado por otros.

Por largo tiempo el dominio de los rituales escriturales y su exhibición pública a través de la clase pesó sobre cualquier otra forma mediática, nos dio la autoridad para corregir, examinar y sancionar las faltas, dentro de las reglas de juego de una tecnología que dominamos y que ha sido nuestro patrimonio. Pero el confinamiento ha traído como efecto de culata nuestra entrada a un régimen de signos y flujos en los que somos extranjeros, y hemos sido insertados en unos rituales para los que no estamos del todo entrenados.

Por años hemos retirado móviles del salón de clases, satanizado Wikipedia y condenado al ostracismo las redes sociales y demás formas de comunicación que no hacían parte del sistema legitimado de la academia. Hoy las relaciones se han invertido y nosotros somos los que entramos como invitados a un espacio ajeno, cuyas reglas básicas de cortesía a veces desconocemos, cuyos códigos éticos y proxemia nos son extraños; accedemos a una ecología cognitiva y a un escenario de comportamientos estéticos que difieren de los nuestros.

Nos educamos en el siglo XX con las teorías del siglo XIX para maravillarnos con los desarrollos tecnológicos del siglo XXI. Somos las cabezas modeladas por el sistema escritural gutenbergiano (Piscitelli, 2011) que al entrar en el espacio virtual materializan la imagen acuñada por *Futurama*, de Matt Groenig, en la que sujetos del pasado se preservan y perviven en urnas de vidrio para hacer presencia en el futuro.

La imagen satírica se ha hecho realidad en nuestros procesos de *educación remota de emergencia*, a través de herramientas que nos permiten estar telepresentes (Microsoft Teams, Zoom, Hangouts, Meet, entre otras). Los estudiantes no vienen a la universidad, nosotros entramos en sus casas y habitaciones sin el más mínimo desparpajo y con toda la inocencia del recién llegado, actuando como cabezas parlantes.

Pero no todo está perdido, es el precio que debemos pagar por nuestros años de soberbia libresca y, también, nuestra oportunidad para aprender de un entorno y una ecología de pensamiento que habíamos desconocido, minimizado o dejado simplemente a un lado.

En una publicación reciente en redes sociales, Maria Rocío Arango mostraba cómo el gremio docente ha enfrentado cambios significativos en las tecnologías de exposición, puesta en escena e inscripción pública de saberes. De este modo, como apunta la profesora Arango:

[...] hemos tenido que enfrentar cambios significativos en el modo de impartir nuestras clases. ¿Se acuerdan de las tarjetas perforadas? ¿Saben qué es eso? O, tal vez, se acuerden cuando llegaron los “acetatos” y tuvimos que aprender algo de diseño, a tener buena letra y nos equipamos con una mirada de marcadores de colores para que nos quedaran bonitos. Me acuerdo ahora de la primera clase de Excel que recibí faltando muy pocas semanas para graduarme; por ese entonces eso se llamaba de otro modo y las posibilidades que brindaba eran maravillosas pero limitadísimas. También eso lo aprendimos a manejar con presteza. Luego llegaron los computadores personales y aprendimos a manejarlos como ahora estamos aprendiendo a manejar la plataforma en la que tenemos que dar nuestras clases (2020).

No es otra cosa que un nuevo salir de aquí (la definición más sencilla de *virtualización* aportada por Serres, 1995), se trata de aprender a jugar un nuevo juego y reconocer sus mecanismos pragmáticos: contexto, modos de enunciación y, sobre todo, posibilidades de subjetivación. Otro salir de aquí buscando operadores de cambio: “Herramientas universales cuya construcción y cuya forma den paso o permitan la

transformación, aquí tenemos el intercambiador en una forma simplificada: al columpiarnos pasamos de la bajada a la subida o de enfrentarnos con la hierba a hacerlo con la vista al firmamento” (Serres, 1995, p. 34).

Pero no a todos nos corresponde perder la cabeza, por el contrario, debemos fabricarnos un cuerpo, aunque ahora ese cuerpo es virtual, como lo propone Don Ihde (2004); debemos hacernos con nuestros propios avatares, darles personalidad; afinar sus gestos con los recursos y herramientas que, más que simples cacharros, son, en términos de Patricia Cardona (2013), tecnologías de memoria, pensamiento y expresión y, después de ello, reconocer los lenguajes de esa retórica transmedia (Drucker, 2012) en la que habitan nuestros estudiantes para desplegar nuestras *performancias*: esas que están hechas mucho más que de palabras, aun cuando no nos damos cuenta, y que son materia de un tipo de diseño multimodal y, ahora, multiplataforma, característico del entorno cultural contemporáneo.

Es hora de encontrarnos con ellos en la virtualidad, columpiarnos entre el espacio blanco y negro de nuestros libros para dar lugar a nuevas vistas de eso que metafóricamente llaman la nube o el espacio digital en constante flujo. No se trata de otra cosa que de un nuevo cambio al que hemos sido abocados por la contingencia.

*¡Feliz y divertido viaje a la virtualidad: locos, delirantes, contagiadas cabezas parlantes!*

### 3. Esferas públicas virtuales y lugares aumentados

*#espacios híbridos*

(Cuasiensayo en tono tuitero)

Las mediaciones están vinculadas con formas de vida y expresión, su naturaleza es viabilizar el pensamiento, la acción social en una dimensión comunicativa en la que el diseño tiene un lugar fundamental en su sentido ontológico. Esta visión de los estudios culturales latinoamericanos implica un tránsito de la concepción determinista de los medios, a los modos sociales de apropiación de las tecnologías, claramente representada en los planteamientos de Jesús Martín Barbero (1998).

Esta concepción ontológica tanto del diseño como de la técnica, en tanto factores determinantes de hominización, tal y como los abordan Leroi-Gourhan (1971) y Duque (2019), nos lleva a replantear el peso dado históricamente a la actividad del diseño en términos objetuales, presenciales y de reproducción industrial, para pensar las dinámicas diversas de la virtualización y las lógicas requeridas en función de la multiplicidad humana y cultural de los territorios, los espacios comunicativos y los sujetos, y situarnos, justo ahora, en la necesidad puntual de garantizar el contacto entre comunidades de aprendizaje y el derecho a la educación en tiempos de confinamiento.

Esta visión implica considerar no solamente las instancias presenciales de la opinión pública como dimensión estructurante de la democracia moderna, sino además las

dimensiones virtuales de las esferas públicas constituyentes de los modos políticos de la contemporaneidad. Es decir, lo humano y lo social se construyen en los espacios de interacción comunicativa mediada tecnológicamente, de tal manera que las decisiones públicas sobre las tecnologías constituyen decisiones políticas sobre los modos de comunicar, deliberar, decidir y aprender.

Es en este sentido que, por ejemplo, llevar las políticas educativas al plano de lo digital, que no es igual a virtualizar, por lo menos en el horizonte en el que lo proponen Serres (1994) y Lévy (1999),<sup>1</sup> constituye una amenaza latente al derecho fundamental a la educación, dada la relación que esto tiene con acciones previas o, más bien, con omisiones vinculadas a regulaciones de dotación de infraestructura para la conectividad, a la no inclusión de Internet como un derecho fundamental pese a intentos legislativos (Valderrama, 2018) y a la nula o carente preparación de los docentes en el plano de las competencias mediáticas, digitales y tecnológicas en general; y también debido a la inadecuada caracterización de la población escolarizada en Colombia en términos de sus condiciones de acceso; todos estos aspectos amenazan ese derecho fundamental a la educación, aspecto al que hay que hacer frente con soluciones de diseño e innovación social.

Una concepción amplia de la tecnología y de la virtualización supondría, en términos de acción política, una ruta más clara para el desarrollo de acciones de educación remota de emergencia (Hodges, Moore, Lockee *et al.*, 2020) y, pos-

---

<sup>1</sup> Para la perspectiva de ambos autores *virtualizar* significa salir del lugar propio, extender y distender a través de la potencialidad y, no necesariamente, digitalizar. En el sentido en el que lo plantea Lévy, por ejemplo, lo virtual no constituye un término antagónico a la realidad, aunque sí para lo actual. Dicho de esta manera, lo virtual y lo actual se contraponen como dos aspectos constitutivos de lo real.

teriormente, para la virtualización efectiva de las experiencias de aprendizaje de manera equitativa, no solamente igualitaria, a través de tecnologías situadas, en una concepción que reconozca la diversidad del territorio, la diversidad cultural y las múltiples formas comunicativas y tecnológicas de encuentro que configuran el Estado-nación.

Arturo Escobar (2016) da pasos hacia una concepción más amplia de lo tecnológico y a su lugar en la configuración de modos diversos de estar y existir, en una visión ontológica que conecta la presencialidad con la virtualización posible mediante tecnologías diversas y contextualizadas, en un entorno de buen vivir, mutuo cuidado e interdependencia. Así, esos modos de estar y vivir resultan ser los marcos necesarios para pensar el diseño y su convivencia con la universalización tecnológica homogeneizante, por fuera de los vectores tradicionales de la modernidad. En esta dirección sugiere que

[...] la difusión de las tecnologías digitales ha empujado a los diseñadores a abrazar métodos sin precedentes para el diseño, basados [sic] en la interactividad y la participación de los usuarios; el diseño ha pasado a ser visto como colaborativo, plural, participativo y distribuido. El diseño, en suma, “se ha vuelto demasiado importante como para dejarlo en manos de los diseñadores” (Brown 2009: 8). Todo lo anterior requiere nuevos métodos, enfoques y formas de pensar –un nuevo “pensamiento de diseño” (Brown 2010; Cross 2011), no sólo una manera nueva de abordar la tarea en cuestión sino el mundo, más etnográfica y relacionamente. (Escobar, 2016, p. 26)



En la situación de pandemia actual en la que nos encontramos, la extensión del confinamiento, desde la perspectiva de diversos especialistas, tiene al menos dos modelos: 1) confinamiento tipo acordeón: dos meses de aislamiento y un mes de actividades regulares con distanciamiento social (Ferguson, Laydon, Nedjati-Gilani *et al.*, 2020); y 2) confinamiento inteligente: cuatro días laborales y diez de encierro. Ambas visiones del confinamiento coinciden en que la situación actual debería prolongarse hasta por dieciocho meses o, por lo menos, hasta el hallazgo y la producción por vías farmacológicas de una vacuna, situación que comprometería la calidad y el acceso al servicio educativo por un periodo bastante prolongado.

Las alternativas a estas cuestiones implican la demanda colectiva de varias acciones, así:

- 1) La necesidad inminente de reconocer el acceso a Internet como un derecho fundamental, al ser un derecho conexo que afecta el derecho a la educación y a la expresión y la comunicación.
- 2) La formulación de políticas educativas en materia de virtualización integral (no solamente de digitalización de emergencia del servicio educativo) que permitan el acceso en diversidad de condiciones, a través de múltiples medios y formatos al conjunto de la población colombiana en edad escolar.

Adicionalmente, se requieren acciones de diseño que permitan una ágil virtualización integral de los servicios educativos, reconociendo así el sector como un garante en la construcción de vínculos sociales, convivencia y acceso al conocimiento y la información, sin dependencia de ningún tipo de tecnología o

medio y garantizando la diversidad cultural y socioeconómica del territorio colombiano. Admitir esto implica reconocer el lugar de las esferas públicas virtuales y las políticas de comunicaciones y TIC como aspectos fundamentales de nuestra configuración como sociedad política.

A lo anterior le sigue la pregunta ¿qué sucederá en la pospandemia? ¡No seremos iguales!, esa es la consigna común de expertos y legos, pero además es común el miedo latente de las personas que día a día pierden sus empleos en una sociedad que reafirma sus desigualdades y nos sume en las arenas movedizas de la informalidad laboral y la precarización, donde coinciden las economías creativas y la ideología emprendedurista del “sé tu propio jefe”, que resultan en la capitalización de la producción social al mejor estilo de Uber.

Ni la digitalización ni la virtualización *per se* son la salida a rajatabla a los conflictos y desigualdades sociales. Necesitamos habitar poéticamente el ciberespacio, reconstruir nuestros espacios sociales después de la devastación invisible del monstruo de mil tentáculos: esa suerte de Cthulhu lovecraftiano y microscópico que habita nuestras pesadillas y los titulares de periódicos digitales (porque hasta la prensa impresa corre el riesgo de transportarlo).

La reconstrucción implica pensar los espacios sociales como espacios aumentados o híbridos, en los que la afirmación de la condición *tele* se vincula a su exploración como un nuevo *oikos*, o lugar de habitación, que requiere por extensión de una *oikonomia*, es decir, de un pensar que cuida nuestros hábitáculos y dispensa en ellos los recursos en su posibilidad y oportunidad.

Luego de la inmersión que *Snow Crash* (Stephenson, 2014) signaba bajo la idea de metaverso, vendrá, probablemente, la emersión, que no es otra cosa que un rehabilitar sabiendo que la dimensión antes suplementaria, la de la virtualidad, la del ciberespacio, es ahora una dimensión complementaria, en la cual podemos guarecernos durante estas y las próximas pandemias, durante este y los próximos confinamientos, durante esta y la próxima debacle.

Mientras terminan de escribirse estas líneas, al fondo de la pantalla un gobernante local extiende su cuadro de mando poblado de métricas y algoritmos, toca la pantalla táctil y muestra la ubicación precisa en la que se produjeron los contagios, y evidencia cómo se despliega el cerco epidemiológico rastreando a través de los teléfonos móviles de los ciudadanos los contactos del paciente enfermo: una escena perfecta para los apocalípticos de la hipervigilancia al mejor estilo de Ciudad Gótica.

Al mismo tiempo, las acciones performáticas de un profesor de matemáticas entrado en años seducen a propios y extraños; los experimentos en vivo de un físico (que parece más un mago) captan la atención del público y sus videos se vuelven virales; un ensamble vocal, una compañía de danza y un grupo de cómicos se encuentran en una edición multipantalla; un DJ pincha sus discos y ejecuta mezclas en un *performance* en vivo; y así sucesivamente se va armando el mosaico de pixeles en la megapantalla del flujo de información diaria.

Terror y temblor, miedo y esperanza, panóptico y zonas temporalmente autónomas (Bey, 1996), vigilancia y acción so-

cial creativa; todas ellas posibilidades antagónicas, se conjugan en una *mediatectura* (Schindler, 2010) de lo posible, en una arquitectónica a la vez de lo deseable y de lo temido.

¡Que el monstruo nos encuentre con todas las esperanzas intactas!

## Referencias

Arango, M. R. (2020, marzo 25). Reflexiones desde la virtualidad 1: Grandecitos, *Facebook*. Disponible en: <https://cutt.ly/MtR5UIZ>

Bey, H. (1996). *TAZ: Zona temporalmente autónoma*. Madrid: Talasa.

Cardona, P. (2013). *Y la historia se hizo libro*. Medellín: Editorial EAFIT.

Drucker, J. (2012). I. Humanities to Digital Humanities. En: Burdick, A., Drucker, J., Lunenfeld, P., Presner, T. y Schnapp, J. (Eds.), *Digital Humanities*. Cambridge: Mit Press.

Duque, F. (2019). *Filosofía de la técnica de la naturaleza*. Madrid: Abada.

Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Ferguson, N., Laydon, D., Nedjati-Gilani, G., et al. (2020). Report 9: Impact of non-pharmaceutical interventions (NPIs) to reduce COVID19 mortality and healthcare demand. Disponible en: <https://bit.ly/3djINf5>

Heidegger, M. (1994). *Poéticamente habita el hombre. Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Hodges, Ch., Moore, S., Lockee, B., et al. (2020). *The Difference between Emergency Remote Teaching and Online Learning*. Disponible en: <https://bit.ly/3dyL46n>

Ihde, D. (2004). *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona: Editorial UOC.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Lévy, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.

Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Negri, A., y Guattari, F. (1999). *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*, vol. 2. Madrid: Akal.

Piscitelli, A. (2011). *El paréntesis de Gutenberg: la religión digital en la era de las pantallas ubicuas (Litwin lectures 2010)*. Madrid: Santillana.

Rheingold, H. (2004). *Multitudes inteligentes: la próxima revolución social*. Barcelona: Gedisa.

Schindler, B. (Ed.) (2010). *Mediatecture: the design of medially augmented spaces*. Nueva York: Springer.

Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Serres, M. (1995). *Atlas*. Madrid: Cátedra.

Stephenson, N. (2014). *Snow Crash*. París: Bragelonne.

Valderrama, D. (2018). El acceso a internet como derecho fundamental: caso costarricense y su viabilidad en Colombia. *Novum Jus: Revista Especializada en Sociología Jurídica y Política*, 12(2), jul.-dic., 165-185.

# Reflexiones sobre el uso de la virtualidad en el aprendizaje de la música, surgidas a partir de la emergencia generada por la pandemia del COVID-19

*Por Javier Asdrúbal Vinasco Guzmán\**



---

\* Doctor en Música de la Universidad Nacional Autónoma de México y jefe del Departamento de Música de la Universidad EAFIT. Correo: [jvinasco1@eafit.edu.co](mailto:jvinasco1@eafit.edu.co)



La pandemia del COVID-19 ha urgido a Gobiernos, organizaciones e individuos a la aplicación de muy diversas medidas que aspiran a mitigar el impacto, tanto del virus, como de las estrategias que ellos mismos han implementado buscando atenuar su propagación y, de esta forma, poder establecer una nueva normalidad en un escenario de casi total anormalidad. Esta situación de apuro ha llevado a cuestionar y resignificar el concepto mismo de normalidad, algo que suele suceder en tiempos de crisis, y a imaginar cómo quedará el mundo cuando se haya superado la emergencia.

Para las instituciones de educación superior, tanto en Colombia como en el resto del mundo, en las que la normalidad ha significado hasta ahora la realización de sus actividades académicas de forma presencial, sincrónica y, por lo general, congregadas en un campus, la estrategia casi unánime ante la situación de cuarentena y aislamiento social ha sido la migración de sus programas hacia la virtualidad, en principio de manera temporal. Este proceso, que en el actual auge y omnipresencia de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) pareciese natural e irreversible, ha suscitado el replanteamiento de paradigmas largamente sostenidos en el tiempo, así como la



transformación de visiones, hábitos y prácticas de uso común en lo que hasta ahora había sido la normalidad académica.

El trabajo a través de la virtualidad plantea, por ejemplo, una forma diferente de concebir el tiempo y el espacio, cuya asimilación no es inmediata y en un principio puede agobiar al individuo, sea docente o estudiante. En esta nueva dinámica, es común que se haga difícil establecer los límites entre trabajo/ estudio y vida personal, espacio doméstico y académico, lo que conduce a un frenesí de actividades que, a la postre, vienen a minar, tanto la productividad, como el tiempo de descanso, las relaciones familiares y sociales. Otro ejemplo, de entre los muchos posibles, es que las plataformas digitales promueven el trabajo colaborativo, algo que quizás no sea nuevo para muchos, solo que se genera mediante formas de organización y de comunicación que no necesariamente corresponden a las establecidas por la institución. Más que por departamentos académicos, escuelas o dependencias administrativas, surgen alineaciones horizontales, ágiles, espontáneas, de breve duración y con propósitos muy específicos. La comunicación a través del correo institucional se ve rápidamente reemplazada por el chat de la plataforma digital, que propone dinámicas similares a las de las redes sociales, propiciando una interacción flexible que casi no distingue entre lenguaje formal e informal. No menos importante, y quizás más difícil de asimilar en nuestra cultura latina, es la posibilidad que plantea el trabajo a través de plataformas digitales para documentar, almacenar todo lo acontecido y ponerlo a disposición de la comunidad.

Ahora todo lo que se haga en una clase o reunión “consta en el acta”, pues más que acta, todo queda registrado, ya sea por escrito, en audio o video. Esto plantea un modelo de transparencia radical que inevitablemente condiciona el lenguaje, el comportamiento, las formas de hacer y, en últimas, el relacionamiento entre los miembros de la organización y con los invitados externos.

Por otra parte, el proceso de virtualización ha evidenciado las carencias, desigualdades y falta de preparación que dificultan su implementación en la labor educativa. En ese sentido, la primera etapa de la migración hacia lo virtual se ha centrado en resolver las condiciones básicas para su funcionamiento, a saber, la adquisición de la infraestructura (conexiones), los dispositivos y las plataformas tecnológicas, mismas que no solo debe poseer la institución sino cada estudiante, donde quiera que se encuentre. También se ha requerido la capacitación a docentes y estudiantes, tanto en lo concerniente al uso de las herramientas tecnológicas, como para vencer la natural resistencia a lo desconocido y al replanteamiento de los objetivos de aprendizaje que, en muchos casos, se apartaron temporalmente de lo establecido a nivel curricular para abrazar la adquisición y el desarrollo de competencias digitales y comportamentales.

Hay áreas del conocimiento que, por sus características particulares, parecería que se prestan más que otras para lograr los resultados de aprendizaje mediante actividades en línea. En el caso particular del campo musical, basados en la experiencia

de instituciones con cierta trayectoria en programas virtuales, podemos ubicar en esta categoría las siguientes: producción musical, composición, gestión musical, diseño sonoro, música electrónica (Berklee College of Music, s. f.); educación musical, musicoterapia (Colorado State University, s. f.); tecnología musical (Indiana University, s. f.); cognición musical y musicología (Universidad Nacional Autónoma de México, s. f.). En el contexto de la contingencia originada por el COVID-19, la migración hacia la virtualización de las actividades académicas en estas áreas, aun por parte de instituciones no habituadas al trabajo en línea, y no obstante lo apremiante de la situación, se ha podido sobrellevar con niveles relativamente bajos de traumatismo, aun cuando en la mayoría de los casos los currículos no hayan sido diseñados para impartirse en esta modalidad.

Algo diferente ha sucedido al tratar de llevar a la virtualidad otras áreas de corte más práctico, las cuales, en muchos casos, conllevan un fuerte componente de interacción en la inmediatez de la acción musical, cuando no un necesario nivel de contacto físico. En esta categoría podemos situar la iniciación musical en la primera infancia y la interpretación, afirmación que se sustenta en la experiencia propia y en la notoria ausencia de este tipo de áreas en la oferta en línea de las universidades. Vale la pena precisar que, si bien la interpretación es una actividad inherente a prácticamente todo el campo musical, en el contexto del presente escrito entendemos por interpretación todas las actividades de proceder exegético con una

aplicación práctica, como la ejecución de los instrumentos, el canto, la dirección orquestal, coral y las múltiples combinaciones instrumentales y vocales.

Ahondando en las particularidades que dificultan o imposibilitan llevar a la virtualidad las áreas prácticas podemos mencionar, entre muchos otros aspectos, la mala calidad del audio que permiten las conexiones a Internet que comúnmente se tienen en los hogares, así como los micrófonos de los dispositivos y plataformas de videollamadas que están hechos para el limitado espectro sonoro de la voz humana hablada y no para el amplísimo rango dinámico y de frecuencias que poseen los instrumentos musicales. Para docentes y estudiantes que se han entrenado durante años para reconocer las más sutiles cualidades del sonido, estas deficiencias se pueden tornar altamente frustrantes.

En el caso de la práctica colectiva de los conjuntos musicales, el trabajo virtual afecta directamente una de las principales competencias a desarrollar en este tipo de cursos, a saber, la capacidad de interactuar musicalmente con los copartícipes de la interpretación, reaccionando y proponiendo mediante el sonido y el gesto corporal a lo que va surgiendo en la inmediatez de la creación grupal, cuyo resultado, en sentido holístico, es mayor a la suma de las partes individuales. El estudio de la música, en este sentido, no solo tiene que ver con el perfeccionamiento de unas habilidades instrumentales y musicales del individuo, sino con aprender a interactuar y a comunicar, a establecer diálogos musicales en los que, a pesar

de que la partitura o la obra musical dispongan una suerte de guion, en la práctica se realiza un ejercicio *poiético* colectivo que permite que cada interpretación sea única e irrepetible.

Más allá de la formación meramente técnica musical, vale la pena también mencionar otro tipo de competencias y aprendizajes de índole social que se desarrollan en la práctica grupal de la música, que tienen que ver con que el tipo de relacionamiento que se da en estos ámbitos propicia la formación y el fortalecimiento en valores que están en la base de la convivencia ciudadana pacífica y armoniosa, entre los que cabe mencionar la tolerancia, el valor de esfuerzo, el trabajo en equipo en aras de un propósito común, la disciplina, la disposición al diálogo, las estrategias para negociar o dirimir desacuerdos y conflictos, además de la creación de una red de amistades y contactos profesionales que serán de crucial importancia para el desarrollo de la carrera profesional.

Otro aspecto relevante es el relacionado con el contacto físico inherente, por ejemplo, a una clase de iniciación musical a la primera infancia, en donde se ve afectado el componente lúdico, esencial desde lo pedagógico. Los juegos de palmas, las rondas y, en general, el movimiento, a través del cual los niños van interiorizando los elementos y estructuras de la música no se pueden realizar cabalmente en el trabajo en línea. De manera análoga al aprendizaje del lenguaje, en la música se parte de la práctica para, muy posteriormente, llegar a la conceptualización; es una verdad de Perogrullo señalar la inconveniencia de que a un niño de dos años se le enseñe que

el sonido sube, decrece, se llama *do sostenido* o se agrupa en motivos y frases con sentido sintáctico, sin antes haberlo experimentado a través del movimiento, la práctica y el juego.

No obstante lo anterior, el trabajo académico a través de la virtualidad también conlleva aspectos altamente positivos, aun en las mencionadas áreas de difícil implementación. Uno es que, en general, se fortalece la autonomía del estudiante frente a su proceso formativo, en la medida en que esta modalidad de trabajo le requiere una mayor responsabilidad en el manejo del tiempo y las actividades académicas, así como una actitud investigativa de búsqueda del conocimiento. Otro aspecto tiene que ver con que la principal estrategia que se ha implementado en la enseñanza de las áreas prácticas de la música, para subsanar las mencionadas deficiencias del audio a través de Internet, es el trabajo asincrónico, principalmente asentado en la grabación de videos, mismos que en muchos casos se integran con otros similares mediante la técnica del video *collage*. Estas actividades desarrollan en el estudiante la competencia específica de aprender a generar contenidos multimedia, la cual hace parte de competencias de orden más general, como saber comunicar y ser consciente del impacto, social o inclusive político, que puede generar el acto comunicativo. En un mundo cada vez más orientado hacia lo virtual este aprendizaje se torna esencial, ya sea en lo relacionado con los conciertos a través de plataformas de *streaming*, que en la actual emergencia superan en número a los conciertos presenciales, o los cursos en línea, que han abierto un rico mercado laboral para todo tipo de profesionales independientes, incluidos los músicos.

A nivel institucional, la conclusión necesaria, que lleva a cuestionarnos por su obviedad, es que, de no ser por la crisis originada por el COVID-19, al menos en los programas del campo musical no se habría dado el proceso acelerado de virtualización o, al menos, de inclusión y uso masivo de las TIC. Desde hace décadas se ha venido hablando del tema, pero la realidad es que el sistema sigue anclado a las prácticas y modelos tradicionales, no solo en los países en desarrollo sino en las instituciones que ostentan el liderazgo mundial en la educación musical (Juilliard, Indiana University, Conservatorio de París, Mozarteum, etc.), lo que ha ahondado en la desconexión entre academia y mercado laboral.

Mirando hacia el futuro, una vez superadas la emergencia y la recesión económica derivada, será imprescindible considerar un mayor componente de virtualidad y uso de las TIC en la oferta académica musical, a partir de las necesidades surgidas y de las estrategias exitosas probadas durante la emergencia. Ahora, más que nunca, cobran pertinencia y vigencia aspectos como la formación en competencias digitales aplicadas al campo musical; la inclusión de herramientas de gestión musical que permitan a los estudiantes leer los mercados y generar contenidos que puedan ser comercializables; el replanteamiento del trabajo en conjunto, ahora asincrónico y sin restricciones geográficas; la migración del concepto de álbum a la producción continua, para tratar de asegurar la vigencia de la propia carrera, y todo ello con alcance planetario, pues hasta la barrera idiomática se ha ido diluyendo con el uso masivo del

inglés. Habrá también que continuar con la renovación de paradigmas como el concierto en vivo, ahora por *streaming*; la clase presencial y los cursos virtuales; el rol del maestro de música y el mercado laboral de los músicos, para empezar. En suma, el reto es transformarse y entenderse como parte de una transformación.

A continuación, quise cerrar el presente escrito con la síntesis de una brevísima encuesta, de solo cuatro preguntas, aplicada a cuatro estudiantes del Departamento de Música de la Universidad EAFIT, de diferentes niveles de escolaridad, a quienes agradezco enormemente por su colaboración y generosidad al compartir sus opiniones en plena crisis. Considero que la perspectiva de los estudiantes es de capital importancia en cualquier reflexión que se haga sobre los procesos formativos pues, además de que su visión es esencial y difícilmente conocible por los docentes o administrativos, sobre ellos recae la acción educativa y de su eficacia dependerá lo preparados que estén para enfrentar un mundo en permanente cambio y transformación. Ellos son Esteban Molina (en lo sucesivo EM), estudiante del preuniversitario musical de Educación Permanente; Jacobo Mayo (JM), estudiante de primer semestre del pregrado en Música; Sebastián Guerrero (SG), estudiante de último semestre del pregrado en Música y Duván Aristizábal (DA), estudiante de segundo semestre de la maestría en Música.



*1. ¿Qué experiencia has tenido en educación, en general, a través de la virtualidad?*

EM: Durante los dos últimos años he cursado parte del bachillerato en un colegio virtual. Esta experiencia me ha ayudado a manejar mejor el tiempo y a ser más autónomo en mi proceso formativo, adaptando diferentes rutinas, hábitos, horarios, herramientas, etc. También me ha llevado a reflexionar y entender mis propios procesos cognitivos, ritmo de aprendizaje, maneras de desarrollar trabajos y tareas. Todo esto me ha hecho cambiar mi opinión sobre la educación virtual y me ha mostrado las oportunidades que ofrece esta modalidad de trabajo para potenciar el aprendizaje.

JM: Parte de mi bachillerato lo cursé virtualmente.

SG: Por cuestiones de trabajo de mis padres, mi familia se mudó a Medellín hace siete años. Por no encontrar un colegio que se adecuara a nuestras necesidades y capacidades económicas, la solución fue estudiar por Internet para acabar mi bachillerato. Fue una experiencia bastante fuerte y para nada agradable, de la cual lo único que rescato es lo mucho que descansé, pero no se compara con lo poco que aprendí. El peor problema fue volver a entrar a un colegio presencial con un montón de ansiedades, mucha gente nueva, y un vacío de bases en física y álgebra de grado noveno que volvieron trigonometría y geometría un verdadero martirio.

DA: Mi experiencia con clases virtuales ha sido amplia. La más significativa de ellas fue haber validado séptimo y octavo semestre de énfasis del pregrado (clarinete), después de

haberme estado preparando por nueve meses con un profesor que se encontraba en los Estados Unidos. Además, he podido recibir clases de solos orquestales y participar en clases magistrales con instituciones como New World Symphony.

*2. ¿Has recibido clases de música a través de Internet? En caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿cómo ha sido esa experiencia?*

EM: Sí, hasta ahora ha sido una experiencia gratificante que ha fortalecido mi sentido autocrítico y ayudado a que mi proceso formativo sea más eficaz. En las clases de instrumento se suelen tener dificultades para que el docente tenga una recepción clara del sonido, distorsionando el trabajo que hace el estudiante.

JM: Sí, ha sido una experiencia muy diferente a lo que uno está acostumbrado y a las expectativas que se tienen como músico. Sobre todo, es un gran reto que se debe asumir con una actitud abierta al aprendizaje.

SG: Hasta esta cuarentena, mi único acercamiento había sido una vez que le pedí a mi maestro que me enseñara, a través de Internet, a tocar vallenato para un toque que tenía.

DA: He recibido clases a través de Internet. Ha sido una experiencia interesante y particular que tiene que ser evaluada desde varias perspectivas, debido a que, por lo general, el uso de las herramientas que permiten la conexión puede no ser óptimo. Considero que esta modalidad de trabajo requiere de una constante reflexión y responsabilidad para que no se convierta en una mala vía de formación.

3. *¿Cómo ha sido tu experiencia educativa en la actual cuarentena y qué opinión te merece?*

EM: Debido a la actual situación, creo que el trabajo virtual ha sido una excelente opción para poder continuar con el proceso académico. También ha sido la oportunidad de tener un mayor acercamiento a los dispositivos tecnológicos en función del estudio de la música. Para mí, una excelente oportunidad de aprender de momentos adversos.

JM: Ha sido una nueva experiencia, a la vez que un gran reto por tratarse de una situación de tal magnitud que no tenemos control en lo absoluto. Ha estado llena de altibajos, pero, sobre todo, de mucho aprendizaje.

SG: Mi experiencia ha tenido altibajos... Énfasis (contrabajo *jazz*) es una materia muy rara de estudiar por medio de la virtualidad, pero es manejable. El núcleo de formación institucional también lo es, aunque pierde parte de su atractivo por no poder visitar museos. El mayor problema ha sido Ensamble (de *jazz*), que no logra satisfacer lo que uno espera de la materia, pero se han buscado alternativas para que el tiempo rinda.

DA: Mi experiencia educativa en la cuarentena ha sido positiva. He podido ver mis clases sin mayores complicaciones, se han podido concertar horarios propicios para el pleno desenvolvimiento de la clase y ha habido buena retroalimentación por parte de los docentes. Sin embargo, la opinión que me merece la educación en la cuarentena es una pregunta difícil de responder. Considero que ahora la educación no solo

se ve enfrentada al reto de resolver la conectividad con sus estudiantes para que les llegue a ellos el conocimiento, sino que debe haber un mayor entendimiento de las implicaciones emocionales y psicológicas de la actual situación. Es importante reconocer que se necesitan los medios adecuados para seguir educándonos (cómo no), pero es, de todos modos, igual de necesario entender que habrá días en los que las dificultades sobrepasan al estudiante y no hay cabida para el aprendizaje, y que seguramente no sucederá una sola vez durante la cuarentena, sino varias veces en el mes, quién sabe cuántas, dependiendo del individuo. Esto, llevado al aprendizaje, hará, sin duda, subir y bajar la curva de rendimiento. Por ello, creo que la educación en tiempos de cuarentena no debe estar enfocada en el cumplimiento de indicadores de logros cuantitativos, sino cualitativos o valorativos.

*4. ¿Cuáles crees que son las ventajas, desventajas y oportunidades que, en tu opinión, tiene la enseñanza de la música a través de la virtualidad?*

EM: Entre las ventajas está que nos lleva a asociar la tecnología a la música y a conocer nuevas herramientas y maneras de educarnos, las cuales podremos seguir usando en el futuro. Cada estudiante desarrolla su autonomía en el proceso de aprendizaje musical y a futuro vendrán nuevos desarrollos en la educación virtual que podremos aplicar al aprendizaje grupal. Las desventajas son que, en principio, hay que invertir mucho tiempo en aprender el manejo de las herramientas tecnológicas y no siempre se dispone de lo que se necesita.

JM: Como ventajas veo la oportunidad que tenemos como músicos para volvernos más autodidactas y autocríticos; el trabajo virtual nos permite evitar ser excesivamente dependientes de un maestro. También poder encontrarnos con personas que están al otro lado del mundo y compartir con ellas en un entorno musical. Por otra parte, veo como desventaja la disminución en la interacción física con nuestros compañeros, profesores, estudiantes y, más importante aún, con el público. Es cierto que de manera virtual se pueden dar clases, conciertos, conferencias, charlas, etc., pero no se puede comparar con realizar estas mismas actividades de manera presencial.

SG: La ventaja principal para mí es la posibilidad de encontrar alternativas en la tecnología para explorar otros campos (poco conocidos o nuevos) de la industria de la música. Las desventajas son la falta de interacción musical en persona, la imposibilidad en las clases de corregir ciertos aspectos técnicos, los problemas de señal a la hora de hacer videollamadas y la falta de ciertas herramientas que complementen los contenidos que no pueden ser bien dictados por la falta de presencialidad. A parte de eso, el encierro me está acabando.

DA: Me gustaría empezar con un punto que creo es ventaja y desventaja, a la vez. Creo que la capacidad reflexiva del estudiante será determinante para que la experiencia sea positiva o negativa y le permitirá evaluar el propio aprendizaje. Es una gran oportunidad para que el estudiante se haga responsable de su proceso de formación, como debería ser siempre. Así, si

no se trabaja en la responsabilidad y la reflexión, tanto como en el instrumento (clarinete), podría ser una experiencia en nada provechosa.

Pensar, a futuro, en la oportunidad de recibir clases desde la casa, con el aval de la universidad, con cualquier docente en cualquier parte del mundo es para mí, de hecho, uno de los canales que debe permanecer abierto siempre. Cuando decidí hacer mi validación con un profesor de clarinete que no se encontraba en el país, tuvo que ser validación, porque desde la universidad no se pudo hacer el convenio para que él fuera un profesor contratado por la institución y me instruyera dos semestres virtualmente. Dadas las circunstancias, espero que esa puerta siempre esté abierta para cualquier estudiante de cualquier énfasis, desde ahora.

Con respecto a las desventajas, considero que la universidad no es solo el espacio donde vas a recibir tu formación profesional, también es el lugar donde vas a compartir con los que van a ser tus futuros colegas en el medio, tus amigos. Todas las interacciones humanas como acostumbramos fueron coartadas de facto y ello, sin duda, impide este compartir que es valioso. No escuchar la música rodeado de toda la orquesta, ni la música de cámara con los armónicos de un piano y los otros instrumentos, ni conocer las opiniones de docentes en el momento de la ejecución de una pieza, ni el constante refinamiento de fraseos, etc. Es una desventaja también no contar con los instrumentos necesarios para hacer una buena clase. Una buena grabadora de audio, una buena conexión a Internet

para una buena calidad de video. En estos momentos, ninguna red puede asegurar que estará descongestionada, entonces también se convierte en una suerte.

Entre las oportunidades veo que es estupendo para repensar nuestra carrera, el quehacer musical, el enfoque que queremos darle, desligarnos del arraigo por esas concepciones antiquísimas y arcaicas de que solo hay una forma de recibir una buena formación, abrirnos paso a la virtualidad como medio para llevar nuestra música a cualquier rincón del mundo, en cualquier momento. Es la oportunidad para ser lo suficientemente críticos como para subir contenido multimedia y estar dispuestos a exponer nuestras propuestas, nuestros conocimientos. A mi modo de ver, enseña muchísimo. Es la oportunidad para volver a lo básico y estructural, fortalecer los vacíos o debilidades que tenemos por lo apresurado que resulta resolver un semestre con conciertos, ensayos y presentaciones. Es, además, el mejor tiempo para desarrollar nuestra capacidad reflexiva y de responsabilidad con nuestro instrumento, como mejor herramienta educativa para el futuro.

## Referencias

Berklee College of Music (s. f.). Berklee Online. Disponible en: <https://online.berklee.edu>

Bowling Green State University (s. f.). BGSU eCampus. Disponible en: <https://bit.ly/2W9QbnF>

Colorado State University (s. f.). Music Therapy. Colorado State University Online. Disponible en: <https://bit.ly/2yoPZb6>

Indiana University (s. f.). Music Technology, MS. Indiana University. Disponible en: <https://bit.ly/2WaCXqo>

Universidad Nacional Autónoma de México (s. f.). Programa de Maestría y Doctorado en Música. Disponible en: <https://bit.ly/2YBVFJn>





# Reflexiones de un financiero, en el contexto de una crisis global

*Por Víctor Manuel Sierra Naranjo\**



---

\* Magíster en Dirección, Administración y Gestión de Empresas de la Universidad del Rosario y director administrativo y financiero de la Universidad EAFIT.

Correo: [vmsierran@eafit.edu.co](mailto:vmsierran@eafit.edu.co)



*Mientras más auténticos seamos y más nos acomodemos a los tiempos  
que corren, más capacitados estaremos para liderar mejor  
la transformación de nuestras organizaciones*

Warren Bennis

Amo las finanzas, pues además de que son útiles para mi trabajo y vida diaria, me han permitido entender muchos contextos y problemáticas nacionales y mundiales, y me han facilitado tomar decisiones importantes en mi historia personal. Sin embargo, lo que vivimos como humanidad en medio de una emergencia sanitaria global que no tiene control en el corto plazo y que cada vez agrava más la estabilidad económica, social y política de todos me invita como financiero a reaprender, a volver a estudiar, a cuestionar lo aprendido y a aportar como ciudadano y como profesional a las soluciones que demandará una sociedad lastimada y afectada por un virus que no esperábamos, para el que no estábamos preparados.

Estamos frente al reto mayor de actuar y decidir en un escenario desconocido, con reglas socioeconómicas diferentes, con variables y pronósticos que ignorábamos y con una grave afectación para las finanzas personales, empresariales

y gubernamentales. Porque es claro que una crisis como la actual, con un contexto global sin antecedentes que nos permitan apoyarnos en buenas prácticas, nos cambiará la forma de decidir, de invertir, de pronosticar, de gestionar las organizaciones y también las finanzas de todos y cada uno.

Nos ha cambiado la realidad a la que nos habíamos acostumbrado y en la que muchos de nosotros nos sentíamos cómodos a la hora de tomar decisiones; requerimos hoy de otras ecuaciones, de otras proyecciones y de otros indicadores; ahora lo improbable ya es probable y la incertidumbre es la constante. Nuestros escenarios más pesimistas no alcanzaban a vislumbrar lo que hoy estamos viviendo, esta nueva realidad no estaba en los pronósticos de ningún financiero y, lo que es más complejo, de ningún líder gubernamental ni empresarial.

Sabíamos sí que las crisis financieras han aparecido en la historia reciente, crisis globales que han afectado la economía de todos los países. Pero esta crisis, esta pandemia requiere que además de pensar nos preparemos, que en lo posible tomemos medidas que sean más fáciles de gestionar, de tal manera que el costo social y económico sea menor.

Cada persona deberá aportar a la solución, y los profesionales y los que participamos en las decisiones empresariales tenemos una mayor responsabilidad. En aras de ese sentimiento de responsabilidad, me animo a escribir y a aportar en el registro y análisis de un momento único e histórico en el que la vulnerabilidad de la humanidad se puede sentir en toda su magnitud, con la esperanza de que en algo pueda aportar a las generaciones futuras para ayudarlas a prepararse y gestionar

las crisis de una mejor manera y con base en este duro momento que estamos viviendo como humanidad.

El valor futuro de lo que escribamos y aprendamos hoy se manifestará en un retorno positivo para las nuevas generaciones, retorno que mínimamente estará en lo académico e histórico pero que seguro sumará también en mejores y más pertinentes decisiones. El valor de escribir hoy será también la oportunidad de no estar ocupado en lecturas apocalípticas, en pesimismo y falsas noticias; será una inversión en el proceso de reaprender y de sumarse a la solidaridad que se requiere, desde las capacidades que cada uno tenga para aportar al bienestar social.

Como financiero mis cuentas hoy no están balanceadas, mi activo más valioso serán el conocimiento y el aprendizaje vividos, mis deudas serán crecientes en medio de la crisis, pero mi patrimonio máspreciado será poder aportar algo de reflexión en medio de tantas necesidades económicas, sociales y humanitarias.

La memoria financiera es efímera y selectiva, por eso no hace falta que pase mucho tiempo para que olvidemos lo vivido, pero el olvido suele suponer el camino más corto para repetir los errores que generaron o agravaron las crisis anteriores. No estará a nuestro alcance evitar las que vengan, pero con unas recomendaciones que concibo como un “decálogo de supervivencia financiera” se mantendrá la memoria fresca y se tendrá una herramienta de contención para protegernos contra eventos adversos en el futuro.

Este es, pues, el “decálogo de supervivencia financiera” que será profundizado en cada uno de sus puntos:

1. Optimizar el efectivo
2. Encontrar oportunidades en la crisis
3. Ser solidario con el conocimiento y con las decisiones que se tomen
4. Mantener el optimismo y la empatía
5. Hacer parte de las soluciones
6. Aceptar la incertidumbre como una constante de la vida
7. Cambiar las variables de medición
8. Reaprender, volver a estudiar y prepararse
9. Aprender de la gestión de riesgos
10. Entender que los efectos de las crisis son de largo aliento en el mundo financiero.

## 1. Optimizar el efectivo

La principal prioridad del líder financiero en cualquier organización en medio de una crisis es optimizar el efectivo, ya que la duración y magnitud de una crisis no se conoce en el momento que se está viviendo.

La liquidez de la organización debe entrar en cuidados intensivos ya que es la que garantizará la continuidad de la misma. Se deberán cuantificar rápidamente los diferentes escenarios y el efectivo disponible, y el necesario en cada uno de

los mismos, y buscar estrategias que permitan incrementar la liquidez en medio de un ambiente adverso.

La liquidez entra en estado de cuidados intensivos ya que en periodos de crisis generalizados las principales fuentes de efectivo no se comportan de manera ideal, ni la facturación, ni la salida de inventarios, ni la recuperación de cartera, entre otros. Así que se deberán utilizar todas las estrategias e invenciones al alcance para crecer la liquidez. Asuntos como la desinversión, la reestructuración de la financiación, las alianzas, el replanteamiento de políticas de capital de trabajo, los acuerdos con proveedores, entre otros, no podrán ser ajenos a la solución.

Igualmente, en este entorno, el norte y carta de navegación de la gestión será el control de gastos que erosionen el efectivo y que pongan en riesgo la supervivencia de la organización; todo esto acompañado de métricas e informes claros que monitoreen en tiempo real la liquidez.

## 2. Encontrar oportunidades en la crisis

El financiero con su visión global de la organización puede promover el desarrollo de nuevos productos y servicios que ayuden a los clientes que experimenten dificultades financieras, promoviendo así la lealtad de clientes valiosos. Igualmente puede explorar el aumento de ingresos con nuevos canales alternativos de ventas, propios o con aliados, identificar oportunidades de negocios de preventa, de ventas a plazos, o desarrollar un conjunto de productos.



Los periodos de crisis representan una gran oportunidad para realizar un diagnóstico profundo en el balance general, por ejemplo, revisar las inversiones que se tienen en la organización y su pertinencia con el objeto social, revisar el portafolio de inversiones, evaluar el tamaño de la organización, replantear las políticas de endeudamiento y liquidez, revisar los proyectos de investigación y desarrollo, apoyar y crecer los proyectos que aportan valor a la organización y reestructurar o eliminar los que no, desde el punto de vista financiero, social y de propósito superior.

La transformación y la reinención son claves en periodos de crisis, así que si se tiene esta orientación se pueden encontrar nuevos caminos que permitan la perdurabilidad de la organización.

### 3. Ser solidario con el conocimiento y con las decisiones que se tomen

En medio de la crisis el principal reto de un financiero es lograr que la organización reaccione de manera adecuada a los cambios repentinos en su entorno para evitar comprometer su perdurabilidad. La necesidad de tomar diariamente decisiones rápidas y de gran importancia limita el tiempo disponible para estudiar cuidadosamente la situación e identificar las alternativas de solución.

Sin embargo, lo que no podemos dejar de lado en medio de la prisa es la solidaridad que demandan estos momentos. Toda

organización se debe a la suma de esfuerzos de personas que tienen intereses y un propósito común, y allí están involucrados empleados, clientes, proveedores, dueños, comunidad cercana y, en general, grupos de interés.

Existe entonces un interés común: la continuidad de la organización, ese es el punto de encuentro de los diferentes grupos de interés y la base para encontrar soluciones.

Como financieros debemos procurar decisiones que antepongan el bien común y las mínimas afectaciones a las personas que integran la organización y que son finalmente las que suman con sus esfuerzos a la permanencia de la misma.

Igualmente tenemos la obligación ciudadana de contribuir con nuestro conocimiento y experiencia a buscar soluciones no solo para nuestra organización, sino para las demás del entorno, y tenderles la mano a aquellas que por tamaño o dificultades puntuales no cuentan con personal profesional cualificado para momentos de crisis.

#### 4. Mantener el optimismo y la empatía

Durante las crisis y en los días siguientes todos en la organización, empleados, proveedores, clientes, y, en general, el entorno, luchan con ansiedad por su salud, sus familias y su futuro. Los líderes financieros deben demostrar empatía, pero también optimismo en cuanto a la idea de que la organización y su gente encontrarán un camino a través de la crisis.

El financiero puede materializar esta actitud con acciones y decisiones claras, una de estas es la comunicación regular,

informando decisiones, aciertos, impactos y también las dificultades y las incógnitas. Esto ayudará a aliviar las dudas, disminuir la distracción y mantener a las personas motivadas. Igualmente es importante empoderar a otros líderes de la organización de responsabilidades financieras, de tal manera que se logre un trabajo en equipo y armonioso.

El optimismo nos cultiva la esperanza de que aquello que se planea saldrá muy bien, a pesar de las dificultades y contratiempos que haya que superar. Los obstáculos típicos en la vida diaria, pero que se multiplican en una crisis, no podrán disminuir nuestras capacidades y, por el contrario, como financieros debemos superarlos para que, una vez dejados atrás, nos llenen de confianza para seguir aportando a una mejor sociedad.

## 5. Hacer parte de las soluciones

El financiero debe trascender a tener un rol proactivo e innovador y ejercer un liderazgo sólido y constante para que aporte en la solución de las preocupaciones inmediatas de seguridad y supervivencia de la organización. Será necesario buscar la estabilización de la operación y luego posicionar la misma para la recuperación.

Ser financiero implica un rol de responsabilidad y esto trae como consecuencia resolver problemas y tomar decisiones, dos de las funciones más difíciles del trabajo profesional.

Los financieros siempre encuentran escaso el tiempo para resolver problemas y la tendencia es buscar fórmulas salvadoras que hayan funcionado en el pasado, pero en medio de una crisis, que no tiene antecedentes, esta no será la solución.

Las crisis demandan soluciones creativas, innovadoras, disruptivas y una gran capacidad de trabajo en equipo, y esas competencias las tendremos que tener para desempeñar adecuadamente nuestro rol.

## 6. Aceptar la incertidumbre como una constante de la vida

Vivimos en un mundo cada vez más complejo que nos exige permanente reflexión y nuevos desarrollos en diferentes disciplinas para atender los retos que trae cada día una sociedad cambiante, y de esta dinámica no se pueden excluir las finanzas. Una sociedad global, intercomunicada permanentemente, con diversidad de intereses y con múltiples riesgos traerá nuevos desafíos, nuevos riesgos, nuevas pandemias, nuevas guerras y nuevos escenarios que nos invitan a aceptar la incertidumbre como la constante en la gestión financiera.

## 7. Cambiar las variables de medición

La gestión y la dirección de las organizaciones están cambiando en busca de la perdurabilidad de las mismas y de una sociedad más sostenible. Las finanzas como elemento importante

de dicha gestión y dirección tienen que reorientarse igualmente, y para esto los líderes de estas áreas tienen que replantear sus procesos, las competencias del personal, sus formas de medición, su integración con otras áreas, sus reportes y, lo más importante, liderar estrategias para lograr resultados equilibrados entre las necesidades económicas, ambientales y sociales.

Así, es necesario desarrollar métricas, indicadores claves de desempeño y procesos de presentación de reportes externos y de administración para informar cómo se están desempeñando las iniciativas de sostenibilidad y cómo se convierten en valor para los grupos de interés.

En medio de una crisis encontramos que las finanzas carecen de modelos para circunstancias y situaciones complejas y por eso, creo, hay un consenso en que es necesario gestar nuevas y más integrales formas de medición.

Después de esta crisis los estándares de rentabilidad y las formas de determinar la liquidez y estructurar el endeudamiento en las organizaciones tendrán un gran cambio y ahí tendremos como financieros el reto de aceptar nuevas reglas de operación.

## 8. Reaprender, volver a estudiar y prepararse

Las finanzas han venido evolucionando, se han desarrollado científicamente, han pasado de ser una expresión descriptiva a un instrumento de dirección para optimizar la operación de la economía en su conjunto, desde la macroeconomía de los Estados hasta la microeconomía de las empresas; sin

embargo, es necesario continuar en la evolución y trascender a herramientas científicas más pertinentes para las realidades actuales.

Como financieros debemos encaminarnos hacia una formación más interdisciplinar que nos permita entender desde nuestra analítica básica unos mercados cada vez más complejos y difíciles. Será posible explorar la posibilidad o construir un concepto de finanzas alternativas o finanzas éticas o finanzas sociales y lograr que la única finalidad no sea solo la maximización del beneficio económico sino también que se pretendan alcanzar objetivos sociales y ambientales.

Es necesario comenzar a identificar la sostenibilidad de las organizaciones con los resultados financieros, ambientales y sociales, y los líderes financieros deben adaptarse a esta nueva lectura de manera que apoyen la consecución de objetivos desde cada una de estas perspectivas; este proceso de adaptación a esta nueva realidad es la oportunidad para que se geste una gran transformación de las finanzas.

## 9. Aprender de la gestión de riesgos

Las finanzas, como elemento importante en la gestión de las organizaciones, tienen que sufrir una transformación y adaptarse a los nuevos entornos, a las nuevas características de los mercados, a los nuevos riesgos de las organizaciones, a la incertidumbre en las economías desarrolladas, al cambio de reglas en la globalización, de tal manera que a pesar de que

las circunstancias sean diferentes y cambiantes, continúen apoyando la perdurabilidad de la organización.

Será responsabilidad del financiero identificar las oportunidades y los riesgos desde la perspectiva más amplia, de largo plazo, que la sostenibilidad ofrece e incentivar los comportamientos y las inversiones que estén orientadas hacia el propósito de la organización, mediante la identificación de la oportunidad estratégica y la administración del riesgo.

El último colapso financiero global, año 2007, ilustró cómo el no dar importancia a los riesgos organizacionales puede tener consecuencias catastróficas no solo para las instituciones sino también para la sociedad. Años después descubrimos que no hemos avanzado de manera importante en la gestión de riesgos y, ante esta epidemia y crisis global, la gran mayoría de planes de continuidad de las organizaciones se quedaron cortos frente a la afectación que están recibiendo.

Es el momento entonces de retomar la cultura de la gestión de riesgos, de fomentar la transparencia interna y externa, y de promover adecuadas formas de tomar decisiones que vinculen siempre los objetivos estratégicos y el propósito superior de la organización y de las personas que la conforman.

## 10. Entender que los efectos de las crisis son de largo aliento en el mundo financiero

La paciencia y la resiliencia serán claves para superar la crisis, se requiere tiempo, constancia y disciplina en las acciones y estrategias.

De acuerdo con varios economistas, hay tres escenarios posibles ante los cuales las compañías deben estar preparadas. El primero es el denominado “V”, en este se estima que la coyuntura termine en cuestión de meses, situación que sucedería en la medida en que las decisiones de los Gobiernos funcionen. El segundo es el “U”, que establece una recuperación promedio de un año, y por último está el “L”, en el que el mundo entraría en una recesión inminente y su recuperación se daría solo más allá de los 18 meses.

La recuperación de los mercados financieros, de las empresas y de las dinámicas de la sociedad tardará un buen tiempo, y en este sentido hay que tener, como líderes financieros, la esperanza de que el trabajo bien hecho y con propósito entregará sus frutos.

Los efectos de la crisis los veremos reflejados por largo tiempo en los estados financieros de las empresas, en los balances e indicadores macroeconómicos y en nuestras cuentas personales, así que es el momento de sumar conocimiento, solidaridad y soluciones para nuestras familias, empresas y comunidades.

Nadie sabe cuánto durará la pandemia, pero con el tiempo los negocios y la vida diaria encontrarán un nuevo equilibrio. Los financieros somos clave para garantizar que sus organizaciones no solo sobrevivan a la crisis actual, sino que prosperen en la próxima normalidad.





Este libro se terminó de imprimir  
para la Editorial EAFIT  
Medellín, junio de 2020  
Fuentes: Calisto MT y Candara

